

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECA

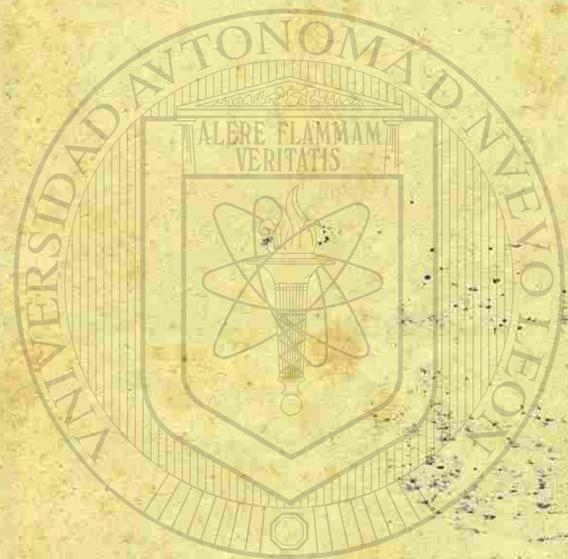
67

SINUÉS
—♦—
QUERER
ES PODER

PQ6567
.S5
Q4



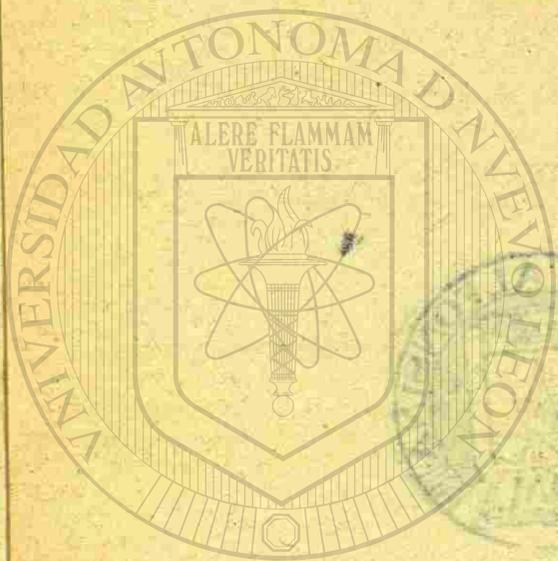
1020027440



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



QUERER ES PODER

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

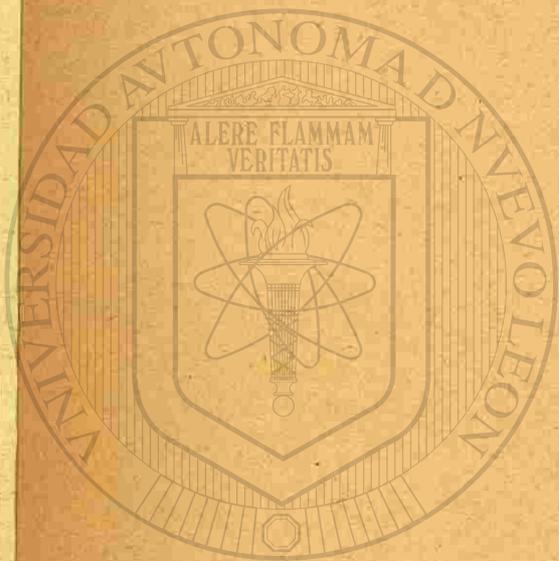
Núm. Clas. N
Núm. Autor S 618
Núm. Adg. 33875
Procedencia -
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 63

MARIA DEL PILAR SINUÉS

QUERER ES PODER

NOVELA ORIGINAL

NUEVA IMPRESIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

48-Preclados-48

1908

100522[®]

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

33875

863
53



ALERE FLA
VERITA
**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

Es propiedad.

**CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.**

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS MARÍA.

Est. tip. de la Viuda é hijos de Tello. — C. de San Francisco, 4.

DEDICATORIA

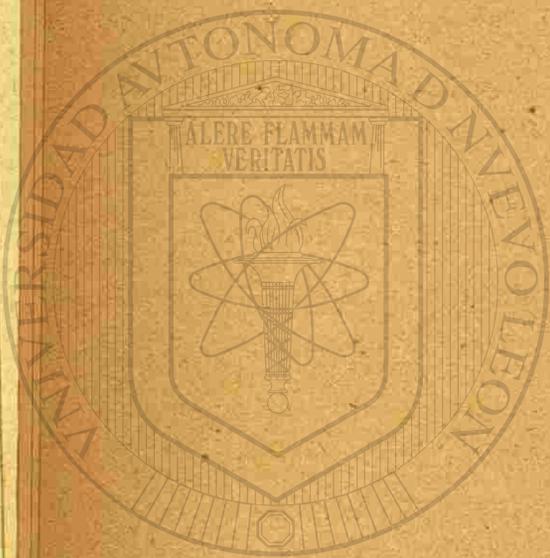
Á LA SRA. DOÑA ANDREA CHACÓN DE BASARÁN

Si es pobre de mérito y escaso de galas el libro que te ofrezco, querida amiga mía, sirva de excusa á mi poco ingenio la sana intención que ha guiado mi pluma al escribirle.

La intención, no la obra, es la que te ofrezco, porque aquélla, y no ésta, es digna de tí. Tú, modelo de hijas, de hermanas, de esposas y de madres; tú, amparo de los pobres; tú, que en tu retiro haces de la radiosa luz de un gran talento, el suave resplandor que alumbra al infortunio y que alegra á la familia; tú, que das, sin pretenderlo, el ejemplo de todas las virtudes cristianas, sabrás comprender lo que he intentado hacer ver en esta obra, y que no sé si lo habré logrado.

Cuando la leas, rodeada de tu madre, de tu esposo, de tus hermanos y de tus hijos, en tu bello y pacífico retiro, consagra todos un recuerdo á la que la ha escrito, porque un recuerdo nuestro será como una bendición del cielo para tu apasionada

Madrid 20 de Mayo de 1865.



QUERER ES PODER

I

Don Dámaso Maroto, rico hidalgo aragonés, y residente en la floreciente villa de Epila, se cansó un día de su vida patriarcal y dijo á su hija única:

—Mira, Rosario: nos vamos á vivir á Madrid.

—¡Padre! —exclamó la joven;—¿y dejamos la hacienda?

—¡Claro! Antonio hará mis veces. Apuradamente, no hay en el mundo un sobrestante como el nuestro: por un cuarto se dejará ahorcar; ¡duro como él solo para los criados y los peones! (1).

—Lo que es en cuanto á duro, padre, no tiene nada de eso—repuso Rosario,—sino que á usted todos se lo parecemos.

—No hay tal—objetó don Dámaso:—á mí me parece duro lo que es, y á tí te parecen todos blandos porque eres como una roca. ¡Cualquiera

(1) Se llaman *peones* en Aragón á los hombres que van á trabajar á jornal á los campos.

diría que no eres hija de tu madre, que era la misma bondad; ni mía, que tampoco soy un Nerón! ¡Hija, nada te contenta; no perdonas ninguna falta, y justo sólo Dios lo es! ¡Caramba, no hay que tirar tanto de la cuerda que se rompa! ¡Y más se caza con miel que con hiell!

—¿Ha acabado usted ya de hablar, señor?— preguntó Rosario amostazada.

—Sí, por cierto.

—Bueno: ahora me toca á mí. Pues sepa usted que con todos sus refranes maldito si me ha convencido de que es lo mejor el ser un Juan Lanás.

—¿Pero quién es Juan Lanás?

—Usted: todos se burlan. Los criados hacen lo que les da la gana; los peones se echan á dormir la siesta.

—Criatura, ¿no son cristianos? ¿No la duermes tú? ¿No la duermo yo en mi cama bien blandita? ¿Pues qué extraño es que Antonio les deje dormir una horita por encargo mío? Los infelices empiezan á segar con la luz del alba, y á la una ya están rendidos de fatiga. Después, ¡ya ves qué descansol... ¡en el duro suelo!

—No, que les llevaremos colchones de pluma al campo. Padre, á mí no me venga usted con argumentos; que á usted, si le dejan hablar, no le ahorcarán. La cosa es que yo no falto nunca á mi deber, sino que me excedo en cumplirlo, y quiero que los demás, á lo menos, no falten al suyo.

—Pero, hija, todos no podemos ser tan buenos como tú; y yo, aunque soy muy activo, creo que las cosas á punta de lanza no salen bien, y que los buenos deben disimular á los que no lo son tanto.

—Vamos á ver, ¿y por qué consiente usted á Perico, el criado, que venga á las once á casa?

—Mujer, porque tiene novia y se están festejando un rato á la puerta de la calle.

—¡Qué lástima! Ya le daría yo la novia si mandase.

—¿Pues quién manda?

—Nadie; porque á mí no me deja usted llevar las cosas derechas, y usted no hace caso de nada. ¡Lo mismo que la Antonía, de *palique* con el novio dichoso hasta las nueve!

—Pero, mujer, ¿qué han de hacer? Cuando tú tengas novio, todo el tiempo se te hará poco para hablar con él.

—No quiero novio,—contestó desabridamente Rosario.

—¡Ya lo veo, hija, y esa es mi sola y grande pena!—exclamó don Dámaso, cuyo grueso y alegre semblante retrató de repente una expresión de profundo dolor, de que no parecía capaz.—Vamos á ver—añadió, cruzando sus dos manos sobre su voluminoso abdomen,—¿por qué no te has de casar? Tienes ya veintidós años; eres linda como un ramo de flores, y te daré el día que te cases cincuenta mil duros, esto es, medio millón

en onzas de oro, algunas muy viejas, pues ya mi padre (que esté en gloria) las iba guardando para tí; además, te quedará la hacienda, que es la mejor de toda la ribera: ya ves si te faltarán novios.

—Ya sabe usted que me sobran.

—Demasiado que lo sé; y lo que me desespera es que á todos das calabazas.

—Más vale desengañarlos que entretenerlos, pues no tengo intenciones de casarme con ellos, padre: todos parece que tienen un rey en el cuerpo y todos la echarán de amo si se casan.

—Y bien, hija, el hombre es el amo de su casa.

—Pues yo no quiero marido que me la eche de jefe porque es rico; y si me caso será con un pobre, que ya tengo yo bastante para los dos.

—Te casarás con quien quieras, hija mía; pero también hay dos pobres que te pretenden.

—Sí: el *Pito* y *Morriones*. ¡Buen par de bestias! ¡Tan ordinarios y tan sucios!

—Pues, hija mía, ve aquí las dificultades que hay para que te puedas colocar. Quieres un hombre pobre y fino, porque tú tienes la buena crianza que te han dado las señoras religiosas Salesas de Calatayud, y eso es difícil de hallar. En fin, veremos en Madrid, que eso es lo que me lleva allá.

—¡Padrecito mío!—exclamó Rosario, arrojándose deshecha en llanto en los brazos de su pa-

dre.—¿Tanto es lo que usted desea separarse de mí? Yo no me casaría nunca, porque usted es el hombre mejor que yo he conocido. ¡Ah! ¡Si yo hallara uno así!

—¡Cómo, hija! ¿Tan tosco como yo?

—¡Como usted que fuera, ya le puliría yo á mi gusto! Pero esos hombres tan rudos y tan presumidos no los quiero ni ver.

—En fin, vuelvo á mi tema. Veremos en Madrid; porque tú, hija, has de calcular que yo no seré eterno, y que el día que yo te falte, pobrecita... te quedarás sola y desamparada.

—Ya que es su gusto de usted, haremos el viaje—dijo Rosario, que en realidad adoraba á su padre;—pero yo, por mí, no me movería nunca de aquí.

—¿No te llaman la atención las diversiones? Ya sabes que está allí la señora Marquesa del Puerto, tu madrina.

—Ya sabe usted que no soy aficionada á diversiones.

—Porque no las has probado; pero ya verás cuando las disfrutes alguna vez. Mira, así que lleguemos, llamas á la modista de tu madrina, que será, sin duda, la mejor de Madrid, y que te vista á su gusto.

—En todo caso, me vestirá al mío.

—Lo que tú quieras; pero no escasees nada. ¿Cómo estás de dinero?

—Muy bien: tengo doscientos duros.

—¡Pero, hija, entonces no has gastado un ocha. vo hace cuatro meses!

—Nada más que lo que me costó una cama para la viuda de enfrente. ¡Eso sí, la compré buena! Le mandé traer un catrecito de hierro de la ciudad, dos colchones, mantas nuevas y dos mudas de sábanas y almohadas de rico lienzo, que yo misma cosí. Además, le dí la colcha de punto de aguja que hice durante las noches de invierno.

—¿Una colcha que te costó tanto trabajo?

—Abrigaba mucho, padre, y á la pobre vieja le hacía más falta que á nosotros. Ahora estoy haciendo otra para usted.

—¡Eso es! ¿No te valía más ir al baile de casa del Alcalde?

—No me divierto allí. Mi placer mayor es hacer labor, trabajar, cuidar de la casa, porque así cumplo con mi deber y está tranquila mi conciencia. Cuando estoy en alguna fiesta, y eso que ya sabe usted que voy muy pocas veces, no ceso de pensar:—¿Qué harán en casa las criadas solas? De fijo que se duermen y no trabajan; de fijo que, si están despiertas, tienen ardiendo y gastando aceite dos ó tres luces.

—Y ese genio te tiene delgada, que si no serías *un rollito de oro*. Vamos á ver: tienes la suerte de tener á Casilda, que es una alhaja para la casa, y te quejas. ¡Pues, hija, otra más ahorrativa y más mirada no la hallarás!

—¡Bah! La Casilda es como todas, padre.

—Sí, porque todas son buenas; pero Casilda es la mejor. Y así, bueno será que la llevemos con nosotros á Madrid, que no quiero tomar todos los criados de allí. Vaya, hija mía, me voy á dar una vista á los peones, que ya va cayendo el sol. ¿Por qué no sales tú á pasear un rato?

—No tengo gana, padre.

—¿A que la tienes de ponerte á coser ó á bordar?

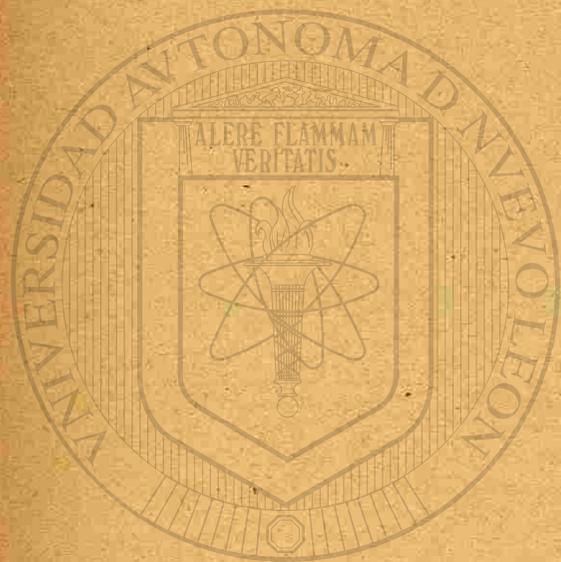
—No, señor: voy á acabar los dos floreros para el altar de la Virgen de la Soledad, á fin de que los pongan el domingo en la misa mayor.

—¡Qué buena cristiana eres, hija mía!

—Padre, el día de la muerte es lo único que nos quedará: así decía la madre Priora de las Salesas.

—Y tenía razón. Adios, hija mía.

—Vaya usted con Dios, padre, y no venga usted muy tarde á recogerse, entretenido en la conversación de la botica.



II

Don Dámaso Maroto era hijo de un rico labrador, y labrador también, si bien no labraba él la tierra, limitándose su ocupación á vigilar á sus criados y arrendadores.

De su matrimonio con una joven bella y honrada de la villa de Ejea de los Caballeros, sólo había tenido á Rosario, la que muy pronto quedó sin madre.

Don Dámaso se vió muy embarazado solo con aquella criatura de cinco años de edad; pero su padre, que, aunque ya anciano, tenía gran expedición para salir de cualquier apuro, le dijo:

—Mira, Dámaso, lleva á la niña á las Salesas Reales de Calatayud, donde la educarán como Dios manda, y nos quitamos tan gran cuidado.

Don Dámaso, que toda su vida había obedecido ciegamente á su padre, halló algo dura la medida de separarse de su hija; pero se conformó, y él mismo la llevó á aquella excelente casa de educación.

Las madres mimaron á la niña más de lo que convenía á su carácter fuerte y voluntarioso, que necesitaba ser quebrantado; pero era tan linda,

tan aplicada y estaba dotada de tanto talento, que no sabían qué hacer con ella, y la proponían como ejemplo á todas las demás educandas.

En aquel apacible asilo creció Rosario en hermosura y gracias; todas las labores de su sexo las desempeñaba con extraordinaria perfección, y aun las mejoraba, separándose del método rutinario de las madres.

Pero cuando cumplió los diez y seis años, se acabó la paciencia de su padre y fué á buscarla él mismo, siendo inútiles las súplicas de las madres para que les dejase á Rosario algunos meses más.

—Basta, basta—dijo el honrado labrador.—Su abuelo ha muerto y estoy solo: justo, es, además, que tome ya sobre sí el gobierno de la casa, pues la tía Pichona, aunque no me la gobierna mal, está muy enclenque, y el día que menos lo esperemos las lía.

La tía Pichona era la que había criado á Rosario, á quien su madre, á causa de su endeble temperamento, no pudo amamantar.

Criando á la niña perdió á su marido y quedó con su hija Casilda, que tenía sólo ocho meses más que Rosario, y á la que desmamó para criar á ésta.

Viuda ya, don Dámaso y su esposa la recogieron en su casa, porque era difícil hallar dos almas más caritativas y más piadosas que las de los dos esposos.

La Pichona y su hija Casilda entraron á formar parte de la familia.

Viudo don Dámaso, la Pichona fué la que se encargó de gobernar la casa, y lo hacía con la mejor voluntad.

Pero su inteligencia no secundaba á su corazón, y la economía no era la que imperaba en aquella casa rica y llena de todos los frutos de la tierra.

Casilda la ayudaba en todo y enmendaba las faltas de su madre, que eran más que las de una pelota.

Cuando Rosario volvió á la casa paterna, la Pichona descansó. Era demasiado vasta la inteligencia de la joven para que necesitase la cooperación de nadie, y ella empuñó con mano firme las riendas del gobierno, mostrando desde luego una gran severidad de carácter.

Era Rosario una preciosa niña, de estatura mediana, ojos garzos y cabello castaño oscuro, que se rizaba naturalmente en graciosas ondulaciones. Su nariz derecha y fina, su pequeña boca de color de coral y su linda frente, hacían con sus mejillas, redondas y de firmes contornos, un gracioso conjunto; eran sus ojos cándidos y llenos de fuego á la vez; su voz metálica y agradable; su risa expresiva, y su carácter apasionado y vehemente. Nadie tenía mejor corazón que ella; pero había en su índole una severidad natural, y era tal el poder que para ella tenía la palabra *deber*, que jamás transigía con ninguna alteración en su observancia.

El carácter de aquella rígida joven alcanzó lo que todos aquellos que se la asemejan. Su padre, que era de condición tan blanda como la de ella austera, la adoraba, pero la temía; sus criados la temían y la detestaban. La virtud se hace amar siempre que á ella vaya unida la bondad; pero una severidad constante y una rigidez de principios nunca desmentida, son una perpetua acusación para los que nos rodean.

Rosario, siendo buena y caritativa, era insoportable. No faltaba nunca á sus obligaciones y estaba al frente de todo: así es que no dejaba pasar el más ligero descuido sin reconvenir, castigar y aun despedir al que era reo de él.

Como un vivo y perenne contraste, estaba allí la alegre y dulce figura de Casilda, la que adoraba á Rosario y era amada de ésta con una ternura que concedía á muy pocas personas.

Recién llegada á casa de su padre, Rosario padeció unas calenturas malignas. Durante el tiempo que estuvo postrada en cama, Casilda no se separó de su cabecera más que para ir á rezar á la iglesia, situada enfrente de la casa.

Ella era la que disculpaba siempre lo que los demás criados llamaban rarezas de Rosario, y que no era otra cosa que el deseo de que cada cual cumpliera con su deber.

Casilda era de menos estatura que su joven señora; su cara, muy morena, estaba alumbrada por dos bellos y alegres ojos negros; su boca, algo

grande, ostentaba una dentadura blanca é igual; su frente no muy ancha, á causa de la abundante cabellera que brotaba en ella, era tersa, pura y de gracioso corte; grandes masas de pelo negro se reunían en un soberbio rodete detrás de su bella cabeza.

A Rosario todo la afectaba.

Casilda lo tomaba todo con la mayor frescura.

Poco tiempo después de volver de su pensión la heredera de los Marotos, murió la buena Pichona tan en paz como había vivido, y Casilda quedó bajo el amparo y tutela de don Dámaso, que, después de su hija, la quería á ella lo mismo que á las niñas de sus ojos.

Casilda sabía perfectamente todo lo que agradaba *al señor* y *á la señorita*: así llamaba á don Dámaso y á su hija, con una cultura y distinción poco comunes en aquel país, en el que reina una extrema familiaridad entre amos y criados; pero á pesar de que podía dar gusto en todo, la pobre muchacha sufría de continuo las reprimendas de Rosario, que tenía la costumbre de regañar siempre.

Es verdad que el bondadoso don Dámaso no le escaseaba los elogios para compensarla, en parte, de las sinrazones de su hija; pero el penetrante talento de Casilda sabía lo que valían el padre y la hija, y era más feliz con una mirada de aprobación de Rosario que con todas las ruidosas frases del bullicioso Labrador.

Casilda se levantaba antes del alba y hacía por sí misma el trabajoso almuerzo de los segadores; y decimos trabajoso, porque en Aragón los segadores comen como príncipes, y á este fin se reservan en las casas de mucha hacienda lo mejor de la matanza, las piezas de cerdo, las terneras cebadas, las aceitunas y las pastas confeccionadas por la diestra mano del ama de la casa.

Para dar, pues, de almorzar Casilda á los segadores y criados á las cuatro de la mañana, se levantaba con hora y media de noche, y con las otras dos criadas y la mujer del sobrestante Antonio, *les despachaba*, como ella decía. En tanto que se ocupaba en esto, no cesaba de reirse y de responder á las flores que le echaban los mozos que gustaban de su fresca y alegre belleza.

A pesar de saber cuán bien desempeñaba su cometido Casilda, su joven ama se levantaba para estar, como ella decía, *á la vista de todo*. Así que ella entraba en la cocina, se suspendían los cantos y las risas, y reinaba el silencio más profundo.

—¡Jesús! ¡qué cara de juez tiene hoy el ama!—decía uno de los segadores.

—¿Cuándo no es fiesta?—respondía otro.—Ella ha nacido rabiando, y rabiando ha de morir.

—Al que le toque semejante prebenda por mujer, está divertido.

—Lo que es yo, pobre soy, y ella es muy rica; pero antes comería sopas sin sal toda mi vida que sufrirla.

—Lo mismo digo.

—Y lo mismo decían anoche los mozos del pueblo en la plaza.

—Pobre como es *la Casilda*, la tomaba yo mejor.

—Y yo.

—Y yo.

—¡Y cualquiera! Pues qué, ¿no hay más que casarse con un demonio así, como quien no dice nada, para toda la vida?

—Si está ese frito, á la mesa, Casilda,—decía la voz severa de Rosario.

El frito no estaba; pero la joven, sin replicar una palabra, lo ponía en la gran fuente y colocaba ésta sobre el grueso y blanquísimo mantel de lino que cubría la mesa.

—Estas *magras* están casi crudas—decía uno al oído del vecino.—Ya se ve, no ha dejado á la pobre chica hacerlas bien.

—¡Uf, qué genio! Parece una víbora; yo creo que ni sosiego tiene para dormir, y que hasta durmiendo rabia.

Esta opinión era también la de todos los jóvenes del pueblo, entre los que había algunos que hubieran podido convenir para esposos de Rosario, por lo florido de su hacienda y su buen carácter; pero llevaba fama de tan mal genio y de tener una índole tan áspera, que todos huían horrorizados, aunque confesaban que era lindísima.

Es verdad que á la joven no le importaba nada

de su desvío. A dos más atrevidos, que se habían decidido á pedir su mano, los había despedido, como vulgarmente se dice, *con cajas destempladas*; y los demás no tenían gana ninguna de aspirar á su amor.

Tal era el estado de las cosas cuando el señor Maroto concibió el pensamiento de irse á Madrid. Desde luego se contó con llevar á Casilda, quien al oír la noticia al día siguiente de boca de su ama, se puso á saltar de alegría.

—Tú puedes decir—observó con ceño Rosario,—aquello de:

Yo me llamo poca pena,
pauenta de mala gana,
y tengo por apellido
de nadie se me da nada.

—No deja de haber verdad en el cantar por lo que toca á mí—repuso Casilda.—Mire usted, *poca pena* lo soy; en cuanto á *mala gana*, no la conozco ni de cerca ni de lejos. De la mejor gana del mundo como y trabajo; y en cuanto al apellido, *de nadie se me da nada* más que de usted y del señor, desde que perdí á mi pobre madre.

—Y de nosotros lo mismo,—repuso Rosario.

—Bien sabe usted que no; pero vamos, señorita, ¿por qué pone usted ahora mala cara? ¿No está usted contenta de ir á Madrid?

—No—repuso Rosario:—mejor estaba aquí.

—¡Pero si dicen que Madrid es tan hermoso!

—¿Y qué me importa? ¡Para lo que yo salgo de casa!

—Allí saldrá usted.

—Menos que aquí.

—Eso no lo creo; porque hallándose allí la señora Marquesa del Puerto, la llevará á usted á todas partes.

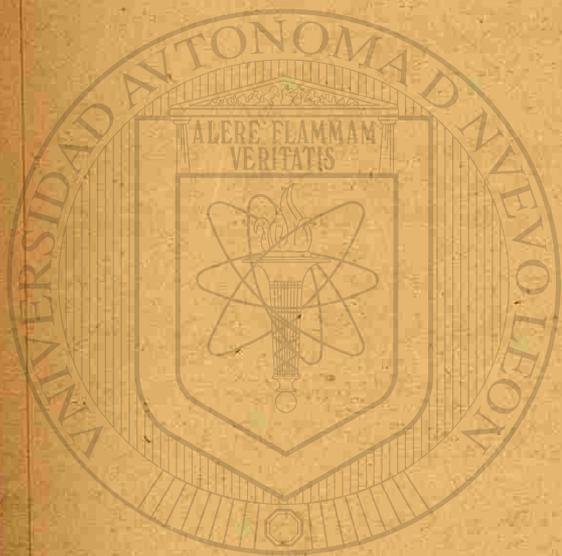
—Ni la Marquesa ni nadie pueden cambiar el genio, y el mío es estarme en casa; con que si te figuras que vamos á estar todo el día con la mantilla en la cabeza, te llevas chasco.

—¡Qué me he de figurar yo, señorita!

—En casa y á trabajar, lo mismo que aquí.

—Yo, bien; pero usted debe salir y distraerse. ¡Ay, Dios mío! ¡Tan guapa, tan rica, con un padre que la adora á usted, y siempre hecha *un azacán!* ¡Si usted misma se hace infeliz, y podía ser la joven más dichosa de la tierra!

—Cada uno vive á su gusto. Ahora déjame y ve á ponerte á coser.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

III

Rosario no consintió en moverse de Epila hasta que se efectuó la recolección, las cosechas estuvieron vendidas y el trigo en los trojes.

A fines de Septiembre pudo por fin don Dámaso arrancarla de la gran casa de labranza donde había nacido, y que, es preciso decirlo, dejó con un vivo dolor para ir á Madrid, al que en manera alguna deseaba ver.

Su mal humor habitual se aumentó con el dolor de la partida, y en todo el camino no habló ni una sola palabra.

Casilda, á pesar de sus vivos deseos de preguntar á su amo, tampoco se atrevió á desplegar los labios.

Como primera medida, se alojaron en la misma fonda donde paraban las diligencias, y al día siguiente, bastante de madrugada, don Dámaso, Rosario y Casilda salieron para buscar una habitación y amueblarla en seguida.

La joven se cansó muchísimo y volvió á casa de pésimo humor, porque lo que es por aquel día no pudieron hallar nada que les conviniese, en atención á que, acostumbrados á la gran casa se-

ñorial de Epila, todas las que veían les parecían jaulas.

Durante las horas que estuvieron andando, Casilda se quedaba extasiada delante de las tiendas. Rosario pasaba casi sin concederles una mirada.

Acompañábales un sobrino de la propietaria de la fonda, joven listo y despejado, que se asombraba mucho al ver la indiferencia de Rosario.

Don Dámaso iba delante con el muchacho, del que ya se había hecho muy buen amigo.

—Paquillo—le decía,—¿sabes que Madrid es muy grande? ¿Sabes que no me lo figuraba yo así? ¡Qué señoras tan adornadas, qué gentío por todas partes, qué riqueza en las tiendas!

—¿Pues qué dirá usted cuando vea los teatros y los paseos?

—¿Qué diré? Lo mismo: que me asombran.

—¿Pero la señorita no se divierte?

—Ya ves que no. Hijo, tiene un genio raro: su gusto es estar en casa trabajando siempre.

—¡Siendo joven y tan bonital

—Pues ahí verás.

Volvieron todos á la fonda á la hora de comer. Rosario, rendida, se acostó al instante para poder emprender de nuevo la caminata al día siguiente.

En aquella segunda salida fueron más afortunados, pues hallaron en la calle de la Montera un hermoso, cómodo y capaz cuarto segundo.

Alquilado ya, se procedió á comprar el mueblaje, que don Dámaso quería que fuese *bueno*, y

en el que se gastó muy cerca de dos mil duros el buen señor.

La casa se alhajó, en efecto, con elegancia, y Paquillo, que miraba con muy buenos ojos á Casilda, se encargó de avisar á dos ó tres memoria-listas para que enviasen un criado y una cocinera. Rosario no quiso ni aun oír hablar de doncella, diciendo ásperamente á su padre si querían á Casilda para que se estuviera durmiendo ó manejando el abanico.

El día mismo de la instalación, Rosario escribió esta carta, con la letra gruesa y redonda que había traído del convento:

«Mi querida madrina: A mi padre le ha dado gana de venirse á vivir á Madrid, y aquí estamos, calle de la Montera, número II, cuarto segundo, derecha. Ya iré á ver á usted así que abra los baúles y arregle un poco esta casa, pues ya sabe usted lo amiga que soy del orden y la limpieza.

»Mi padre la saluda á usted, y la abraza su apasionada ahijada

ROSARIO MAROTO.»

En el sobre puso: «A la señora Marquesa del Puerto, calle de Alcalá, etc.,» y Paco la llevó para enviarla por el correo interior.

Al día siguiente se tomaron los dos sirvientes. Rosario se escandalizó al oír que el criado le pedía ciento veinte reales al mes de salario, y ochen-

ta la criada; pero su padre, que estaba delante, le dijo:

—¡Anda, mujer! No escatimes y que estemos bien servidos. ¿No ves que aquí anda todo de caro por las nubes?

Rosario tenía un talento muy claro, y calló, no queriendo contradecir á su padre en presencia de los criados; pero así que estuvieron solos, le regañó agriamente, y le aseguró que buscaría otros porque no quería pagar tan caro el servicio.

A eso de las dos fué la Marquesa á visitar á su ahijada.

Era una señora de una edad mediana, que parecía no pasar de los treinta y seis años. Aún se veían en su rostro las señales de una gran belleza, y, sobre todo, una expresión interesante de bondad, de animación y de alegría.

Su traje era rico y esmerado, pero sin pretensiones. Llevaba un elegante vestido negro y una preciosa manteleta; una capota de encaje, negro también, con grandes flores de terciopelo encarnado, cubría sus cabellos castaños, sedosos y abundantes.

Abrazó á Rosario y la besó con ternura.

—¡Dios mío, qué bella estás!—exclamó mirándola.—No te había visto desde que te dejé de dos meses; pero te hubiera conocido, porque te pareces mucho á tu madre. ¡Ah! Nunca olvidaré el modo con que me cuidó, cuando fuí á pasar un

verano á tu pueblo y caí tan enferma. No pudiendo dar á tu madre otra prueba de gratitud, quise ser tu madrina cuando te dió á luz y yo me restablecí, y ahora estoy orgullosa de tener tan linda ahijada.

La Marquesa dijo todo esto sin dejar de acariciar á Rosario, que, grave y fría, la escuchaba en silencio.

—Es preciso que te presente en el gran mundo—prosiguió la Marquesa.—Tan linda y tan rica, harás un soberbio casamiento.

—Perdón, madrina—repuso secamente la joven.—Por ahora no pienso casarme.

—¡Cómo! ¿No tienes vocación al matrimonio?

—No, señora.

—Sin embargo, esa es la carrera de la mujer. Una joven soltera no es nada en el mundo. Viuda, como yo, ya es otra cosa. Ya ves: yo quedé libre á los veintitrés años, y no quise volverme á casar. Cuando fuí á Epila con mi padre, estaba para casarme y tenía sólo catorce años. Con que, hija mía, vamos á casa de mi modista para que te haga algunos trajes.

—¿Ahora?—exclamó Rosario.—Tengo las planchas puestas á la lumbre, madrina.

—¿Qué dices?

—Que voy á planchar.

—¡Qué horror! ¿Tú?

—¿Pues quién lo ha de hacer? Casilda entiende poco de eso.

- ¿Pero no tienes doncella?
 —De aquí, no; ni la quiero.
 —¿Y vas tú á planchar y recoser la ropa?
 —Como siempre.

La Marquesa se levantó y tiró del cordón de la campanilla, presentándose al instante el criado.

—Al señor, que tenga la bondad de venir,—le dijo.

—No se halla en casa, señora. Ha salido á comprar el principio,—respondió el criado, que apenas podía respirar de risa.

La Marquesa se mordió los labios; pero no queriendo mortificar á Rosario, volvió á tomar su mano y le dijo:

—Mira, niña mía: deja á tu padre que viva á su gusto y que siga sus costumbres de lugareño; pero abandónalas tú, porque eso te perjudicará de una manera horrible. Toma hoy mismo una doncella, y no cosas ni planches.

—¡Una criada más, un nuevo gasto!—murmuró Rosario.—¿Y yo, qué he de hacer?

—¿Tú? Pasearte, vestirme bien, ir á los teatros, á los bailes, á las diversiones, recibir á tus amigas, y el día que tengas gana leer alguna novela de moda, ó bordar algunos minutos sentada al lado de tu elegante chimenea.

Juzgue el lector qué efecto producirían estas máximas en el alma de la timorata, económica y rígida Rosario. Escuchó á su madrina absorta al principio; pero cuando comprendió lo que le decía,

su semblante adquirió una expresión de frialdad y de ceño que no se escapó á la penetración de la Marquesa.

—Señora—repuso ella,—todo eso podrá ser muy á la moda, pero yo no lo haré nunca; me gusta la economía, y creo que Dios pide cuenta de todos los dispendios. En cuanto á mis trajes, aunque los tengo muy buenos y casi nuevos, como que nunca me los ponía, me haré uno para complacer á usted, pero de tafetán negro, que es el color que más me gusta.

Rosario, dicho esto, se levantó para ir á ponerse otro traje. La Marquesa la miró con asombro.

—¡Santo Dios, qué vestido!—exclamó.—¿son así de cortos todos los que tienes?

—No, señora. Los buenos son más cortos todavía.

—¿Y vas á salir con uno de esos?

—Pues ya se ve. ¿Para qué llevarlos más largos?

—Fortuna es que vamos en carruaje—dijo la Marquesa;—á pie, no te dejaría yo salir de esa manera.

Rosario no respondió. Entró en su gabinete, y un cuarto de hora después salió ataviada con un traje de gro tornasolado, que contaría, lo menos, seis ú ocho años de antigüedad, y cuya hechura no se había reformado desde que se hizo.

El color del vestido era casi encarnado, y, sobre él, llevaba un pañuelo de crespón color de

yema de huevo, que había sido de su madre, y un velo de encaje tupido como un paño, que había pertenecido también á la autora de sus días, y que llevándolo aquella en los de gran gala, como Semana Santa y Corpus, creía su hija que le podía prestar iguales espléndidos servicios, y le conservaba como una joya.

—¡Qué pañolón! ¡qué mantilla!—exclamó la Marquesa.—¡Dios eterno! ¿qué dirán de tí? ¡No se van á reír poco!

—Déjelos usted que se rían.

—Pero, criatura, ¿á tu edad no te importa caer en el ridículo?

—La economía no es ridícula nunca, madrina, si no degenera en miseria. Si yo fuera rota ó llevase manchas, sería ridícula; pero llevo un vestido nuevo y de tela cara; un excelente pañuelo, y una mantilla que á mi madre le costó sesenta duros; en fin, si usted se tiene á menos de salir conmigo, no la acompañaré á usted: de todos modos, lo que á mí me sobra son vestidos.

—Hija mía—repuso la Marquesa después de haber estado mirando á Rosario por algunos instantes con una especie de tierna conmiseración,—yo saldré contigo con el mayor gusto. Todos saben, porque yo lo he dicho, que ha venido una linda ahijada de un pueblo de Aragón, y, al verme contigo, no dudarán de que eres tú; además, poco me importaría aunque no lo supieran; pero lo que es preciso es que te vistas de otro modo, que obres

como una joven elegante y bien educada: ya que eres rica, no te duela algún pequeño dispendio.

—Señora, yo no puedo avenirme con los dispendios.

—QUERER ES PODER, hija mía.

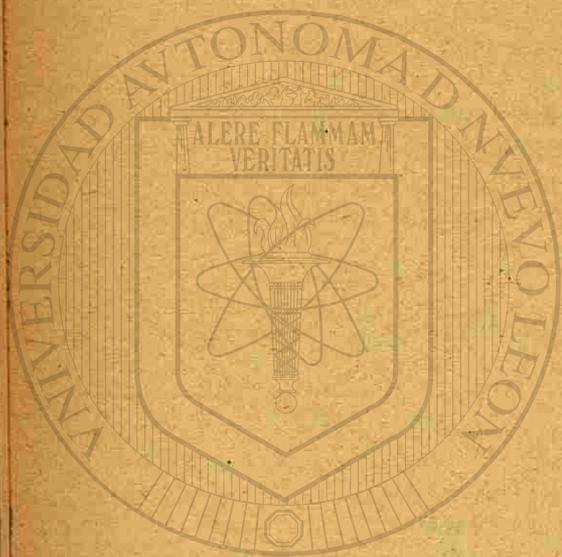
—¡Quiera usted, pues, coger el sol que nos alumbra!—exclamó Rosario con su brusquería habitual, y acompañando su extemporánea salida con una carcajada.

—No se puede entender esto en absoluto—repuso la Marquesa, sin perder su dulce y aristocrática compostura.—Cierto es, querida Rosario, que hay muchas cosas que no se pueden hacer aunque se quiera; pero hay infinitas otras que las logra una firme voluntad: el que tú adquieras elegancia y distinción, es una de ellas; lo es también el que dulcifiques, si no tu carácter, al menos tu lenguaje y tus maneras. Hija mía, no hay genio malo: no hay más que buena ó mala educación. La virtud, tan severa como, según yo veo, la entiendes tú, no hace más que enajenar todas las simpatías. Sé indulgente con todos, y también un poco contigo misma.

Rosario no respondió nada, pero tampoco quedó convencida.

A los veintidós años es difícil ya variar de carácter, y menos si la primera dote es la terquedad y ese fatal orgullo que dice:

—Lo que yo hago es lo justo, lo bueno, lo mejor, en una palabra.



IV

Conducida Rosario por su bondadosa y encantadora madrina á casa de una de las modistas de más fama de Madrid, sólo encargó un traje de glasé negro, con muy poco adorno y *no muy largo*.

La Marquesa llamó aparte á la modista; le encargó otro de seda de un elegante color claro y adornado con gusto, y además un sombrero sencillo, pero bonito, advirtiéndole que le llevasen la cuenta á su casa, y el equipo á la de Rosario.

Esta, descansada del gobierno de la casa por Casilda, que se entendía con los otros criados, consintió en salir algún día con su madrina y dar algunas vueltas por la Fuente Castellana, al trote del brioso tronco de la berlina de aquélla.

La hermosura de la joven era tan notable, que llamó al instante la atención de los concurrentes al aristocrático paseo; se informaron de quién era, y se supo la verdad: que era hija única de un rico hidalgo aragonés, muy brusco y muy ordinario, pero que adoraba en ella, y que la dejaría dueña de dos millones á su muerte, amén del medio en onzas de oro que le tenía ofrecido para el día que se casara.

Desde que esta noticia corrió, la tertulia de la Marquesa, que recibía dos días á la semana, se vió aumentada de un modo considerable. Los jóvenes de la nobleza se disputaban las preferencias de la bella Rosario; pero estas preferencias no pasaban de alguna mirada bastante fría ó de alguna sonrisa algún tanto burlona.

Rosario iba á casa de la Marquesa las noches que ésta recibía; algunas la acompañaba al teatro, y las demás permanecía en su casa.

El contacto con aquella elegante sociedad, de maneras dulces y comedidas; con aquellas damas, que sólo sabían decir palabras agradables y lisonjeras; con aquellos hombres, que siempre tenían la miel de la lisonja en los labios, labró algo la ruda índole de Rosario, y le enseñó hasta cierto punto á usar de mucha reserva cuando alguna cosa le desagradaba, sin dar su parecer, por ofensivo que fuese, á las personas que la escuchaban, según toda su vida había acostumbrado á hacer.

Como estaba dotada de muy buen talento, comprendió asimismo que su peinado antiguo y sus vestidos cortos podían ser económicos y poco trabajosos, pero de un gusto pésimo, y que hacía muy mala figura al lado de las elegantes jóvenes que rodeaban á la Marquesa.

Había, entre los caballeros que frecuentaban aquella amena y franca tertulia, un joven de la más bella figura: llamábase José Molina, y era hijo de una familia noble, aunque pobre.

Todos, empezando por la Marquesa, le llamaban Pepe, y todos le querían por su dulce carácter, su caballerosidad y sus escogidas maneras.

Criado Pepe por su madre, señora distinguida y viuda de un general, con la mayor ternura, y dotado él mismo del carácter más bello, su existencia se había deslizado dulce y hermosa como la corriente de un arroyuelo.

Su madre había costeadado su carrera de ingeniero industrial, con sólo el auxilio de su viudedad; pero Pepe, queriendo ayudar de algún modo á la que tanto debía, y habiendo ocupado sus ratos de ocio en aprender á pintar, logró sobresalir en este arte y hacía paisajes de raro mérito que le pagaban bien.

Su madre había sido amiga de la madre de la Marquesa del Puerto, y ésta conservaba gran afecto hacia aquella bondadosa anciana, que jamás faltaba á su tertulia acompañada de su hijo.

La Marquesa quería á Pepe como á un hermano menor, y ambos se tuteaban; en cuanto á la generala—así llamaban todos á la señora de Molina,—la quería también, como ya queda dicho, de un modo entrañable.

Pepe tenía veinticuatro años, y había terminado su carrera con gran brillantez. Sus ojos, de un azul oscuro é intenso, de dulce y leal mirada, retrataban la bondad y la honradez; pero también se leía en ellos un orgullo algo exagerado y no poco susceptible. Era más fácil para Pepe morir que

cometer una bajeza: todo lo conseguía de él la bondad; pero aquella generosa naturaleza se hubiera rebelado fácilmente contra la fuerza.

Sus cabellos negros, espesos y brillantes, guardaban una frente noble. Era distinguido en sus gustos y en sus maneras, afable, risueño y de carácter igual; su fisonomía, expresiva y algún tanto melancólica, pintaba todas las sensaciones que experimentaba.

Rosario, que había recibido con frialdad cuantos obsequios se la habían dirigido, se aficionó á Pepe sin que ella se apercibiese de semejante cosa. La bella figura de aquel joven, y su carácter, más bello todavía, la interesaban; él era tímido, callado y pobre: tres hermosas cualidades para la altiva é irrepreensible Rosario, pues por nada del mundo se hubiera unido ella á un hombre rico y superficial.

Pepe, por su parte, admiraba la belleza de Rosario, su reserva y su modestia, influyendo no poco en su opinión la de su madre la generala, que aclamaba á la hija de Maroto por el modelo de las jóvenes.

—Y este modelo—dijo un día la Marquesa á su anciana amiga,—tiene unos tres millones de fortuna.

—Entonces—observó tristemente la generala,—es imposible para mi hijo.

—¿Por qué, señora?—exclamó la Marquesa sorprendida.

—Porque es él demasiado orgulloso para aceptar una mujer tan rica.

—A usted le toca quitarle esos escrúpulos.

—Y yo no se los quitaré: en esta parte soy de su opinión.

—Pues esa opinión es una locura—observó la Marquesa.—¿Qué culpa tiene Rosario de ser rica?

—Ninguna; pero lo es. Además, ella tampoco pensará en mi hijo; y aunque pensara, su padre no se la daría.

—O sí. No hay en todo el mundo hombre más bendito que don Dámaso Maroto: lo que su hija quiera, aquello hará.

—¡Qué lástima que sea rica!—murmuró por lo bajo la generala.—¡Tan linda, tan buena, tan distinta de todas esas jovencitas casquivanas! ¡Qué lástima que sea rica!



V

Mientras Rosario y Pepe daban entrada en su corazón á aquel amor que nació tímido y ruboroso, pero que debía crecer grande y gigante, don Dámaso pasaba su vida dando limosnas, oyendo misas, paseándose al sol y charlando por las noches en el café de Murga hasta las diez, que se retiraba á casa.

Las noches que Rosario no salía, cenaban á esta hora y se acostaban; la noche que su hija la pasaba al lado de la Marquesa, cenaba igualmente, é igualmente se recogía, entregándose al instante á su habitual plácido sueño.

Habíase hecho amigo el honrado labrador de un rico manguitero, de un capitán retirado y de un comerciante de paños de la Plaza Mayor.

Este, que era acaudalado, no reparaba en la escasez que rebosaba toda la figura del retirado; por la misma razón no reparaba tampoco en ella el manguitero; pero el buen señor Maroto, que tenía el entendimiento muy aguzado para todo el que sufría, lo advirtió bien pronto y se dió trazas de socorrer con la mayor delicadeza á su nuevo amigo.

Una noche que volvía don Dámaso de su café, que se hallaba muy cerca de casa, vió en la acera y al lado del portal á Casilda, parada con un hombre.

Llevaba éste el traje de menestral, pero limpio y bien cortado, y su figura era graciosa y esbelta.

—Muchacha, ¿qué haces aquí?—preguntó el anciano.—¡A estas horas, una mocita en la calle y *paliqueando!*

—Señor, es mi novio—dijo la joven;—y como á la señorita le sabría malo que subiera, nos hablamos aquí.

—¿Ya te has echado novio?

—Sí, señor.

—¡A ver, á ver!—dijo don Dámaso.—Acérquese usted, buen mozo, para que yo le vea.

El joven dió dos pasos, y don Dámaso exclamó:

—¡Paquillo!

—El mismo soy, para servir á usted,—respondió aquél quitándose la gorra.

—Pero, hombre, ¿por qué no subes á casa?—exclamó el anciano.—Mi hija y yo nos extrañábamos de no verte.

—Ya ve usted, ¡como la señorita tiene el genio algo áspero, yo sólo puedo venir de noche, porque de día estoy en mi trabajo!

—¿Qué trabajo! ¿Pues qué eres?

—Tallista, para servir á usted.

—¿Te has separado de tu tía?

—Ya hace tres semanas. Yo tenía mi oficio y

me cansé de aguantarla: ¿quedrá usted creer que aún me trataba como á un chico de cinco años y ya tengo veintiséis encima?

—¿Y qué jornal ganas?

—Veinte reales.

—¿Y tienes bastante?

—¡De sobra, señor! Si velo por la noche dos horas, llegan á treinta. Por lo *mesmo* me he dicho: «Paco, tú ya puedes mantener mujer; ya tienes veintiséis años; ya es hora de que tengas tu casita y tu *miaja de arreglo*. Ahí está Casilda, esa morenilla más linda que las flores y más libre que el aire: con que si ella quiere, hazte un hombre de pro y cástate para ahorrar algunos *cuartejos*.»

—Paco—dijo don Dámaso,—eres andaluz, y como tal, *tarambana*. No has querido sufrir á tu tía la fondista y es más buena que el pan; ¿pero por qué? Porque te regañaba cuando volvías á casa á las dos de la mañana: eso yo lo sé porque ella misma me lo ha contado. Ahora hace días que no la veo, porque este constipado que tengo á costas no me ha dejado gana más que para ir al sol. Vamos, si has de hablar con Casilda, que no sea aquí; sube un rato por la noche: ya sabes que puedes hacerlo; pero, mira, no te ocultaré que le he de quitar de la cabeza que te quiera.

—¿Y por qué, señor?

—Porque yo la quiero como á las niñas de mis ojos, casi á la par de mi hija; porque la he criado con todo amor y regalo, y tú la vas á hacer infeliz.

—Señor—exclamó Paco algo ofendido á pesar de su ligereza,—¿qué puedo yo hacer para que sea desgraciada Casilda? ¿No la quiero? ¿No gano mi jornal, que basta para que nada le falte?

—¡La señorita!—exclamó Casilda con terror.

En efecto: por la esquina de una calle inmediata desembocaba Rosario, acompañada de un antiguo y anciano criado de la Marquesa.

—Padre—dijo,—¿qué hace usted aquí con tanto frío? ¿No ve usted que se va á empeorar su resfriado? Y tú, ¿por qué no estás arriba cuidando de lo que los otros hacen?

—¡Calla, mujer, calla!—repuso don Dámaso, que se reía á más y mejor, olvidando ya el acceso de sensibilidad que le hacía dolerse de la suerte de Casilda,—¿querrás creer que los he cogido *fraganti*?

—¿Qué dice usted, padre!

—Que he cogido festejando á Casilda y á su novio, al que sin duda no has mirado bien.

Rosario se acercó, miró al galán de su hermana de leche y exclamó:

—¡Si es Paco!

—El mismo, señorita,—repuso el joven quitándose la gorra con respeto.

—¿Y usted quiere á Casilda?

—¡Más que á mis ojos!

—¿Por qué no lo decía usted?

—Porque temía que le supiera á usted malo, señorita; luego, como es usted así... tan seria, no me atreví.

—¡Pues qué! ¿asusto yo? ¿ó se figura usted que la destino á monja? Si usted la quiere y tiene con qué mantenerla, ella dirá; lo que yo no consentiré es que hablen ustedes en la calle y den lugar de ese modo á la crítica de los vecinos que los ven.

—Sí—dijo don Dámaso muy orondo, observando que su hija, á la que esperaba ver muy irritada, tomaba el *festejo* con tanta filosofía:—mi Rosario tiene razón, como siempre. Paco, mañana sube á casa y hablarás con más sosiego con Casilda.

—Y si se han de casar ustedes, que sea pronto,—añadió la joven.

—Por mí, cuanto antes—dijo Paco.—Mañana empiezo las diligencias: ni tengo padre, ni madre, *ni perrito que me ladre*; y no cansando más á ustedes, hasta mañana por la noche.

—Adios, Paco,—dijo don Dámaso.

—Muy buenas noches, y tantas gracias, señorita Rosario, por el permiso.

Paco se alejó, y el padre y la hija subieron seguidos de Casilda, que iba ruborosa y esperando un sermón de parte de su señorita.

—¡Ay, Dios mío!—pensaba ella.—¡Ya me hará pagar bien caro el permiso de ver á ese diablo de Paco! Todo el día me estará *roña que roña*. La fortuna que pronto nos casaremos.

Pensando así, encendió la vela que, puesta en una palmatoria de plata, debía servirle para alumbrar á Rosario hasta su cuarto, según costumbre de todas las noches.

33875

La joven abrazó á su padre con la íntima ternura que cada noche lo hacía, y don Dámaso, después de besar á su hija en la frente, la retuvo cogida por la mano.

—Y dime, hija mía—le preguntó,—¿te diviertes en casa de tu madrina?

—Bastante, padre,—respondió Rosario, que se puso colorada. Luego, como asaltada de un pensamiento repentino, añadió:

—¿Y usted por qué no va también?

—Hija mía, yo lo paso mejor en el café con mis amigos.

—La Marquesa se queja de que no se deja usted ver.

—Ya la visito alguna vez de día.

—Y dice que ya que usted no va, ella vendrá uno de estos días á hablar á usted de un asunto.

—En ese caso, yo iré mañana para que no se moleste.

—¡Bien, padrel

—¿Y tú vendrás conmigo?

—¿Yo? No, señor. Ya voy de noche.

—¿Sabes qué asunto es ese?

—Sí, señor.

Y el rubor de Rosario se hizo tan visible, que su padre no pudo menos de notarlo.

—¿Qué te pasa, hija?—le preguntó.—¿Hay amorcillos al fin? ¡No sabes cuánto me alegraría! Las mocitas sin amor son como árbol sin flores.

—Padre, buenas noches—dijo Rosario vol-

viendo á abrazar al anciano, y, siguiendo á Casilda que ya iba lejos con la luz en la mano.—Mañana sabrá usted algo.

Y ligera como un pájaro, echó á correr hacia su cuarto.

Casilda se ocupaba en disponer su lecho, quitando la rica colcha de damasco que le cubría de día y dejando debajo una de algodón inglés de gran abrigo, medida que la económica Rosario adoptaba con su cama y la de su padre.

—¡Pobre de mí ahora, que me coge sola!—se dijo Casilda.

Pero sus temores eran infundados. Rosario se sentó delante de su espejo, se puso un peinador, y empezó á desprender la rica madeja de sus cabellos; luego, y sin dejar su ocupación, dijo á la joven:

—¡Con que tan callado me tenías lo del novio, picarona!

La extrema y desusada dulzura de aquel acento, generalmente duro y áspero, sorprendió á Casilda de una manera extraordinaria: se volvió, y miró á su joven ama con notable asombro.

—Yo te iba á decir hoy que también tengo novio—prosiguió Rosario, en cuyos hermosos ojos, antes tan adustos y de mirada severa, reía ahora una ternura infinita;—pero—añadió,—ya no te quiero decir ni quién es ni cómo se llama.

—¡Usted novio!—exclamó Casilda atónita.

—Yo, sí: ¿soy acaso tan vieja ó tan fea que no le pueda tener?

—Vieja—exclamó Casilda:—tengo yo algunos meses más que usted. Fea: ¡si es usted más hermosa que una imagen! Cuando salgo con usted á comprar alguna cosa á las tiendas, todos se vuelven á mirarla.

—¿Pues por qué te extraña el que tenga novio?

—¡Qué sé yo! ¡Como es usted así... tan serial...

—A él no le he parecido tal.

—¡Es que con él no lo será usted! ¡Si con los novios se vuelve una otra! ¡Yo, cuando veo á Paco, me da una alegría!... ¿Pero diga usted, señorita, se piensa usted casar?

—Si mi padre quiere, sí.

—¡Pues no ha de querer! ¡Si no desea otra cosa! Pero luego lo ha de sentir, porque vivir solo á su edad...

—¡Solo!—exclamó Rosario;—¡mi padre solo! ¿Crees tú que le voy á dejar? ¡Pues si mi padre es la luz de mis ojos, y por él dejaría yo todos los novios del mundo! ¡Solo mi bueno, mi querido padre! Si Pepe no se aviene á vivir con él, soltera quedaré para toda mi vida.

—O se casará usted con otro.

—Eso no: ó con Pepe ó con nadie. Después de mi padre, él.

—Así digo yo: sólo podría amar á Paco.

—¿Pero dí, te han informado de lo que es ese joven?—preguntó Rosario á su hermana de leche.

—Mira que tiene traza de muy calavera, y que si te diera algún disgusto, yo lo sentiría mucho.

—¡Eh, señorita! Muy calavera es, y yo lo sé, porque, según él mismo dice, á todas horas está de jarana y tremolina: siempre á los toros, á meriendas, á bailes. Eso ya lo sé yo que lo hace; pero al mismo tiempo es trabajador, y aunque el día de fiesta parece un toro que le abren el toril, lo demás de la semana está bien sujeto.

—Pero es que, después de casado, puede que haga lo mismo, mi pobre Casilda: también irá por ahí con sus amigos, y ya ves que eso no es propio del hombre que tiene obligaciones.

—¿Y qué le haremos, señorita? Tal como es, le quiero como á las niñas de mis ojos. Yo le domaré.

—¡Tú!... ¡si eres una paloma sin hiel; si no podrás!

—*Querer es poder*, señorita.

—Sí, así dice mi madrina; pero hay cosas que aunque una quiera...

—Yo creo que todo lo que se quiere con firme voluntad se logra, si la intención es sana; pero dígame usted, ¿el señorito Pepe es bueno?

—¡Nadie le gana á bondad!—exclamó Rosario con entusiasmo.

—¿Y buen mozo?

—¡La figura más interesantel ¡y además, tiene el genio tan dulce y tan amable, y es tan comedido, y tiene tan buenas costumbres!... Es el solo hombre que verdaderamente me ha gustado.

—Bien decía yo que usted lograría alguna cosa así, muy buena, y más de cuatro veces se lo he

dicho al amo cuando se lamentaba de que no se quería usted casar con nadie.

—Antes hubiera muerto soltera mil veces que casarme con aquellos palurdos de Epila.

—Yo digo lo mismo, señorita.

—Mira, mañana va á venir la Marquesa á pedirme á mi padre, acompañada de la madre de Pepe.

—¿Qué, tiene madre?

—Sí: una excelente señora.

—Ahora lo parecerá; pero suegra...

—Hay suegras de suegras, mujer.

—¿Y si se le antoja al señorito no dejar á su madre, como á usted no dejar á su padre?

—Viviremos juntos.

—¡Ay, señorita!...

—¿Qué?

—¡Qué mala mezcla! Dios quiera que puedan ustedes vivir en paz.

—*Querer es poder.*

—¡Hola! Parece que ya dice usted como yo y como su madrina; pero, señorita, piénselo usted bien antes. Mire usted que, si la veo desgraciada, me moriré de pena.

—Vamos, ya estoy desnuda: pon la pantalla á la lamparilla y vete á acostar. Nos casaremos el mismo día, y ya que no puedas vivir conmigo, porque no es la casa nuestra, vivirás lo más cerca posible. Para mí, Casilda, siempre serás mi hermana.

—¡Muchas gracias, señorita! ¡Mire usted qué lástima que esté ocupado ese piso cuarto de la izquierda!

—¡El sotabanco!

—¡Justo! Si estuviera desocupado, yo viviría en él con Paco; cosería y cuidaría toda la ropa de usted, y estaría á la vista de la casa.

—¡Aguarda! ¿Quién vive en él?

—Ese zapatero que arma cada día un escándalo con su mujer, porque viene borracho, y ella le insulta.

—Y hace bien.

—¡Ay, señorita! Nunca se debe insultar á los maridos; que el que escupe al cielo, en la cara le cae.

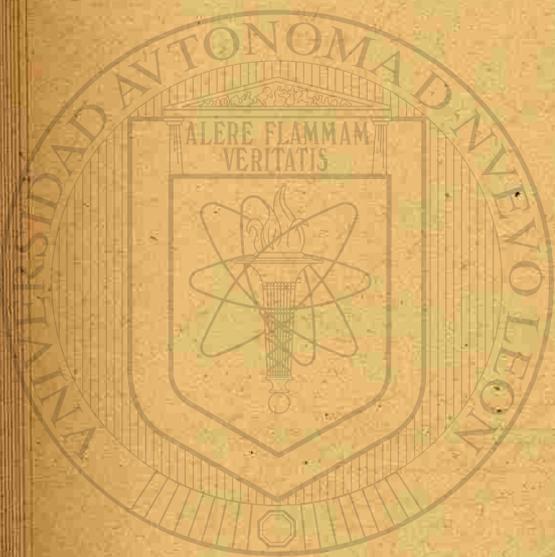
—¡Sí, pues hazte de miel!

—*¡Más se caza con miel que con hiel!*

—Así dice mi padre, y él es el cazado; pero, vamos, vete á acostar, y mañana me llamas temprano y saldremos las dos á comprar telas y lienzo. El ajuar te lo regalo yo.

—Dios se lo pague, señorita, y buenas noches.

—Buenas noches.



VI

Al día siguiente, y cuando don Dámaso se entregaba en manos del barbero, á fin de que le *adecentase* para ir á ver lo que se le ofrecía á la Marquesa, entró ésta acompañada de la generala.

Rosario había vuelto ya de sus compras de lienzo, encajes y todo aquello que juzgó que ella y Casilda podían necesitar.

Las dos damas eran el tipo exquisito y encantador de la mujer del gran mundo: la Marquesa era joven, bella y elegante; la generala presentaba toda la nobleza delicada de la ancianidad bondadosa y respetable.

Era poco más de la una; pero Rosario, que no quería que su padre fuese á casa de su madrina, sino que ésta viniese á la suya, le entretuvo y le hizo quedarse en la cama hasta muy tarde, bajo el pretexto de que estaba muy constipado.

Cuando supo que estaban allí la Marquesa y la generala, se escondió en su cuarto mientras exponían su petición.

—Señor Maroto—dijo la Marquesa,—mi amiga la señora generala de Molina viene á pedir á usted una cosa.

—Señora—exclamó el buen labrador,—¡será posible que yo pueda hacer algo por usted! ¡Seré tan dichoso!

—Sí, caballero—interrumpió la señora:—vengo á pedir á usted la felicidad de mi hijo único, con la mano de su hija la señorita Rosario.

—¡Pero, señora, yo no sé... yo nada sabía de esto! Si ella quiere..

—Ella ama á mi hijo, señor Maroto.

—En ese caso...

—Pero mi hijo es pobre: su carrera y su habilidad de pintor le dan pocas utilidades; al paso que la señorita, su hija, es rica.

—¿Y eso qué tiene que ver, señora? Ella es rica, no hay que negarlo; mas, por lo mismo, no necesita serlo él: que la quiera y que la haga feliz, y nada más pido. ¿Pero ella sabe?...

—Ella está en relaciones hace dos meses con el hijo de mi amiga—dijo la Marquesa.—Llámela usted, amigo mío, para que diga su parecer y para que tengamos el gusto de abrazarla.

El señor Maroto salió en busca de su hija, pues tan aturdido se hallaba, que ni se le ocurrió tirar del cordón de la campanilla.

—¡Qué buen hombre me parece!—dijo la generala.

—Es la flor y nata de los hombres de bien,—repuso la Marquesa.

Don Dámaso se presentó con su hija, que llegaba colorada como una manzana.

La generala la tomó de la mano, la acercó á ella y la abrazó con ternura.

—Señorita—le dijo,—he tenido el honor de pedir á su padre de usted la mano para mi hijo, y él ha tenido la bondad de concedérmela. ¿Es usted gustosa en ello?

—Señora—respondió Rosario con su indisputable buen sentido,—siempre me ha contentado mucho todo lo que ha hecho mi padre; pero en esta ocasión, sobre todo, le estoy agradecida.

—Pero, hija, ¡si soy yo quien debe darte gracias á tí!—observó don Dámaso.—Estaba yo pidiendo á Dios cada día y cada noche que te casaras.

—¿Tiene usted alguna observación que hacer, querida Rosario?—preguntó la generala.

—Una sola, señora—respondió Rosario:—que no quiero separarme de mi padre. Si Pepe no se opone á que vivamos á su lado, me casaré con él; si no, no.

—Pepe cuenta con eso, así como con no separarse tampoco de su madre—dijo la Marquesa.—Queriéndote tanto, ¿cómo te había de separar de don Dámaso?

—Además—repuso Rosario,—en tanto que mi padre viva, él es el dueño de todo: yo soy tan pobre como Pepe; ni mi dote tomaré, y él será el que disponga, como hasta hoy, de su casa y de su hacienda.

—Ese modo de pensar te honra mucho, mi Rosario—exclamó la Marquesa;—y mi amiga, lo

mismo que su hijo, son dignos de apreciarlo. ¿Pero qué tiene usted, don Dámaso? ¿Por qué llora de ese modo? ¿Acaso siente ahora que su hija se case?

—¡Yo, señora!— exclamó el buen hombre, que, en efecto, se ahogaba en llanto;— ¡yo sentirlo!... Si estoy deseando que se case; si ya me parecía que no había de verla nunca colocada. No, señora, no; no lloro por eso, ni usted tampoco lo crea, señora generala... Lloro de alegría al ver que tengo una hija tan buena, que me quiere tanto. ¡Ah! ¡que no viviera su madre para oírla!...

Este pensamiento era el que se le ocurría á don Dámaso siempre que tenía alguna alegría. Cuando experimentaba alguno de los ligeros dolores que tan pocas veces empañaron su vida feliz, se le oía murmurar:

—Hizo bien aquella santa en irse al cielo.

Pero cuando sentía alguna dicha, decía siempre:

—¡Que no viviese mi pobre mujer!

De esta suerte, en aquella alma honrada y amante, no se aposentaba jamás un sentimiento fuerte y enérgico que no fuera dividido con la memoria de la que había sido compañera de su vida.

—Pero—prosiguió hablando con la Marquesa—si no la tenemos al lado para que oiga á su hija, ella se alegrará en el cielo y bendecirá á Dios y á Rosario.

Don Dámaso abrazó á la joven dichas estas palabras, y las lágrimas, que rasgaban su rostro ve-

nerable, dejaron sus huellas sobre las blancas mejillas y la pura frente de Rosario.

¡Dichosos los hijos que hacen llorar á sus padres de alegría!

—Padre—dijo Rosario dominando su emoción,—yo no sé por qué extraña usted que haga lo que toda hija haría en mi lugar. Juntos quiero que vivamos. Si me pusiera por condición el separarme de usted, ni con un rey me casaría. Y viviendo así, ¿por qué ha de descabalar usted la hacienda ni hacer partes de ella? Vamos, sosiéguese usted y no demos mal rato á estas señoras.

Rosario se expresaba siempre con esta gravedad y mesura. Si en ella había poca dulzura y menos cordialidad, tampoco caía en franquezas ó libertades inconvenientes en el trato, y que son tan frecuentes en las jóvenes de su edad que, habiendo salido de la primera juventud, creen que tienen derecho para tratar con llaneza á todas sus amigas y aun á todos sus amigos.

Las dos señoras se despidieron y se marcharon contentas del resultado de su embajada.

—Es un poco brusca—dijo la Marquesa á su amiga;—pero la dulzura del carácter de usted y su distinguido trato la suavizarán.

—Es altiva, buena, honrada—respondió la generala:—esto me basta, y lo prefiero mil veces á la melosa hipocresía, al fingimiento y coqueterías de casi todas las jóvenes que conozco.

Rosario salió á dar un paseo por el sol con su

padre, deseosa de distraerle y ansiosa de respirar el aire libre del campo.

Aquella misma noche decía Casilda á su novio en el comedor y á presencia de don Dámaso:

—Mira, el señor y la señorita desean que nos casemos de aquí á tres semanas: el mismo día que la señorita.

—Está muy bien, mi amo, —dijo Paco mirando al anciano.

—Ya estoy arreglando el sotabanco para nosotros —añadió Casilda. —El casero ha despedido al zapatero borracho que vivía en él, porque el amo le da cinco reales, un real más diario, para que le vivamos nosotros.

—¡Cómo! ¿lo paga el amo?

—Sí: ya ves si es favor.

—¿Quieres callar, chica? —exclamó don Dámaso. —¡Qué favor *ni qué carga de agua!* ¿No he de hacer algo por tí si te quiero poco menos que á mi hija? Además, así estaremos á la vista de lo que ese mala cabeza hace contigo.

Estremeciósese Casilda al oír estas palabras, y por algunos minutos el color huyó de su lindo rostro; pero dominando su emoción, hizo como que no había oído á su amo, y dijo á su novio:

—Todos los días salgo con la señorita, que me está poniendo el cuarto como una maceta de flores.

—Hay gentes que nacen de pies, —murmuró la cocinera con envidia al oído del criado.

—¿De pies? ¡Ya verás qué vida le dal! ¡Que no conozco yo al andaluz! Es capaz de jugarse las pestañas, y capaz de beberse una cuba cada día.

Casilda oyó estas palabras, y el color volvió á huir de sus mejillas. Temblaba ante la idea de que su amo pudiera oírlas, y sabía que se decían con este solo objeto; pero don Dámaso no las oyó y siguió hablando tranquilamente con los novios.

Mientras tanto, y en la tertulia de la joven y la encantadora Marquesa del Puerto, Pepe y Rosario, un tanto retirados de la gran concurrencia que había aquella noche en el salón, hablaban también de su felicidad futura.

—¿Con que no quieres dejar el usted? —preguntaba el novio tiernamente quejoso.

—¿Qué más da? Hasta salir de la iglesia no somos marido y mujer, —respondió ella.

—¡Qué rígida eres!

—Lugareña y basta, nunca entraré en ciertas elegancias de por acá.

—¿No lo quieres hacer por darme esa prueba de cariño?

—Si es por eso, sea. Dejaré el usted y te hablaré de tú.

—¡Qué buena eres, mi Rosario! Gracias por tu condescendencia. Dime, ¿cuando estemos casados querrás vestir con algo más de lujo que ahora?

—¡Nol Basta la decencia. ¿No te he gustado así?

—Pero yo quiero que digan al vernos pasar: —
¡Qué elegante va la mujer de Pepe Molinal

—Vanidad y nada más que vanidad.

—Es una vanidad bien inocente. ¿No te ha hecho el cielo hermosa? ¿Por qué no has de cuidar de tu belleza?

—¿Y la destruyo, dado caso que exista, vistiendo con modestia y economía?

—A lo menos, no brilla lo que debiera; además, así que estemos casados, saldrás más de casa; nos abonaremos á algún teatro, y recibiremos una vez á la semana.

—¡Qué disparates! No lo esperes.

—¿Por qué?

—Yo estoy en casa mejor que en ninguna parte; y además, *la casada la pierna quebrada y en casa.*

—¡Qué antiguallas!

—Lo serán; pero así me han criado. Este es mi genio, y ya sabes: *genio y figura hasta la sepultura.*

—Bien: no saldrás de día más que cuando lo apetezcas; pero ¿y en cuanto á mis proyectos de noche?

—Un abono es un gasto muy crecido y muy tonto: cuando alguna función nos agrada, tomaremos billetes.

—Yo quisiera abono para que tuvieses la precisión de ir: nunca te vendrá bien que tomemos los billetes.

—Ya veras cómo sí.

—Estoy seguro de que no; pero ¿y recibir un día á la semana, no querrás?

—¿Para echar á perder nuestros hermosos muebles y nuestra alfombra, que es magnífica? Cuando llueve vienen las gentes mojadas, y adiós damascos y tapicerías.

—Se renuevan.

—Vale más no echarlos á perder; además, ¿sabes lo que sucede cuando se recibe? Que los que vienen á divertirse se burlan de uno y le critican después que se van.

—¿Y no hemos de gozar de la sociedad por temor á la crítica?

—¡Pero si los que disfrutan y se divierten son los de fuera! Para los de casa es lo peor.

—¿Y no has de lucir tu habilidad en el piano?

—La luciré contigo y con nuestros padres, y para vosotros la perfeccionaré.

Esta tierna respuesta hizo enmudecer á Pepe, que estrechó á hurtadillas la linda mano de su novia.

—Teniendo piano—prosiguió ésta,—se nos llenará la casa de pollos y pollas con la esperanza de bailar; nos estropearán el estrado, si lo consentimos; nos romperán la alfombra; luego habrá que darles té, porque, como dice mi madrina, en ninguna parte se recibe ya á palo seco; ¿y sabes lo que cuesta un té y sus adherentes? Lo menos trescientos reales, y no quedaremos con lucimiento.

—Casi me convences,—murmuró Pepe.

—Luego empiezan los chismes, y las visitas, y el recibir á las gentes que creen que deben venir

á hacer el cumplido de día, porque de noche vienen á divertirse; es decir, que el que tiene tertulia un día á la semana se sacrifica todo el resto de ella.

—Bien, no recibiremos—dijo Pepe, cuyo carácter era muy dócil y muy complaciente;—pero lo del teatro me lo has de conceder. Espero convencerte de que no es bueno aislarse del todo, y de que la sociedad, si da alguna pequeña incomodidad, proporciona también algunos ratos agradables.

—Yo espero convencerte—repuso Rosario,—de que la sociedad exige mucho y da muy poco. Apenas la he frecuentado; pero no lo deseo, porque tengo mala idea de ella: creo que de tantas personas como vienen á esta casa dos noches á la semana y todos los días, si hubiera en ella una enfermedad ó una desgracia cualquiera, sólo quedaríamos, para consolar y hacer compañía á la Marquesa, nosotros y nuestros padres. Créelo, Pepe, y no te sacrifiques por esa sociedad, compuesto ruín de necios, de egoístas y de ingratos.

VII

Tres semanas después, y un lunes por la noche, se casaron Pepe y Rosario, Paco y Casilda.

Acabada la boda de los primeros, tuvo lugar la de los segundos.

La Marquesa fué la madrina del casamiento de su ahijada, y don Dámaso el padrino.

Después Rosario y su marido sostuvieron el yugo de seda sobre las jóvenes y alegres cabezas de Casilda y de Paco.

Terminada la ceremonia, fueron todos á casa de la Marquesa, que, con el pretexto de enseñar á Rosario unos encajes, la llevó á su gabinete y le habló gravemente.

—Hija mía—le dijo,—es preciso que escuches algunos consejos que voy á darte, y que estoy cierta te hubiera dado también la excelente señora que te llevó en su seno y que ya está en el cielo.

Escúchame: si quieres ser dichosa, modera tu severidad, en la vida doméstica sobre todo, y también en la vida social.

Tú eres buena, eres casi una santa; estás dotada de mil bellas cualidades; tienes talento y un

á hacer el cumplido de día, porque de noche vienen á divertirse; es decir, que el que tiene tertulia un día á la semana se sacrifica todo el resto de ella.

—Bien, no recibiremos—dijo Pepe, cuyo carácter era muy dócil y muy complaciente;—pero lo del teatro me lo has de conceder. Espero convencerte de que no es bueno aislarse del todo, y de que la sociedad, si da alguna pequeña incomodidad, proporciona también algunos ratos agradables.

—Yo espero convencerte—repuso Rosario,—de que la sociedad exige mucho y da muy poco. Apenas la he frecuentado; pero no lo deseo, porque tengo mala idea de ella: creo que de tantas personas como vienen á esta casa dos noches á la semana y todos los días, si hubiera en ella una enfermedad ó una desgracia cualquiera, sólo quedaríamos, para consolar y hacer compañía á la Marquesa, nosotros y nuestros padres. Créelo, Pepe, y no te sacrifiques por esa sociedad, compuesto ruín de necios, de egoístas y de ingratos.

VII

Tres semanas después, y un lunes por la noche, se casaron Pepe y Rosario, Paco y Casilda.

Acabada la boda de los primeros, tuvo lugar la de los segundos.

La Marquesa fué la madrina del casamiento de su ahijada, y don Dámaso el padrino.

Después Rosario y su marido sostuvieron el yugo de seda sobre las jóvenes y alegres cabezas de Casilda y de Paco.

Terminada la ceremonia, fueron todos á casa de la Marquesa, que, con el pretexto de enseñar á Rosario unos encajes, la llevó á su gabinete y le habló gravemente.

—Hija mía—le dijo,—es preciso que escuches algunos consejos que voy á darte, y que estoy cierta te hubiera dado también la excelente señora que te llevó en su seno y que ya está en el cielo.

Escúchame: si quieres ser dichosa, modera tu severidad, en la vida doméstica sobre todo, y también en la vida social.

Tú eres buena, eres casi una santa; estás dotada de mil bellas cualidades; tienes talento y un

corazón tierno. Pues bien, mi querida Rosario: no las ocultes todas con el tupido y áspero velo de la intolerancia; no exijas en todo y en todos la perfección absoluta; piensa en que la bondad tiene distintas manifestaciones, y que en todos los caracteres hay su claro obscuro: aprecia el claro; el obscuro haz, siempre que te sea posible sin menoscabo de tu dignidad, como que no lo ves.

Hazte también un poco tolerante por lo que toca á economía. El servicio doméstico está muy viciado, y sólo cambias de criados por tu excesiva rigidez: á trueque de que duren y de estar bien servidos, súfreles algo, y ya que tienes para ello, dales sueldo suficiente para que estén contentos y hallen ventajas en estar al lado tuyo.

Sobre todo, hija mía, te encargo mucho tacto con tu suegra y con tu marido. Ella es una señora acostumbrada á un trato delicado, al lujo, á la comodidad. Pepe se ha criado al lado de su buena madre bastante mimado y un tanto consentido: no te muestres dura ó brusca con él, ni desaten- ta con su madre; gustará de llevarte á los paseos, á los teatros, á los saraos; no hagas de tu casa un convento; no huyas de las diversiones absolutamente. Cuando un esposo dice *ven*, nunca debe la esposa negarse á acompañarle, porque si sopor- ta la negativa dos ó tres veces, á la cuarta se va solo; á la quinta se halla muy bien con su liber- tad, y luego se alaba con sus amigos de haberla recobrado y de haber sacudido el ridículo *yugo con-*

yugal. Rosario, haz, ante todo, que tu marido ha- lle agradable tu compañía, y tu casa preferible á todas las diversiones.

En una palabra, querida Rosario, tus obliga- ciones arduas y verdaderamente penosas es aho- ra cuando empiezan. Antes tenías la libertad de un ama de su casa y ninguno de sus penosos de- beres; hoy descansan en tí el reposo y la felicidad de toda una familia.

Rosario oyó en silencio estas amonestaciones de su amiga. Su corazón era bastante noble y su alma bastante fuerte para no ofenderse por ellas; por el contrario, nunca, como entonces, conoció el interés que su suerte inspiraba á la Marquesa, y la abrazó dándole gracias con toda la efusión de su alma.

—Si alguna vez—prosiguió su madrina,—tu espíritu desfallece, ven á mí, hija mía: yo te daré consejo, y si no puedo consolar tus penas, las lloraré contigo.

—Gracias, señora—respondió la joven:—yo espero en Dios no tener penas, ó, á lo menos, penas de gran consideración; pero si las tuviese, creo que sólo á usted me decidiría á confiarlas, y que las ocultaría de todos, hasta de mi padre.

Rosario, al hablar así, estaba, en efecto, casi se- gura de no tener pesares; contaba con transfor- mar á su gusto á su marido, cuya suave condición y dulce carácter le eran conocidos.

—Yo le quitaré—pensaba,—sus hábitos ro-

mánticos, su afán de gastar y esas mil malas mañanas hijas de una educación mimada y consentida.

La casa era bastante grande para que todos viesen con comodidad. Casada y vecindada en el sotabanco Casilda, quedaban sin doncella; pero la generala tenía una buena, y dijo á Rosario:

—Benita es juiciosa y fiel: si quieres, la traeré y nos servirá á todos.

—Más vale esa, que es ya conocida—dijo Rosario,—que otra nueva.

La vida empezó, por decirlo así, bajo una nueva fase para aquellas cuatro personas.

Deslizábase feliz para Rosario, porque se veía adorada de su marido, al que ella adoraba á su vez, si bien de un modo menos expansivo y visible que él, á causa de su carácter reconcentrado.

Feliz para don Dámaso y para doña Benigna, que así se llamaba la madre de Pepe: al ver á sus hijos tan dichosos, ninguna otra cosa pedían al cielo.

Feliz, sobre todo, para Pepe, que á cada instante hallaba en su esposa nuevas perfecciones físicas y morales.

Rosario, en efecto, parecía haberse embellecido aún con el amor: el amor había dulcificado su mirada y hecho nacer sobre sus labios una bella y casi habitual sonrisa.

Don Dámaso y doña Benigna se entendían muy bien, y pronto los unió una perfecta simpatía. Aunque su educación había sido muy diferente, la

bondad y la tolerancia allanan todas las dificultades del trato, ó á lo menos aquéllas que, por lo salientes y pronunciadas, puedan dar origen á que se tropiece en ellas.

La vida parecía, pues, abrirse radiosa y feliz para aquellas cuatro personas.

Una mañana, durante el desayuno, don Dámaso estaba preocupado.

—¿Qué tiene usted, padre?—le preguntó Rosario, que fué la primera que advirtió su preocupación.

—Tengo—dijo el anciano—una idea que me ha ocurrido y me ocupa la cabeza.

—Dígala usted, querido papá,—repuso Pepe con acento afectuoso.

—¡Papá, papá!—murmuró Rosario.—Yo no sé qué manía tienes de gastar esas pinturas: ¿no ves cómo yo le digo padre?

—Y haces mal,—repuso Pepe.

—¿Por qué?

—Porque nadie, más que la gente ordinaria, dice padre y madre.

—Pues yo madre le digo á la tuya.

—Y te repito que haces mal.

—¡Mejor! ¡A tí te parece eso, y á mí me parece lo contrario: *pata!*

—Tienes razón, Pepe—opinó don Dámaso:—es más fino decir *papá* que *padre*.

—Yo digo que la razón es de Rosario esta vez—observó doña Benigna:—*padre* decía yo al mío;

MADRE decía Jesús á la Virgen; PADRE llamamos al Todopoderoso. La moda saca cada día estilos nuevos que no son mejor que los antiguos.

—Doña Benigna, usted desempeña su nombre á las mil maravillas, y sobre todo con mi hija—observó don Dámaso:—en todo y por todo le da la razón.

Rosario dió gracias á su suegra con una mirada afectuosa, y luego dijo:

—Me da la razón cuando la tengo. A mí me gusta llamar al pan, pan, y al vino, vino; que soy aragonesa y muy franca.

—Una cosa es ser franca, y otra cosa ordinaria—observó Pepe:—la educación es de todos los países.

—¿Y es educación mejor el decir *papá* y *mamá* que *padre* y *madre*?

—A lo menos es el uso establecido.

—Pues síguele tú.

Pepe iba á responder tal vez con alguna aspereza; pero una mirada de su madre le cerró la boca como un candado, y Rosario quedó triunfante; como se dice vulgarmente, *la suya* había sido la última.

Su marido enrojeció de cólera; se veía humillado por la brusca terquedad de la joven.

—*Papá*—dijo recalcando mucho esta palabra como para vengarse de su derrota,—diga usted qué idea es esa que le ocupa la cabeza.

—Pues es, hijo mío, que yo ya estoy viejo y

cansado: tengo sesenta y dos años, y la cabeza pesada para cuentas y negocios; y que, habiendo en casa tanta hacienda que ha de ser tuya un día, es una majadería que sigas con tus estudios de ingeniero, que el día menos pensado te harán ir á una población lejos de nosotros para dirigir alguna obra ó para descubrir alguna mina.

—¿Y qué?—exclamó Pepe.—¿Quiere usted que deje mi carrera, señor?

—¿No está ya acabada? Pues el día que la necesites, te servirá.

—¡Pero no ser nada en el mundo!

—Hombre, lo que has de ser ya lo eres: dí que no ejerces lo que sabes; y además, yo he sido toda mi vida un hacendado laborioso, que he dado de comer á muchas familias: ¿no vale esto más que todo?

—Este tiene otras pretensiones,—observó Rosario irónicamente y resentida aún de la repetición de la palabra *papá*.

—No, Rosario—repuso su marido;—sino que yo me he casado contigo contando con que tenía para mantenerte, y haciendo ahora lo que dice tu padre, no ganaré nada y voy á ser el mantenido.

—Hijo—exclamó el honrado labrador,—¿te parece poco el descansar en la administración de mis bienes y hacerlos prosperar? Trabaja, que dinero hay para mejoras: con el agua que se desperdicia puedes establecer una hermosa fábrica de

papel y un molino harinero; puedes mejorar los vinos en los lagares; puedes distinguirte al fin como agricultor y como propietario; como gran contribuyente, puedes sentarte en la Cámara y defender á tu país. Trabaja, hijo mío, trabaja, que el trabajo engrandece al hombre, cualquiera que sea su condición.

Don Dámaso, al hablar así, tenía el semblante animado; su mirada era brillante. Aquel hombre sencillo, pacífico, casi ignorante, parecía transfigurado, y este milagro era obra de la bondad, pues sólo el deseo de proporcionar á su yerno el descanso y el bienestar, la tranquilidad á su hija con la constante compañía de su marido, y la felicidad á doña Benigna con la seguridad de un porvenir lisonjero, era lo que le había prestado aquella elocuencia momentánea.

—Sí, padre mío—exclamó Pepe participando del entusiasmo del anciano;—sí, yo seré algo, y mi mayor afán será el descansar en todo lo que esté en mi mano: mejoraré tus fincas, seré benéfico para los pobres que ganan el pan en tu casa, y tú tendrás, estoy seguro de ello, una vejez dichosa y prolongada por el cariño de tus hijos.

Lágrimas de enternecimiento corrían por las mejillas de doña Benigna y de Rosario.

—¿Ves?—exclamó ésta olvidando su resentimiento y tomando la mano de su marido.—¡Ahora que has querido emplear un lenguaje expresivo y tierno, le has llamado padre!

—Y *padre* es la dulce palabra que calma todas las grandes aficciones de la vida,—dijo doña Benigna, que era siempre el iris de las pequeñas borrascas.

—Está decidido—dijo don Dámaso:—dejas tu carrera y te encargas de la casa.

—No tengo más voluntad que la tuya, padre mío,—repuso Pepe.

—Pues ahora vámonos á dar un paseo al sol—opinó doña Benigna:—á los cuatro nos hace falta, y á tí sobre todo, Rosario, que hace días que no sales.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

VIII

El primer grano de arena había caído en el lago azul y transparente del matrimonio.

¿Quién lo había lanzado?

Seguramente no eran ni don Dámaso, ni Pepe, ni su madre: era Rosario, ó más bien, era su carácter dominante, rígido y fuerte como el acero que se rompe, pero no se dobla.

Como un mes hacía que se habían casado, cuando Pepe, cansado de estar en casa por espacio de tantas noches seguidas, tomó sin consultarle butacas para ir al teatro los dos.

Al ver los billetes, Rosario le miró con enojo.

—Yo no voy, —dijo secamente.

—¿Que no! ¡Si es una función tan buena!

—Que lo sea: te vas tú solo.

—Pero tú, ¿por qué no has de venir?

—Porque no tengo gana; además, mañana voy á confesarme, y tengo que recogerme á mi cuarto temprano. Antes de gastar el dinero tan tontamente, podías haberme preguntado si quería ir. ®

Pepe, que era muy susceptible porque era pobre, sintió dolorosamente estas palabras, y creyó hallar en ellas una alusión.

La mujer rica debe ser más delicada en su lenguaje que la que todo se lo debe á su marido.

—Como quieras—dijo con voz sorda:—no iremos; y otra vez, antes de gastar en nada, te pediré licencia.

Rosario perdió el color; conoció que había ofendido á su marido, y le miró con tristeza y cortedad.

El desvió la vista y salió de la habitación.

Un instante después entró doña Benigna y halló llorando á la joven.

—¿Qué tienes, hija?—exclamó;—¿estás mala? ¿qué sucede?

Rosario se lo contó todo.

—Eso no vale nada—dijo la señora.—Pepe es sentido, tú demasiado sincera; pero, hija mía, poned cada uno un poco de vuestra parte, porque, si no, queriéndoos mucho, llegaréis á no entenderos. Yo echaré un sermón á tu marido, y le diré que no sea tan niño; por tu parte, hazme el favor de acompañarle al teatro y le verás tan contento.

Rosario, aunque de malísima gana, se vistió bajo la dirección de su suegra y se puso encantadora.

Un vestido de seda azul, ricos brillantes en las orejas y pecho y un velo ligero, que dejaba ver su hermoso cabello, componían su atavío.

Doña Benigna la condujo de la mano al cuarto de Pepe, dió á éste su sombrero y le dijo con terna autoridad:

—¡Al teatro!

Volvióse el esposo, y de su rostro ceñudo y contraído desaparecieron las negras nubes, para dejar paso á una sonrisa nacida de su placer al ver á Rosario tan bella.

—¿Quieres que tome un coche?—dijo á su mujer.

Rosario se ruborizó.

—¿No eres tú—le dijo—el dueño de todo, y el mío también?

Subieron á un carruaje que los llevó al teatro, en el que Rosario pasó la noche bastante divertida.

Pero al llegar á casa empezó á lamentarse de que no podía ir á la iglesia al día siguiente, y de que perdía el Jubileo, que era de indulgencia plenaria.

Pepe se encogió de hombros. Rosario, viendo en este ademán una señal de desprecio, se incomodó, y le dijo que él, como era un hereje, maldita la pena que pasaba por las cosas de la Iglesia.

Este cargo delante de su madre, que era profundamente piadosa, exasperó en extremo á Pepe, y dijo á su mujer que no se metiera en lo que no le importaba y respetase sus opiniones.

—La culpa tengo yo por haberte acompañado al teatro,—exclamó ella con los dientes apretados por la cólera.

—¿Por qué has venido?—preguntó él.

—¿Por qué? Porque parecía que no podías pasarte sin mí.

—Pues te parecía mal: me hubiera ido solo con mucho gusto.

—¡Solo! Si parece que te da vergüenza de ello, como á los niños que empiezan á andar.

—Ya verás esta misma noche si me voy solo ó no.

Rosario se metió en su cuarto desesperada, y en todo el día quiso volver á ver á Pepe.

Por la noche se le acercó éste y le dijo:

—¿Quieres venir?

—¿A dónde?—preguntó ella airada.

—A casa de la Marquesa.

—Buen viaje.

Pepe se marchó.

Rosario empezó á sollozar de tal modo, que su padre acudió corriendo.

—Pero, hija, ¿qué te pasa?—exclamó el pobre viejo, cuyo semblante se entristeció profundamente, tal vez por la primera vez en toda su vida.

—Tiene que Pepe se ha marchado,—dijo doña Benigna, afligida también.

—¡Cómo!—exclamó don Dámaso.—¿Se ha ido solo?

—¡Solo, sí, señor!—repuso Rosario con esa injusticia de la cólera ciega.—Desde ayer está preparando esta cuestión para hacer lo que le da la gana.

—Y qué, ¿piensas tú que su deseo era irse sin tí?—preguntó doña Benigna.

—Ya lo ve usted.

—Pero ¿por qué no has burlado tú sus esperanzas saliendo con él?

—No quiero que me lleve á la fuerza; pero ahora me voy.

—¿A dónde, hija?

—A casa de mi madrina: allí ha dicho que iba él...

—Hija mía—observó doña Benigna,—si ahora vas tú sola á donde está tu marido, ¿qué van á decir? Yo te acompañaré, y diremos que quedamos ocupadas en casa cuando Pepe se fué.

En efecto: la bondadosa y prudente señora se vistió; Rosario hizo lo mismo y salieron juntas, acompañadas del criado.

La tertulia de la Marquesa se hallaba en todo su apogeo, y ella, sentada en un pequeño canapé, hacía los honores con aquella gracia suprema y exquisita que ya le conocemos.

Al ver llegar á Rosario después de su marido, con los ojos hinchados y encarnados de llorar, comprendió que negras nubes invadían ya el horizonte conyugal.

Otros muchos, y sobre todo *otras* muchas, lo comprendieron asimismo; y las que habían envidiado á Rosario que se llevase el simpático é interesante esposo que la había preferido á ellas, soltaron algunas pullitís acerca de la dicha del matrimonio, á las que Rosario contestó con una fiera mirada.

A la primera ocasión que tuvo se acercó á su

marido, que miraba jugar al tresillo á algunos señores de edad, y le dijo:

—Ya ve usted cómo para nada me hace falta.

—Tanto mejor—contestó él;—y otra vez no se ponga usted, para asistir á una tertulia concurrida, un vestido tornasolado y tan corto que le hace ir enseñando las medias: repare usted, y verá cómo todos se le ríen.

—Es que el proceder de usted no me ha dejado humor de componerme; y además, yo quiero gastar mis vestidos antes de hacerme otros.

—Señora, ciertas economías son ridículas.

—Caballero, los despilfarros lo son siempre.

—¿Lo dice usted por mí?

—No quiero hablar más con usted.

Y Rosario volvió la espalda á su marido con una grosería de que éste se ofendió profundamente.

Llegada la hora en que se acostumbraban á retirar, la generala se acercó á su hijo.

—Pepe, por Dios—le dijo,—sé prudente.

—¿Y qué quieres que haga?—preguntó con una aspereza que jamás había usado.

—Ve al lado de tu mujer.

—¡Pues me tiene contento y satisfecho con su genio!

—Pero, hijo, piensa que todos sus defectos nacen de su carácter, y éstos son disculpables. ¿No es buena? ¿no te quiere con el alma? ¿no es su vida pura é irreprochable?

—Todo eso no basta á compensar su falta total de educación.

—Sí, hijo, sí: eso se corregirá si ella quiere y se convence de que obra mal.

—¡Qué se ha de corregir! Ya no puede, aunque ella quiera.

—*Querer es poder*, hijo mío.

—Mamá—repuso Pepe,—por tí haré lo posible para ser prudente; ¡pero si con Rosario se apura la paciencia más ejemplar! Y luego, como ella es la rica, me pone en ridículo, y no faltará quien diga:

—Bien está pagando ese su ambición y el haberse casado con una mujer opulenta.

—¡Es posible que pienses eso, hijo mío!—exclamó tristemente doña Benigna.—¡Si alguno piensa así, no merece ni que te acuerdes de él! Tú te has casado con tu mujer porque la amabas, y no por miras de interés.

—Sin embargo, hice muy mal en no buscar mujer pobre, ya que yo lo soy también.

Pepe, sin añadir otra palabra, se acercó á su mujer.

Pero su madre conoció que en aquella alma, antes llena de flores y de aromas, había brotado la primera raíz amarga que debía dar más amargos frutos.

—¡Ah!—pensó.—Si mi hijo hubiera tenido la fortuna de hallar para compañera una mujer de condición apacible y con más debilidades, ambos hubieran sido dichosos; así... ¡quién sabe!

—¿Vamos á casa, Rosario?—preguntó Pepe á su mujer con voz dulce.

—Vamos,—respondió ésta secamente.

—No estés enojada conmigo—añadió él,—y olvidemos lo pasado.

—¿Qué tienes tú que olvidar?

—Nada, es verdad—respondió Pepe, que hallándose con la mirada suplicante de su madre, hizo un esfuerzo heróico para tener prudencia.—Olvida tú lo pasado, Rosario, y vamos á despedirnos de la Marquesa.

La joven, viendo que su marido se humillaba, sintió lo que sienten todas las personas de carácter fuerte cuando ven que su antagonista se doblega: el enternecimiento penetró en su corazón, y estrechó la mano de su marido.

Un instante después salían los tres de casa de la Marquesa.

Pepe daba el brazo á su madre; Rosario iba sola delante.

Al llegar cerca de su casa, se detuvo y se volvió algunos pasos.

—Allí está Casilda,—dijo señalando á una mujer que, en efecto, estaba inmóvil en la acera y á pocos pasos del portal de la casa.

—¡Cómo, Casilda!—exclamó doña Benigna;—¡á estas horas y sola!

—Es ella misma: mírela usted.

—En efecto—dijo Pepe:—es ella; pero ¿qué hará aquí?

—Quedémonos un poco—dijo Rosario,—en este portal, desde donde podemos verla sin ser vistos. Tengo curiosidad de saber á qué ha venido.

Los tres entraron en el portal indicado, muy contra la voluntad de Pepe, que no se avenía gustoso á aquel espionaje.

No duró mucho. Apenas hacía algunos minutos que estaban allí, vieron llegar á un hombre asido á las paredes y con todas las señales de la embriaguez.

—¡Ese es Paco!—dijo doña Benigna.

—En efecto—exclamó Rosario:—¡es él! Todo lo comprendo ahora. ¡Infeliz Casilda!

Paco se aproximó tambaleándose. Su mujer, así que le vió, se acercó á él, tapándose la cara todo lo posible con un pañolón que llevaba en la cabeza.

—Apóyate en mi brazo,—le dijo ella dulcemente.

—¡Qué apoyo ni qué demonio!—respondió él.

—¿Ya estás aquí? ¡Cuando te digo que te he de romper la cabeza de un palo!

—¡Ya me voy!—dijo Casilda con humildad.—

No te enfades.

—¿Por qué has venido? ¿No sabes que no quiero que me esperes en la calle?

—¡No salí á esperarte! que no quiero yo disgustarte en nada, sino que salí á pagar un café que mandé subir hace un rato, y te ví venir.

—¿Y para quién era el café?

—Para tí.

—¿Dónde está?

—¡Hombre, arribal! Te aguardaba á las nueve, y como sé que te gusta, le dije al panadero, cuando vino esta tarde, que avisara en el café que lo subieran para que lo tomaras al venir. Con que anda, ya estoy aquí: apóyate en mi brazo, y subamos pronto, que se enfría.

—¡Te digo que iré solo!—repuso Paco con voz balbuciente y con la tenacidad de los beodos.

—Bien: como quieras.

Casilda pasó detrás de su marido, que llegó al portal, y tomó la escalera; pero no había subido dos ó tres peldaños, cuando tropezó y cayó.

—Ya viene acompañado, ¿verdad?—dijo el portero asomándose.

—¡Por Dios, señor Santiago, calle usted!—exclamó Casilda;—que nadie se entere.

—Bien, hija, bien—repuso el portero, que era un honrado anciano;—pero si hay mártires en la tierra, tú eres uno de ellos: es bien seguro.

Casilda se acercó á su marido, le ayudó á levantar y le dijo:

—Vamos, dame la mano, que la escalera está oscura, porque el farol se apaga ya. Las mujeres somos como los gatos, que vemos mejor de noche que de día.

Vencida la ciega terquedad de Paco por las palabras de su mujer, se apoyó en su brazo y subió la escalera.

—He aquí—dijo doña Benigna,—una mujer

con más talento que todas las que yo he visto. Me alegraría de ver cómo acaba esta escena, porque temo por ella. Ese hombre está hecho un irracional de embriaguez, y puede maltratarla.

—Subamos, pues,—dijo Rosario.

Los tres subieron la escalera, en la que ya se oían lejanos los pasos de Paco y Casilda, que le conducía con sumo trabajo.

A pesar de su angustia, Casilda oyó pasos detrás de ella; pero el estado de su marido había llegado, como decía doña Benigna, á tal estado de estupidez, que no se atrevió á detenerse, y siguió conduciéndole penosamente y con el mayor silencio posible.

Ya cerca de la puerta, se volvió y vió á su joven ama, á Pepe y á su madre.

Un generoso rubor sucedió á la palidez que la angustia de su marcha había extendido por su frente.

La pobre Casilda hubiera dado algunos años de su vida porque no hubiesen descubierto el feo vicio que ocultaba en su marido con el esmero más exquisito, así como ocultaba otros varios.

Rosario le hizo una seña que le indicaba que siguiese adelante y que no se cuidara de ellos, y ella obedeció, abrió la puerta de su habitación y entró con su marido, al que condujo ante un sillón, en el que se desplomó.

Casilda dejó la puerta entornada, por la que sus amos podían ver el milagro de amor y de pruden-

cia que se iba á obrar en aquella humilde vivienda.

La habitación constaba de sala, gabinete, una cocina y despensa; en el pasillo había otro cuarto pequeño que servía de comedor á los esposos.

Todo brillaba de aseo y estaba arreglado con la mayor pulcritud.

Casilda, así que dejó á su marido sentado en la sala, corrió á la puerta de la escalera para hacer pasar adelante á los señores, como ella les llamaba.

—No, no queremos entrar—dijo Rosario;—sino que, al volver de casa de mi madrina, hemos visto que tu marido no se podía tener, y hemos subido cuidadosos por tí.

—¡Qué, señorita! ¡yo le manejo como á un cordero! La verdad: hoy, como es sábado y ha cobrado el jornal, se conoce que se excedió algo; pero es la primera vez, y de eso tienen la culpa las compañías.

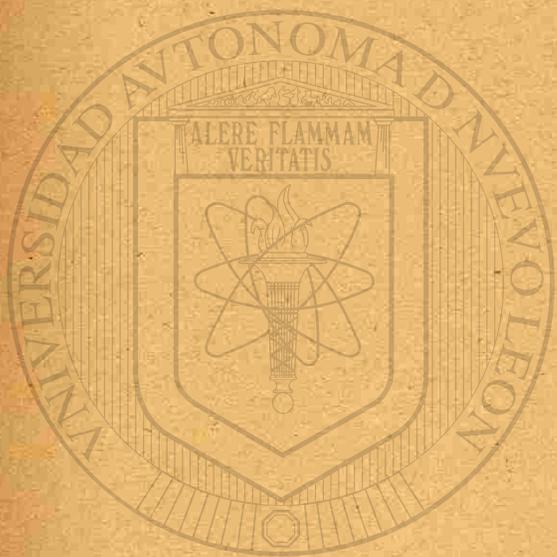
—Mira, Casilda—dijo doña Benigna:—déjanos entrar á Rosario y á mí, que tengo curiosidad de ver cómo te compones con tu marido. Tú, hijo mío, vete abajo, que si algo ocurre á Casilda, lo que Dios no quiera, aquí estamos nosotras.

—¡Cómo, señora! ¡ocurrirme á mí nada con mi marido!—exclamó Casilda:—ni por pienso. Váyanse ustedes sin cuidado.

—No, no: yo deseo estar aquí hasta que se duerma.

—Pasen ustedes, pues, al gabinete,—dijo la joven disimulando su contrariedad.

Pepe salió, y su madre y su esposa fueron al gabinete, cerrando Casilda la puerta de la habitación.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IX

Paco se había quedado dormitando, y su fuerte resuello se oía ruidoso y repugnante.

A la expresión vivaz é inteligente de su fisonomía, había sucedido otra de natural estupidez.

Su gorra se había caído.

Sus cabellos pendían por sus mejillas en mechones desiguales.

Su corbata estaba torcida y desatada.

Casilda se acercó á él, y luego fué á la cocina; llenó de café una taza, le puso un poco de azúcar y volvió al lado de su marido.

—Paco—le dijo moviéndole suavemente,—aquí está el café.

Paco abrió los ojos y alargó la mano á la taza.

—Yo te daré, que estás medio dormido,—dijo Casilda acercando la taza á los secos labios de su marido.

Este bebió con la avidez de los beodos, que tienen una especie de pasión por todos los líquidos.

Dos minutos después, aquella bebida espirituosa había producido el efecto acostumbrado, disi-

pando casi del todo las nieblas que obscurecían el cerebro de Paco.

—Válgame Dios, Casilda—dijo echando hacia atrás sus cabellos:—¿todavía no te has acostado?

—No. ¡Si acabas de llegar!—respondió ella.—Vamos, ¿quieres más café?

—¿Hay más?

—Sí.

—Pues dame; ¿pero quién ha traído este café?

—Lo mandé yo traer del café de ahí enfrente.

—¿Pues cómo lo tienes en un puchero?

—Para que no se enfríe.

—Apuesto á que lo has hecho tú.

—Y aunque así fuera, ¿qué tendría eso de malo? Mejor hecho estará, que lo del café es veneno.

—¿Pues por qué dices que lo han traído?

—¡Como me hallaste en la calle!...

—¡Ya! Porque no te regañara...

—Sí: como te incomoda el que vaya á esperarte...

—¿Me diste esa excusa?

—Sí.

—¡Pobre Casilda!—exclamó Paco, cuyo cerebro iba quedando limpio de las nieblas que le habían invadido.—Desde que nos hemos casado, que hace cerca de dos meses, todos los sábados te hago pasar mil angustias.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque vengo borracho como una cuba; pero de eso tienen la culpa las malas compañías.

—¡Borracho! ¡qué horror!—exclamó Casilda.—¡Vergüenza me da oírlol Vienes algo alegre y nada más; que para otra cosa eres tú persona demasiado decente. Eso de emborracharse se queda para los de oficio de poco más ó menos.

—Pues yo, ¿qué tengo más que un oficio como otro cualquiera?

—Como otro cualquiera, no: el tuyo es un oficio muy decente; pero vamos á dormir, Paco. Acuéstate, que tienes que madrugar.

—¿Pues y mi maldito vicio de jugar?—prosiguió Paco, al que daba entonces por echarla de sentimental.—No te entrego ni la mitad de los jornales.

Casilda guardó un triste silencio.

—Habla, mujer—dijo Paco.—¡Parece que te han cosido la boca!

—¿Qué he de decir? Cuando juegas, es señal de que hallas gusto en ello, y tú eres dueño de hacer tu gusto.

—No, señor: nadie es dueño de su gusto cuando éste es en daño de los demás.

—No es eso, sino que ese gusto te trae algunos malos ratos después.

—¡Y muy malos!

—Pues entonces, gusto que hace padecer no es gusto. Otro día, desde el trabajo, te vienes á casa.

—¡Qué! ¡pero si le comprometen á uno! Así me pasaba en casa de mi tía la fondista, y me rega-

ñaba tanto que tomé el partido de dejarla y marcharme de su casa para vivir á mi gusto; pero vamos á la cama, que me caigo de sueño.

Paco se metió en la alcoba; su mujer le ayudó á desnudar, y le arropó con el mismo cuidado que si hubiera sido el mejor y más ejemplar de los esposos.

—¡Dios mío! ¡esta muchacha es una mártir!— exclamó Rosario.—Casilda—dijo al verla entrar,—¿por qué nos callabas lo que te pasa?

—¿Y qué conseguiría con decirlo á ustedes, señorita? Darles un mal rato y nada más; y luego que la mujer debe sufrir las faltas de su marido y no publicarlas.

—¿Pero sabías tú lo que era antes de casarte con él?

—Ya sabía que era algo calavera; pero no tanto.

—¿Y por qué te muestras tan solícita y tan blanda?

—¿Y qué he de hacer, señorita? ¿Alborotar la casa? ¿armar un escándalo? ¿llenarle de picardías? ¿Qué adelantaría con eso? El perdería la vergüenza, y adiós: era hombre al agua. Así, á lo menos, conserva un resto de pundonor y teme que le vean. ¿Quién debe ocultar sus faltas mejor que su mujer? ¿Cada uno lleva su cruz en este mundo!

—Es que la tuya es muy pesada, ¡pobrecita!— dijo doña Benigna.

—¿Y qué remedio, señora? Dios es quien nos las reparte en el mundo, y por más que me empeñe, no la podré aligerar así... de repente.

—¿Y así has de vivir siempre?

—Tal vez no, señora: yo no he sido mala para ser siempre desgraciada.

—Casilda—dijo Rosario,—tú debes tener apuros, porque tu marido juega. Toma dinero.

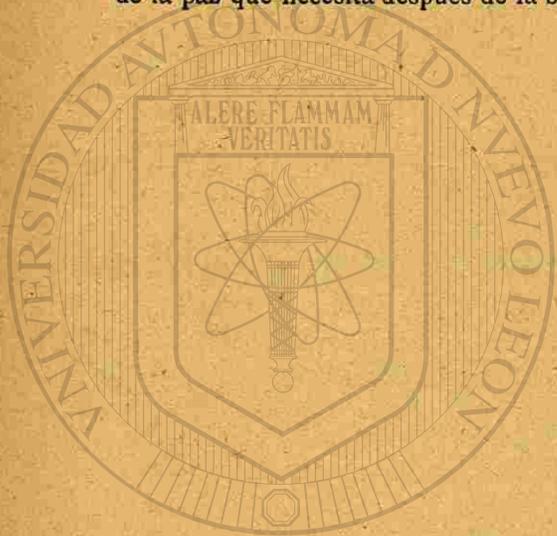
—Señorita—respondió la joven,—muchas gracias. Ahora me voy á poner á concluir unas camisas, y mañana me las pagarán.

—¡Qué!—exclamó doña Benigna,—¿coses ajenas? ¿A ese extremo has llegado?

—Señora—respondió Casilda con dignidad,—al matrimonio se lleva un fondo común: el hombre es el que pone el dinero; la mujer el trabajo, la economía y el buen orden. Si el marido cae enfermo, la mujer debe trabajar en lo que él no llegue. Esta es la obligación que contrae al casarse, y en esa comunidad de bienes no debe entrar ningún tercero: ganarlo honradamente entre los dos, y entre los dos gastarlo. Pues bien: mi marido está enfermo; sólo que en lugar de baldarse de dolores ó de quedarse ciego de los ojos, ha cegado su razón, y su alma ha enfermado al contagio de otras malas almas, y mi obligación es llegar á donde él no llegue: si sana, tanto mejor; si no, Dios me dará fuerzas para llevar mi cruz.

—¿Y le vas á mantener sus vicios?—exclamó Rosario indignada.

—Sus vicios, no, señorita. Me hago la cuenta de que sus vicios se los paga él, y ¡ay de mí bien caros, porque pierde la salud y la vida; yo le pago la comida, la limpieza y un poco del bienestar y de la paz que necesita después de la borrasca.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

X

El lago azul de la vida de Rosario no estaba turbio dos meses después de los sucesos referidos: se había ennegrecido.

Querer es poder, como decía la Marquesa del Puerto y como también decía algunas veces el bueno y honrado don Dámaso Maroto.

Rosario *había querido* y *había podido* hacer de su vida un continuado purgatorio, en el que las sonrisas de dos bondadosos ancianos apenas daban algún rayo de luz entre aquel caos de sombras.

De las pequeñas disputas, los esposos habían llegado á las contiendas serias; ya habían pronunciado entrambos palabras de esas que no se olvidan jamás.

Pepe llamó á su mujer déspota y ridícula, y le había dicho que si había llegado á los veintidós años sin casarse, era porque nadie había querido cargar con semejante furia.

Rosario, irritada y con razón, pues le habían sobrado pretendientes, le respondió que ella había podido elegir; pero que si él se había casado con ella, había sido por atrapar el dinero que de-

bía ser suyo un día ú otro, y hasta tanto una vida cómoda y feliz.

De esta suerte, Pepe había herido de una manera incurable el amor propio de su mujer, herida funesta que no se cierra jamás, y Rosario había inferido igual lesión á su marido, que era el más pundonoroso y aun el más susceptible de los hombres, tratándose de asuntos de interés material.

La primera disputa es la que se debe evitar en el matrimonio. Así como la primera palabra de amor suele decidir del porvenir de toda la vida, así la primera disensión suele llevarse detrás la felicidad de la existencia entera.

Necesaria es entre dos esposos una continua reciprocidad de miramientos y de pequeñas atenciones. ¡Desgraciadas las jóvenes inexpertas que creen que, al enlazarse al hombre á quien aman, están dispensadas ya de ser amables, tolerantes, agasajadoras, bien educadas, en una palabra!

¡Desgraciados los hombres que, al casarse, consideran ya á la mujer, que antes obsequiaban galantes y rendidos, como cosa propia!

El matrimonio es un valle que ambos deben atravesar asidos de la mano, y del cual son las flores, las atenciones y las pruebas de cariño; y los abrojos, las contiendas, la intolerancia y el mal humor.

Jóvenes esposas, á vuestras delicadas manos toca sembrar las flores: si vuestros esposos siem-

bran algún abrojo, arrancadlo antes de que crezca y sofoque las galas de vuestro amor y la luz de vuestras ilusiones.

El matrimonio, como decía Casilda, es una unión íntima en la que no cabe ningún tercero, y en la que la mujer debe poner todo lo que al hombre falte de generosidad y de paciencia, y éste todo lo que á aquella falta de talento y de juicio; es una cruz que no admite ayuda de Cirineo, un contrato santo de dos almas que Dios firma en el cielo, y Dios solo puede romper con la espada de la muerte.

El día fatal en que Rosario echó en cara á su marido que se había casado con ella porque era rica, se hallaba presente Casilda, y la sencilla aldeana, sin educación y sin cultura, se hizo hacia atrás, trémula de espanto, al ver la expresión que tomó el semblante del ultrajado esposo.

Pepe, atónito al oír estas palabras, ahogado por el exceso de su furiosa cólera, trémulo y desalentado, no supo qué responder: eran tantas las palabras que se agolpaban á sus labios, que ninguna hallaba salida; por último, midió á su mujer con una ojeada de amargo y sangriento desprecio, y salió de la habitación con paso atropellado.

Una hora después, se hallaba en una casa de juego para olvidar lo que acababa de oír.

—¡Y qué!—pensaba en pie delante del fatal tapete que consumía tantas fortunas y la felicidad de tantas familias,—¿pensarán todos como esa mu-

jer? ¿dirán por ahí que me he vendido? ¡Sin dudal
 ¡Cuando esa mujer, que tanto parecía quererme,
 me lo dice, es que lo ha oído decir! ¡Esa idea no
 puede haber salido de su corazón, que es bueno!
 ¡Eso es que el mundo me llama hombre sin pun-
 donor y sin delicadeza, parásito holgazán al que
 mantiene su mujer, pordiosero que no tenía pan
 ni sabía ganarlo, y se cubrió con las heridas de un
 amor postizo, como un mendigo de falsas llagas,
 para que le arrojasen el pan de la limosnal ¿Y qué
 hacer? ¿Separarme de ella? ¡Eso sería dar á mi ma-
 dre un golpe mortal, y á la sociedad derecho para
 decir que me habían arrojado como á gato ladrón,
 que se come las mejores tajadas de la cocinal ¡Oh!
 ¡haber dejado mi carrera por dar gusto á su padre!
 ¡Cómo andarán mi honor y mi dignidad en el sa-
 lón de la Marquesa del Puerto! ¿Qué has hecho,
 Pepe Molina, hijo del honrado y viejo general de
 este nombre; qué has hecho de tu orgullosa inde-
 pendencia? ¿Y cómo trabajar ahora en la hacienda
 de mi suegro, hacer las mejoras que él me aconsejó
 y que yo tenía proyectadas? ¡Para que esa
 mujer diga que lo hago por ambición, y para que
 me quede todo más floreciente! ¡Eso jamás! ¡Ya
 estoy desentendido de todo! Volveré á mi carrera,
 y si me destinan lejos de aquí, mejor: ese será el
 medio de obtener una separación sin ruido y sin
 escándalo. Mientras tanto, no tocaré un solo real
 de esa fortuna maldita: pintaré cuadros y me di-
 vertiré con su producto.

Pepe tenía razón: las frases de su mujer no ha-
 bían salido de su corazón, y habían sido sólo hijas
 de su imprudente cólera. El mundo tampoco le
 creía interesado; pero aquella imaginación vehe-
 mente y exaltada todo lo veía con los colores más
 negros, y bastaban aquellas desesperantes ideas
 para sumergirle en toda clase de extravíos.

Haciendo por sacudir tan amargas reflexiones,
 Pepe jugó y ganó; puso á otra carta, y ganó tam-
 bién: la suerte, deseosa de consumir su perdi-
 ción, le fué favorable y le permitió ganar toda la
 noche.

Cuando se retiró, á las dos de la madrugada,
 llevaba en los bolsillos cerca de tres mil duros.

Llegó á su casa; llamó, y el criado bajó á abrirle.

—¿Y mi madre?—le preguntó.

—Está esperando á usted, señorito; y también
 el señor y la señorita. Han pasado muy mal rato
 desde las nueve, y yo he ido á buscar á usted á
 todas las casas conocidas.

Pepe no respondió; entró en la habitación, y
 después en el comedor, donde se hallaba la mesa
 puesta y la familia reunida.

—¡Hijo míol ¿qué te ha pasado?—exclamó la
 madre corriendo hacia él.

—Nada, mamá—repuso él desafiando la furio-
 sa mirada de Rosario.—me he entretenido en casa
 de unos amigos.

—¡Qué rato nos has dado!—exclamó el buen
 don Dámaso.—Rosario estaba que parecía faltár-

le la tierra bajo los pies; pero ya que no te has puesto malo, eso es lo principal. Vamos á cenar.

Pepe, profundamente conmovido con la indulgencia de aquel venerable anciano, sintió que las lágrimas acudían á sus ojos.

¿Qué más podía haber esperado de su propio padre? Así pensó Pepe, y también su madre, que dijo al digno labrador:

—¡Gracias, don Dámaso!

—¿De qué, señora?—preguntó muy admirado el señor Maroto.

—¡Es usted muy bueno para mi hijo!

—¿Pues qué mal hay en que venga un poco tarde? Los jóvenes no han de vivir como los frailes, y un hombre no es un chiquillo de la escuela. Lo que has de hacer otra vez, hijo mío, es decirnos á la hora que vendrás, ó llevarte la llave para que se acuesten los muchachos, que están trabajando todo el día.

—Padre—exclamó Rosario levantándose, con las mejillas como la grana y los ojos echando chispas,—¿hacía usted eso cuando vivía mi madre?

—¡Qué había de hacer, hija! En Epila, de donde nunca salimos, ya sabes que á las diez cada mochuelo se iba á su olivo: allí no había ocasión...

—¡Ni aquí ni en ninguna parte la hay para los hombres que saben lo que se deben á sí mismos y lo que deben á su mujer!—exclamó Rosario.

Y salió, cerrando tras sí la puerta con tanto es-

trépito y tan fuerte golpe, que la loza y el cristal de la mesa se chocaron entre sí con lúgubre chirrido.

Era éste un enojo muy natural y muy motivado; pero su expresión tan grosera, que no podía haber tenido otra la mujer más vulgar. Con un llanto silencioso, hubiera aún podido ser la victoria de Rosario, porque tenía sobre su marido una ventaja inmensa y la sola que es dado tener á la mujer: la de ser ella irreprochable de ninguna falta positiva, en tanto que él había obrado mal; mas para discurrir así, era necesario tener calma para raciocinar, y la pobre Rosario se dejaba dominar siempre por su corazón.

—Hijo—dijo doña Benigna,—no sabes el rato que ha pasado la pobre Rosario: hasta ahora poco ha estado en el balcón; ha llorado, ha rezado, y de verla estábamos más afligidos que de tu falta.

—¡Perdón, madre mía!—exclamó Pepe;—¡perdón, padre! y escuchadme, porque os quiero hablar á los dos con franqueza.

Entre Rosario y yo han mediado cosas que no tienen compostura: me ha insultado, y yo, para distraerme, me he ido en busca de diversiones en que nunca hubiera pensado.

—¡Qué dices!—exclamó don Dámaso, cuyo apacible rostro perdió el color súbitamente;—¿qué ha podido pasar entre los dos? ¿Mi hija tiene devaneos? ¿te ha faltado en algo?

—¡Sólo de palabra, padre, pero me ha herido profundamente!

—¡Palabras, palabras! Las palabras se las lleva el viento. ¡Hijo, por Dios, tiene el genio fuerte, es verdad; pero es muy buena! ¡Perdónala por mí! Ella te quiere, te adora, y si tiene arrebatos, son nacidos de su mismo amor.

—¡Pepe, yo no te conozco!—añadió doña Benigna.—¿De parte de quién ha de estar la prudencia? ¿Quién ha de ser el fuerte: una pobre joven, sin mundo y sin experiencia, ó tú?

—¿Es decir, que yo he de ser el que ceda?—preguntó Pepe confuso y casi convencido.

—¡Yo te lo ruego!—exclamó don Dámaso con afligido acento.

—Yo lo espero de tí,—añadió con tierna gravedad la prudente madre.

—Está bien—dijo Pepe;—pero, padre, amonestá á Rosario para que se modere.

—¿Pero qué te ha dicho, hijo mío?

—No hay para qué repetirlo—observó doña Benigna:—las palabras de una mujer, sean las que quieran, no están bien en la boca de un hombre. Vamos, hijo mío, ya que no puedes cenar, ve á recogerte y todos haremos lo mismo.

El criado trajo luces: cada uno tomó la suya, y se dirigió á su cuarto, no á descansar, sino á sumergirse en tristes cavilaciones.

La dulce paz había huído de aquella casa, que alumbraba la discordia con su sangrienta tea.

Pepe fué al cuarto de su mujer y llamó; pero nadie le respondió.

Hubiera vuelto á llamar; pero no quiso que se apercibieran los criados, y entró en el suyo.

Este tenía una puerta que comunicaba con el de su mujer.

Fué á abrirla y estaba cerrada por dentro; llamó, casi con timidez, y la voz de Rosario le contestó con el acento de la cólera:

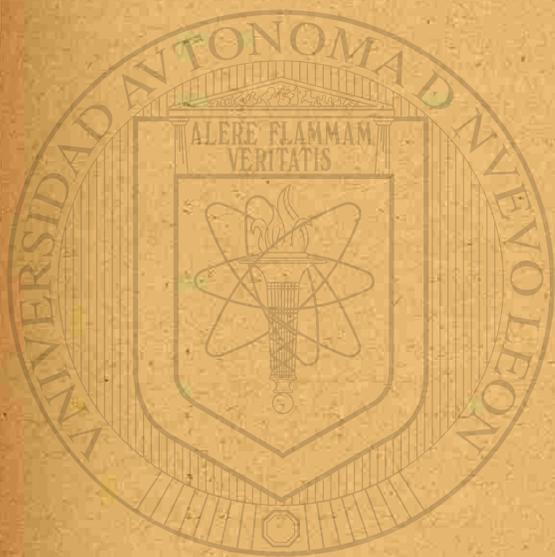
—Suplico á usted que me deje descansar, que ya es hora.

—Será usted complacida,—repuso Pepe muy picado.

Se acostó, y aunque tardó en hallar el sueño, se durmió al fin.

Rosario vió la luz de la aurora sin cerrar los ojos y sin cesar de derramar lágrimas amargas.

Los hombres, aun los más sensibles, sienten de otro modo que las mujeres, y rara vez pierden el reposo corporal.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

XI

Un domingo salió el sol radiante, alegre y hermoso.

Era Febrero. Las campanas tocaban á misa, y llamaban á los fieles con sus argentinas voces.

La calle de la Montera estaba animada, ruidosa y alegre, con las modistas que pasaban con sus novios, los vendedores de periódicos y fósforos, las naranjeras y los aguadores que acarreamos sus cubas con la paciente y lucrativa constancia que les es propia.

Los pequeños balcones del sotabanco de Casilda, abiertos de par en par, dejaban penetrar el sol y el bullicio de aquel hermoso día.

El interior de la habitación era también aseado y alegre; brillaba la limpieza en los menores detalles: las cortinas festoneadas daban placer á la vista con su suave blancura; sólo el ama de aquella graciosa habitación parecía sumergida en una tristeza profunda. ®

Casilda estaba muy delgada y muy pálida: grandes ojeras rodeaban sus rasgados ojos negros, tan dulces y tan llenos de ternura; su cabello se recogía detrás de su cabeza en dos gruesas trenzas.

Estaba vestida con un traje de percal, viejo, pero bien arreglado y de hechura elegante, y con un pañuelo de crespón negro, y tenía sobre la mesa su mantilla de seda doblada.

A la sazón estaba colocando en un pañuelo de seda grande algunos objetos bastante extraños.

Ya había en él un pedazo de salchichón, un panecillo tierno, pasas y almendras, y ahora estaba colocando una cajetilla de tabaco, un librito de papel de fumar y una caja de fósforos, todo liado cuidadosamente en un papel para que no tocase á las provisiones de boca.

Mientras esto hacía, caían de sus ojos algunas lágrimas. Después de colocar los objetos enunciados, le faltó sin duda el valor, y se dejó caer de rodillas ante un cuadro que representaba á Nuestra Señora de los Dolores.

—¡Señora y Madre mía!—exclamó,—¡dadme fuerzas! ¡Esta cruz es demasiado pesada para mis débiles hombros, Señora, y me abruma con su peso! ¡Volvedle al buen camino, Madre santa del que todo lo puede... porque yo ya no sé qué hacer!...

Detúvose la joven y escuchó con atención, pues le parecía haber oído pasos en la escalera. En efecto: algunas personas subían, si bien lenta y como penosamente.

Casilda se levantó y secó sus ojos, fué á la mesa y ocultó con esmero los objetos que estaba colocando en el pañuelo.

Apenas había concluído esta operación, llamaron á la puerta.

La joven fué á abrir y su antigua ama se presentó á sus ojos.

Pero cualquiera hubiera dicho que aquella Rosario era la sombra de la otra que hemos conocido, bella, fresca y encantadora.

Una extrema palidez cubría su rostro. Sus grandes ojos oscuros parecían mucho mayores y tenían una expresión de amargura difícil de describir.

Su boca marchita parecía que ya no sabía dar paso más que á los sollozos, y que las escasas sonrisas que habían morado en sus labios en otro tiempo, habían huído de ellos.

—Siéntese usted, señorita,—dijo Casilda, quien, á pesar de verla todos los días, no pudo mirar sin pena el estrago profundo que los pesares habían hecho en aquel semblante encantador.

—Sí, lo haré—repuso Rosario con voz débil,—que á fe subo rendida.

—¿Por qué no me ha llamado usted? ¿No era más regular que bajara yo?

—No podía decirte ante testigos lo que voy á decirte á solas.

—Hable usted, señorita.

—Mira lo que he recibido hoy por el correo interior,—dijo Rosario, sacando de su bolsillo una carta doblada con la forma grosera del anónimo, y presentándosela á su hermana de leche.

Esta se levantó y fué al balcón, desdoblándola y pasando por ella la vista. Decía de esta suerte con una letra fea y desfigurada:

«Señora doña Rosario: un amigo quiere desengañar á V. acerca de la Infame conducta de su Esposo: Sé que está en relaciones con una Bailarina, que bale menos que V., y Es Muy desBergonzada: se llama ceferina, y Vibe en La calle de las Infantas, cuarto Bajo, infórmese usted, y me dará las Gracias, aunque no tenga el Gusto de conocelme.»

—¡Gran gusto sería! ¡Valiente bribón!—exclamó Casilda.—¡Jesús, yo no sé lo que haría con los que escriben anónimos! ¿Qué necesidad tenía usted de saber esto? Eso, aunque sea verdad; que Dios sabe si será una gran calumnia.

—Eso es lo que quiero ver,—repuso sombríamente Rosario.

—¡Cómo! ¿Cree usted?... ¿Qué vale ese ruín papel?

—Eso es lo que quiero ver—repitió Rosario.—La verdad es que Pepe no viene á casa hace quince días más que á dormir, y eso cerca del día.

—Se estará con los amigos en el café... ¿Qué ha de pensar ahora en bailarinas?

—En fin, Casilda, quiero que esta noche me acompañes hasta la puerta del teatro del Circo. Si es verdad que tiene trato con esa mujer, la irá á buscar allí, y luego la acompañará á su casa.

—¿Pero y si ella baila en otra parte?

—No: ya he preguntado yo, así como al descuido, en casa de la Marquesa, y me han dicho que en el Circo baila una joven francesa llamada Ceferina, muy linda. ¿Pero dudas? ¿Se opondrá tu marido á que me hagas ese favor?

—¡No, señora!—respondió Casilda volviendo la cabeza para ocultar dos lágrimas que se deslizaban por sus mejillas, pues su marido hacía ya cuatro días que no parecía por su casa ni á dormir.

—¿Qué tienes?—exclamó Rosario con vehemencia;—¿por qué lloras? Con mis pesares me olvidado de los tuyos... ¿Dónde está Paco?

—Trabajando,—respondió Casilda.

—¡Tú me engañas! Vamos, ¿á qué mentirme á mí? ¿No te lo cuento yo todo? ¿No somos hermanas?

La pobre Casilda, á pesar de su empeño de ser prudente, rompió á llorar con amargura. Su corazón estaba tan lleno de pena, que al fin reventó en llanto, al eco cariñoso de aquella voz amiga.

—¡Sosiégate, Casilda!—le dijo Rosario.—No te digo que no llores, porque si yo no llorara, ya me hubiera muerto; pero luego sosiégate y dime lo que te pasa.

—¡Ay, señorita, yo no lo sé!—exclamó la pobre joven.—Ahora iba á salir á buscar á Paco.

—¿A buscarle? ¿Pero á dónde? ¿Sabes dónde está?

—Me lo presumo: ¡en el juego!

—¡También Pepe juega!

—El pobre debe de haber perdido todo el jornal de la semana, y todos los ahorrillos de mis costuras que también se llevó; ahora estará muerto de hambre y sin fumar, y le voy á llevar todo esto, porque hoy, según me ha dicho el maestro, tenía que ir al taller á hacer unos remates que él solo sabe hacerlos.

—¿Y á dónde vas?

—Al solo sitio que puedo: á la puerta del taller. Saldrá á las doce de los remates, y antes de que se vuelva á ir con esa mala gente que le saca de sus casillas...

—¿Pero, mujer, le vas á llevar comida y cigarrros, y hasta ropa limpia, según veo, en ese pañuelo?

—Sí, señora: se pondrá la camisa en el taller, y no le verán venir á casa los vecinos desarrapado.

—¿Con que en vez de enfadarte y regañarle, le vas á contemplar?

—Señorita, *más se caza con miel que con hiel.*

—¿Y crees poder corregir con miel á un hombre como tu marido?

—*Querer es poder.*

—¡Pues ya verás cómo trato yo al mío la primera vez que le hable!

—¡Ay, señorita, por Dios! ¡No le diga usted palabras ofensivas, porque los hombres siempre quieren tener la razón!

—¡No se les dal

—Entonces se la toman ellos, como hace el señorito. Yo, de Paco, no sé aún, gracias á Dios, que ande entretenido con ninguna mala mujer, y eso es lo que quiero evitar á todo trance, señorita.

—¿En fin, esta noche me vas á acompañar?

—Sí, señora.

—¿Y si viene Paco y no te deja?

—Entonces...—dijo Casilda dudosa;—¡pero si me dejará; ó por mejor decir, demasiado libre estará!

—¿No crees que venga contigo á casa?

—No sé lo que hará, y sólo espero en Dios que abra los ojos.

—Adiós, Casilda, y Él te acompañe. Toma por si quieres comprar alguna cosa que le guste para que venga á cenar.

Rosario dejó, dichas estas palabras, una moneda de oro de cuarenta reales sobre la mesa. Casilda se puso muy colorada; extendió hacia ella la mano por dos veces, y la volvió á retirar; por último, la tomó y dijo con voz trémula:

—¡Gracias, señorita! No tenía un cuarto.

—¡Y habrás estado pasando quizá necesidad estos días, viviendo yo tan cerca de tí!

—¡Qué quiere usted! ¡Es tan amargo el pan de la limosna, que prefiero más no comerlo!

—Esto no es el pan de la limosna—dijo graramente Rosario:—es el pan de la amistad.

—Todo lo que se recibe con la certidumbre de no poderlo devolver, es limosna, señorita.

—Dejemos esto. Para la noche, á las diez, tenme preparado un vestido y un pañuelo tuyo, porque lo mío lo puede conocer mi marido.

—¡Ay, señorita!—exclamó Casilda volviendo á ponerse colorada.

—¿Qué?

—¡Todo lo tengo empeñado! ¡Sólo me ha quedado lo que llevo puesto!

—Toma—dijo Rosario:—cómprame, al menos, un pañolón oscuro y una mantilla ordinaria, y me pondré un vestido negro. Adiós y hasta la noche.

Rosario bajó corriendo la escalera, y Casilda la oyó llamar á su puerta.

Así que se halló sola, y viendo que ya era tarde, acabó de arreglar la ropa blanca y los demás objetos, se puso la mantilla, tomó el pañuelo y salió.

Eran poco más de las nueve.

El taller de ebanista donde trabajaba Paco, estaba á la entrada de la calle de Hortaleza, y Casilda atravesó el alegre gentío, que tan gran contraste hacía con su pena, y llegó muy pronto.

Miró por las vidrieras cerradas del taller, y vió á Paco de espaldas, que sin duda acababa de llegar.

Casilda hubo de hacer un esfuerzo para reprimir un grito de terror al verle en aquel deplorable estado.

Llevaba la ropa de los domingos, es decir, un costoso y bien cortado traje de artesano, de rico paño negro sedán, pero manchado y hasta roto; su barba estaba crecida; sus cabellos, largos y descompuestos; la camisa que llevaba, de rica holandesa, cosida y bordada por la misma mano de su mujer, estaba manchada de vino en mil partes, y hasta de algunas pequeñas gotas de sangre que indicaban el estrago que habían hecho en el pecho las uñas de Paco al vengarse en sí mismo de las pérdidas del juego.

En el taller, que era espacioso y bien alumbrado, había otros dos oficiales, jóvenes y aseados.

Casilda entró con sereno continente y ligero paso, diciendo:

—Buenos días, señores.

—Aquí está la casadita más linda que se pasea por Madrid,—dijo uno de los oficiales.

—¡Qué mal empleada para semejante hereje de marido!—añadió el otro.—Chica, si me quisieras dar oídos, te vengabas de todas las picardías de Paco.

—La venganza no es buena nunca—respondió Casilda,—pues amarga más al que la emplea que al que la sufre; además, yo no tengo quejas de mi marido. Pero, á todo esto, ¿no está aquí?

—Allá le tienes todo trasnochado—dijo el otro oficial.—Acaba de llegar.

Paco, al ver á su mujer, se halló tan avergon-

zado, que hubiera deseado meterse debajo de la tierra.

—Oye dos palabras, Paco —dijo ella,— con permiso de los señores.

Y se llevó á su marido á lo último del taller.

—¿Qué quieres?—preguntó él ásperamente, porque esperaba reconvenções.

—Mira—dijo ella abriendo el pañuelo,— como hace cuatro días que no sales del taller, he creído que habrás tenido mal arreglo en las comidas, pues en los bodegones dan muy mal, y te traigo un desayuno que te gustará. Toma.

Paco asió el salchichón y el pan, y se puso á comer con una especie de ansia feroz.

—También te traigo tabaco,—dijo Casilda que le miraba con una pena profunda.

—¡Buena falta me hacía!—dijo Paco.

—Pues aquí tienes.

Paco lo tomó y lió un cigarro.

—¿Qué más hay ahí?—dijo al ver el bulto de la camisa que quedaba en el pañuelo.

—Una camisa limpia, para que los vecinos no te vean ir con esa, que ya suponía yo debía estar como está.

—Pero ahora voy á trabajar,—dijo Paco, pues sabía que si no acababa aquellos remates, estaba despedido del taller.

—Bueno, trabaja. Aquí te dejo la camisa y un cepillo para que te aceses en acabando; yo voy á comprar alguna cosilla apetitosa para comer, y á

la vuelta paso por aquí y me voy contigo á casa. Lo digo, porque así recogeré yo la camisa que te quites y no tienes que llevarla tú.

—¡Como quieras!—dijo Paco, que sentía que una cosa desconocida le ahogaba al conocer la generosidad de su mujer.

—Pues hasta luego—dijo Casilda;—con Dios, señores.

—Adiós, ramo de rosas—dijo uno de los jóvenes.—Así estuvieras libre, ó fueras de conciencia más ancha, que ya le daríamos al perillán de tu marido el pago que merece.

—No me gustan esas bromas,—dijo Paco volviéndose hacia su compañero.

—No son bromas—repuso éste:—en serio te digo que no mereces la mujer que tienes, y que andes con cuidado, porque habrá muchos que se aprovechen de tus faltas.

Paco quedó pensativo, y siguió tallando la madera con aire desalentado.

No respondió nada, y sus compañeros empezaron á cantar, no acordándose ya de lo que habían dicho.

A las doce había acabado; se entró en el cuartito donde guardaba las herramientas, se mudó y cepilló un poco su traje.

Acababa de hacerlo, cuando llegó Casilda con algunas provisiones compradas con la moneda que le había dado Rosario.

—¿Vamos?—dijo desde la puerta.

—Vamos—repuso Paco saliendo á la calle.—
Hasta mañana, amigos.

—No olvides que hasta mañana—dijo uno de
los jóvenes;—porque si faltas también, el amo no
está de humor de esperarte.

—Paco, ten juicio—dijo el otro, que era más
prudente:—mira que, á no ser por tu habilidad,
ya estarías fuera de aquí, y treinta reales no son
de perder.

—Hasta mañana,—repitió Paco, al salir á la
calle con su mujer.

Ni uno ni otro hablaron una palabra en el ca-
mino. Al llegar á casa, Casilda mostró á su espo-
so con el dedo su mullida y limpia cama, y le dijo:

—Acuéstate á descansar un poco en tanto que
hago la comida. Ya te llamaré á las tres.

Paco, que no se podía tener de sueño y de fa-
tiga, pues había pasado cuatro días con sus no-
ches en el garito, se acostó y se durmió profun-
damente.

Cuando despertó eran las dos. El cuarto estaba
bañado por el sol, resplandeciente de limpieza;
un ramo de flores del campo, comprado por Ca-
silda, que adoraba á esas bellas hijas de la natu-
raleza, lucía en un jarrito de cristal blanco.

Las cortinas blancas se mecían á impulsos del
templado viento de la tarde, y todo respiraba ale-
gría y bienestar.

Paco se incorporó para buscar el sucio y mal-
tratado vestido que se había quitado, y se halló

otro que gastaba para los días de trabajo, más hu-
milde, pero aseado y compuesto.

—¡Holá!—dijo Casilda jovialmente,—¿ya te
has despertado? Yo no quería llamarte hasta las
tres; pero ya que has dejado el sueño, más vale
que te vistas y comamos: hay un arroz con alme-
jas y un pedazo de lomo que dicen *comedme*.

Paco se vistió; salió de la alcoba, lavado y lim-
pio, y se sentó en una sillita baja con los pies
al sol.

—Casilda—dijo después con voz alterada,—yo
soy malo para tí, lo sé, y te pago mal lo que me
quieres. Mientras mi cuerpo se entregaba al re-
poso que tanto necesitaba, mi imaginación ha es-
tado dando vueltas y no ha descansado. Sí, Ca-
silda: tengo una sospecha que es para mí un casti-
go bastante grande de todos mis desaciertos.

—¿Qué dices?—exclamó la joven acercándose
á su marido.—¿Qué sospecha es esa? Habla, que
yo te la aclararé.

—Casilda, yo no te doy un cuarto hace más
de un mes, y tú has vivido, y hoy tienes puesta
una buena comida; nada has vendido de nues-
tro menaje de casa... ¿De dónde has sacado di-
nero?

—¡Ah!—exclamó la honrada esposa con las
mejillas encendidas y la frente cubierta de ru-
bor:—¡así son los hombres, ó á lo menos los
hombres como tül Lo primero que les ocurre es
dudar del honor de su mujer. ¿Por qué no cuidas

un poco más del tuyo, ya que me dejas sola para guardar el mío?

Algunas lágrimas de cólera y de dolor saltaron de los ojos de Casilda; y era tan verdadera la expresión de su pena y de su ira por el insulto que acababa de inferirle su marido, que éste levantó hacia ella su rostro pálido y confundido, y le dijo humildemente:

—¡Perdóname, Casilda!

—Si hubiera querido venderme—repuso Casilda,—buenos compradores he tenido, aunque dicen que mercancía que arroja el amo debe valer poco; pero he querido mejor trabajar y vender mis vestidos, que faltar á lo que mi madre me enseñó.

—¡Cómo!—exclamó Paco,—¿trabajando has pasado y has acudido á todas las necesidades de la casa?

—¿Y cómo lo había de hacer si no? ¿Tengo yo rentas ó fincas que tú no conozcas?

—¡Yo creí que la señorita te daba dinero!

—No he querido comer ni darte á tí el pan de la limosna... Hoy es el primer día que he tomado dos duros á la señorita.

—¡Casilda!—exclamó Paco, que no podía ya contener el llanto.—¡Besando donde tú pisas, no podría yo pagar tu valor y tu virtud! ¡Qué mal marido te ha tocado, pobrecita, y cómo debes despreciarme! ¡Tú, en vez de llorar y quejarte como otras mujeres á las que les pasa lo mismo, has en-

cerrado en tu casa tu dolor y tus justas quejas y has disimulado todos mis desórdenes!

—¿Qué se adelanta con dar parte á los extraños de las penas que uno pasa?—preguntó Casilda.—Nadie las puede aliviar, y para algunos son motivo de diversiones. Nada, nada: de ciertos pesares sólo Dios es el consolador.

—Y tienes razón—repuso Paco:—ya estoy aquí arrepentido y dispuesto á trabajar para que nada te falte, y te he de poner con una ropa que todos te han de envidiar; á bien que manos tengo para ganarlo, y si no fuera por esta mala cabeza... Pero tú no sabes, Casilda, los malos ratos que me da. Mira: en el juego pierde uno el juicio con el afán de ganar; yo... bien sabe Dios que sólo deseaba venir á casa con mucho dinero para tí; pero no sé cómo sucedía que para una vez que ganase, perdía diez. No le sucede eso al señorito Pepe: según dicen los jugadores de nota, gana siempre!

—¡Qué!—exclamó Casilda,—¿juega el señorito?

—¡Uf! pues si es el que lleva la fama en Madrid, y ya no se acompaña más que con toreros y gente así... de la vida airada. ¿No se lo has conocido en la pinta?

—Ya hace días que no le veo.

—Y aunque le veas, como eres tan bendita, no hubieras conocido nada. Pues mira: ya no parece aquel elegante, fino y delicado señorito, hijo de la señora generala, tan buena y tan respetable: ha

engordado; su color, quebrado y fino, se ha puesto encendido, como que bebe en grande; se ha dejado *patillas de chuleta*; lleva el sombrero de medio lado, á lo jaquetón, y no se le cae de la boca el puro de á vara.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Casilda.—¡Entonces es cierto lo que han avisado á la señorita!

—¿Y qué es? Menos robar y hacer bajezas, que en eso no olvidará nunca su buena sangre, todo lo demás que digan es verdad.

—Le han escrito á la señorita una carta por el correo interior en la que le avisan que galantea á una bailarina francesa.

—¿A la Ceferina? ¡Toma: eso todos lo saben! Cuanto gana lo consume ella.

—Pues has de saber que esta noche quiere la señorita que yo la acompañe á seguirle los pasos.

—¿Y qué sacará con eso?

—Llevar mal rato, está claro. Si cuando el hombre quiere ser malo...

—De fijo que le pillá: él no se recata de nadie; pero, por si ocurre algo, yo iré con vosotras.

—¡Tú!

—¡Yo, sí! ¿Qué te extraña?

—¿Pues no te irás solo como otras veces?

—¿Quién piensa en eso? ¿No te he dicho que voy á ser otro?

—¡Pero si es domingo!

—¡Que sea! tanto mejor. Mira lo que haremos, y tú dirás si te gusta el arreglo que yo voy á ha-

cer de las horas que faltan para acabar el día: ahora comemos; después saldremos los dos á dar un paseo al sol.

—No puede ser,—dijo Casilda.

—Te da vergüenza de ir conmigo en domingo y con esta ropa, ¿es verdad?

—¡Qué disparate! ¡Si es que tengo que ir corriendo á comprar un pañolón y una mantilla para disfrazarse la señorita esta noche!

—Ya habrán cerrado las tiendas: ¡si son las dos!...

—En la tienda para donde yo coso llamaré y me abrián.

—Pues vamos ahora los dos.

—¿Sin comer?

—A la vuelta comeremos; en comiendo, saldremos á dar un paseo. ¡Caramba, que tengo empeño en lucirte! Y lo que siento, pobrecita, es que te he hecho quedar sin ropa con mi maldita vida: ¡qué vestido llevas! ¡Pero ya verás la semana que viene el que te compro yo! A la vuelta de paseo, te entraré á tomar café; luego venimos á buscar á la señorita, y haces tú algo de cena, así como chocolate ó alguna cosa, y al volver con ella lo tomamos y á la cama.

—Pues vamos corriendo á comprar eso,—dijo Casilda alegremente.

—Vamos.

—Toma una peseta que me queda para que pagues después el café; pero mira, Paco...

—¿Qué?

—Que mañana habré de poner comida de sartén, porque hasta que tú vengas con el jornal, no tengo un cuarto.

—Mañana á las siete iré yo al taller; tú vendrás conmigo: pediré al maestro adelantado el jornal de la semana, y te lo daré.

—Eso no—dijo Casilda:—no quiero yo que piensen que te intervengo el jornal. Tú pide el adelanto, porque esta casa se está cayendo, y hay que echarle una mano; pero antes no se come que darte yo el bochorno de tomarte yo el jornal delante de gente.

—¡Pero, mujer, si para mí no es eso bochor-noso!

—Para mí, sí. Tú traerás el dinero.

—¿Y si me voy con él, como otras veces?

—¡Paciencia!

—¿Y qué comerás?

—Nada.

—¡Pobrecita de mi alma!—exclamó Paco abrazando y besando á su mujer con íntima ternura.

—¡Si yo he sido un hereje para tí! ¡si no te merecía! ¡si eres la paloma entre las garras del milano!

—No soy más que una mujer de bien que quiere á su marido.

—¿Pero vas á guisar cuando yo venga á la noche?

—¿Y tú vas á estar sin almorzar?

—Yo pasaré sin comer todo el día.

—Eso no. Aún queda aquí este pañuelo de seda: lo empeñaré por diez reales, y tendrás sopa caliente y huevos.

—No hagas tal. Escucha: cuando yo venga á almorzar, te traeré dinero, y luego no harás más que el almuerzo, porque si me quieres dar gusto...

—¿Qué?

—¡No vas á querer!

—Habla.

—Te llevaré á comer de fonda á diez reales cubierto.

Casilda suspiró al pensar en que con los apuros de su casa iban á gastar un duro; pero, sin titubear un instante, dijo alegremente:

—Iremos á la fonda.

—Y por la mañana irás y te sacarás de la casa de empeño el pañolón carmesí y la mantilla buena.

—¡Entonces se va todo el dinero de la semana!

—No importa: yo velaré y ganaré doble jornal para ir saliendo; pero vamos á ver si nos abren.

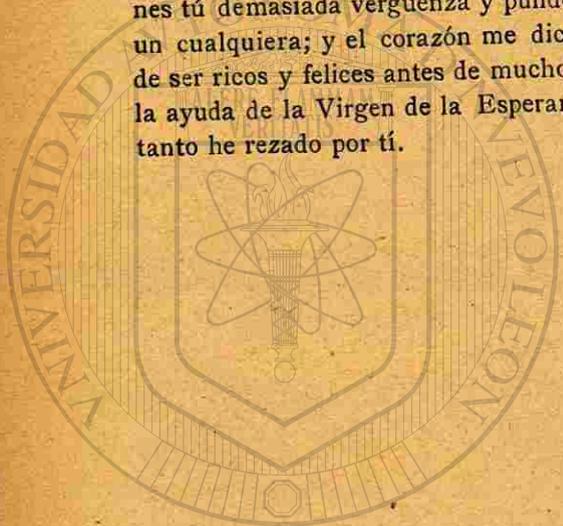
—Vamos, para volver á comer. Paseando hablaremos.

Casilda se puso su pobre y vieja mantilla, se asió del brazo de su marido y ambos bajaron alegremente la escalera.

—Casilda—dijo él al llegar á la calle:—si no hubieras venido á buscarme al taller, ya no me atrevía á volver á casa; pero en lo buena que has sido llevas la recompensa y el pago, porque yo

me hubiera vuelto á meter en la vida tuna, y tú te quedabas sin marido ó siendo la mujer de un perdido.

—Calla y no digas eso—repuso Casilda.—Tienes tú demasiada vergüenza y pundonor para ser un cualquiera; y el corazón me dice que hemos de ser ricos y felices antes de mucho tiempo, con la ayuda de la Virgen de la Esperanza, á la que tanto he rezado por tí.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII

Cuando Rosario bajó de casa de su hermana de leche, le dijo su doncella que la esperaba en la sala la Marquesa del Puerto, que hacía poco había llegado.

En situación de ánimo más tranquila, la joven se hubiera admirado de tan temprana visita, y más tratándose de una mujer tan elegante como la Marquesa; pero estaba su alma preocupada con tan tristes pensamientos, que sólo le causó disgusto la llegada de su madrina, porque los grandes dolores prefieren aislarse á ser consolados.

Clemencia, que éste era el nombre de la Marquesa, se acercó á ella, la abrazó y besó tiernamente, pero en silencio, y la condujo al sofá en que ella había estado sentada y que volvió á ocupar penosamente, afectada ante el estado de abatimiento en que veía á Rosario.

—Hija mía—dijo á ésta entrando desde luego en el objeto de la conversación,—es inútil que andemos con rodeos. Yo he venido á darte algunos consejos, y á rogarte por tu bien, por el cariño que tienes á tu padre, por el que me tengas á mí, que no los desoigas.

—¡Qué preámbulo, señora!—exclamó Rosario

me hubiera vuelto á meter en la vida tuna, y tú te quedabas sin marido ó siendo la mujer de un perdido.

—Calla y no digas eso—repuso Casilda.—Tienes tú demasiada vergüenza y pundonor para ser un cualquiera; y el corazón me dice que hemos de ser ricos y felices antes de mucho tiempo, con la ayuda de la Virgen de la Esperanza, á la que tanto he rezado por tí.

XII

Cuando Rosario bajó de casa de su hermana de leche, le dijo su doncella que la esperaba en la sala la Marquesa del Puerto, que hacía poco había llegado.

En situación de ánimo más tranquila, la joven se hubiera admirado de tan temprana visita, y más tratándose de una mujer tan elegante como la Marquesa; pero estaba su alma preocupada con tan tristes pensamientos, que sólo le causó disgusto la llegada de su madrina, porque los grandes dolores prefieren aislarse á ser consolados.

Clemencia, que éste era el nombre de la Marquesa, se acercó á ella, la abrazó y besó tiernamente, pero en silencio, y la condujo al sofá en que ella había estado sentada y que volvió á ocupar penosamente, afectada ante el estado de abatimiento en que veía á Rosario.

—Hija mía—dijo á ésta entrando desde luego en el objeto de la conversación,—es inútil que andemos con rodeos. Yo he venido á darte algunos consejos, y á rogarte por tu bien, por el cariño que tienes á tu padre, por el que me tengas á mí, que no los desoigas.

—¡Qué preámbulo, señora!—exclamó Rosario

con dolorosa ironía.—¿Hago yo algo que necesite con tanto empeño de consejo?

—Sí, hija mía: es necesario que entres en tí, que halagues y hagas por atraer á tu marido.

—¡Que halague yo á mi marido!—exclamó Rosario.—¿Sabe usted lo que él hace?

—Sí, mi pobre Rosario—exclamó la Marquesa.—Aunque él ha descendido hasta una esfera muy baja, demasiado que lo sé.

—¿Y cómo me da usted, pues, esos consejos?

—Porque los creo precisos. Tu deber es traerle al buen camino, y también es lo que más te conviene; él está exasperado y corre por la senda de la perdición.

Reinó por algunos instantes el silencio. La cólera y el dolor habían descompuesto las bellas facciones de Rosario, alteradas desde hacía largo tiempo por agudas penas: eran tantas las palabras que se agolpaban á sus labios, que ninguna hallaba salida; por fin respondió, haciendo un esfuerzo para conservar un resto de serenidad.

—Madrina, esta noche voy á cerciorarme de si es verdad una cosa que me han dicho de mi marido: si es cierta, mañana entablaré mi demanda de divorcio, quiera mi padre ó no.

La Marquesa se echó hacia atrás como poseída de espanto.

—Tu padre—dijo después meciendo tristemente la cabeza,—ya sabes que quiere todo lo que quieres tú; pero, Rosario, ¿sabes lo que es el divorcio?

—Es la separación legal de un hombre al que ya no se puede amar ni estimar.

—Es la soledad, la reprobación del mundo, pobre hija mía. El hombre es el que muchas veces tiene la culpa de las separaciones judiciales; sin embargo, todos culpan á la mujer, porque á la mujer es á la que la sociedad, las leyes y todas las personas que se llaman rectas y prudentes designan el papel de mártir.

—Pues yo no quiero sufrir ya más—repuso Rosario, que se ahogaba de despecho.—¿Sabe usted que hace dos meses que viene á casa casi de día, y que muchos no viene?

—¡Lo sé, hija mía!

—¿Sabe usted lo que me avisan hoy en un anónimo?

—No lo sé; pero me lo figuro.

—Que tiene relaciones con una bailarina á la que mantiene.

—Sí; y para mantenerla, juega.

—¿Con que es cierto?—gritó Rosario lívida de cólera y de dolor.

—Es cierto: ¿á qué ocultarte la verdad?

—¡Dios mío!—exclamó Rosario deshecha en llanto y llevando sus dos manos al corazón, en el que acababa de recibir una profunda herida,—¿por qué os lleváis á tantas personas felices y me dejáis á mí en el mundo?

—¡Cálmate, pobrecita!—exclamó Clemencia estrechando las manos de su ahijada,—¡cálmate!

Más vale que conozcas toda la extensión del riesgo, para que lo evites, para que busques el remedio. Mira: yo me casé, niña aún, con un hombre que tenía ya la costumbre de todos los vicios, pero tan arraigada, que formaba una segunda y perversa naturaleza; conocí que, para atraerle, necesitaba de mucha paciencia, de mucha dulzura, de mucha abnegación, y las empleé; pero aquel cáncer de corrupción estaba ya demasiado adelantado y los dulces bálsamos eran ineficaces; no obstante, si no conseguí extirpar tan funesta dolencia moral, logré al menos quitarle una parte de su horrible carácter con una constante dulzura, unida á una inalterable dignidad en palabras y acciones, que fuera el acusador silencioso, pero enérgico, de sus vergonzosos desórdenes.

—Yo no tengo tanta fortaleza—repuso ásperamente Rosario:—lo malo me irrita, y no sé fingir agrado cuando estoy indignada.

—Hija mía—repuso la Marquesa,—tú tienes mucho corazón, y esto es un gran mal para tí.

—¿Y qué remedio, señora? Sufriré sus consecuencias.

—Yo he venido para ver si puedo evitarte el que sufras. ¡Querida mía, yo te lo suplico! Al menos, por egoísmo propio, reflexiona algún tanto! ¡deja obrar á la cabeza! ¿Qué harás separada de tu marido, y mucho más cuando le amas con pasión? Otra mujer menos religiosa, menos recta, menos buena, en una palabra, hallaría consuelos en la

galantería y en las diversiones que el mundo ofrece á las mujeres bellas y ricas; pero tú, no: tú serás víctima de tu aislamiento y de tus penas; sólo saldrás de tu casa para ir á la iglesia cercana; pasarás llorando tu juventud, tu belleza se ajará y quedará marchita como una flor arrancada de su tallo por el viento.

Rosario no dijo nada después de oír este sentido, tierno y enérgico razonamiento; quedó inmóvil y muda, y pareció reflexionar en lo que acababa de oír.

—Todo eso es verdad—observó al cabo de algunos instantes.—Yo no puedo negar que amo á mi marido, que sus desórdenes me causan una pena mortal, que una separación me dejará muerta para el mundo; pero ¿qué he de hacer? ¿He dado yo lugar á que él me falte así, á que se separe del camino del pundonor y del deber?

—Yo no le excuso—repuso la Marquesa.—Sé que él no hace lo que debe; pero haz lo que dice Casilda: pon tú lo que le falte á él.

—Ya he dicho, madrina, que no puedo: no hay en mí tanta fortaleza.

—Pero es preciso que la tengas, hija mía. Quiérelle un poco menos para que no te ofendan tanto sus locuras; para que puedas reflexionar y fingir, si es necesario; pero trátale con blandura y fingela, si es preciso. ¡Mira que si tiras mucho de las riendas, se romperán!

—Rotas están por mí.

—Tú serás la que lleves la pena de tu intolerancia, pues, y lo siento,—dijo la Marquesa levantándose.

—¡De mi intolerancia!—repitió amargamente Rosario.—¿Me he quejado yo hasta hoy á nadie? Si recibo consejos y consuelos, son oficiosos porque yo no los he solicitado.

La Marquesa, aturdida al principio con aquella contestación, que, á pesar del carácter rudo de su ahijada, nunca hubiera esperado oír de sus labios, se quedó algunos instantes silenciosa; pero luego repuso no sin enojo:

—Rosario, tú eres una de esas personas, por suerte bastante escasas en la tierra, que todo lo convierten en espinas, y cuyas penas, por su acerba expresión y por ser originadas por su mal carácter, á nadie causan compasión. ¡Adiós! no te molestaré más con mis consejos oficiosos, como tú dices; pero antes de dejarte, permíteme que te dé un aviso. Tu marido ha atravesado ya con ligero paso la senda de los desórdenes, y ha entrado en la del vicio: mira si le puedes detener, porque si no, Dios te pedirá cuenta de esa vida en la que podías haber evitado que cayesen manchas, y que tal vez se extinguirá llena de negros borrones.

Salió Clemencia, dichas estas palabras, de la estancia, decidida á no volver á entrar en aquella casa, que siempre había mirado como la de su hija.

Rosario quedó sumergida en sus habituales amargas cavilaciones.

Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, y de cuando en cuando un seco sollozo se exhalaba de su pecho.

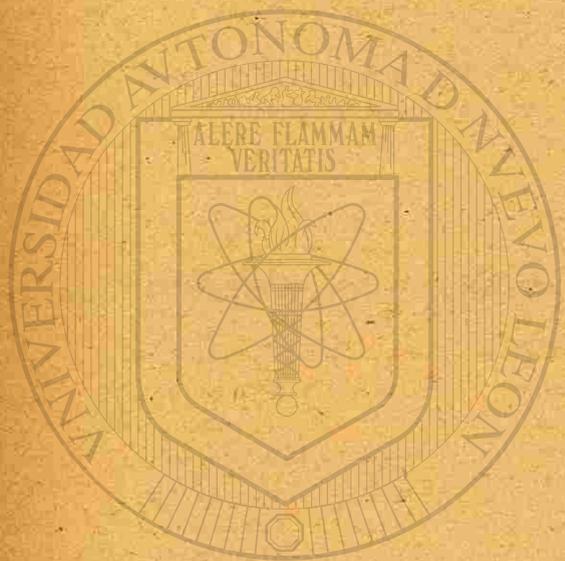
Era una de esas desgraciadas naturalezas, víctimas siempre de la excelencia de sus principios, y que el mundo no comprende ni, por lo mismo, estima.

Sabía amar, sabía sacrificarse; pero no sabía rogar ni perdonar.

Más de una vez se dijo que la Marquesa tenía razón; que ella debía ver á su marido y pedirle cuenta de su conducta con la mayor blandura; que debía atraerle al buen camino con halagos, ya que de otro modo no era posible, ni aun violentándose; y después de hora y media en que sus ojos se cansaron de llorar, y en que su corazón estuvo batallando con su orgullo, se dijo que, después de la prueba de aquella noche, le pediría la explicación, en qué había pensado.

Ya iba á salir de la sala para pasar á su cuarto, cuando entró una de las criadas á decirle que su padre deseaba que pasase á su habitación, donde la esperaba.

Rosario siguió á la sirvienta y acudió á ver lo que deseaba don Dámaso.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIII

No estaba solo el excelente anciano: ocupaba él un lado de la mesa redonda situada en el centro de su estancia; al otro estaba sentada doña Benigna.

Aquellos dos plácidos y simpáticos ancianos estaban desconocidos.

El semblante de don Dámaso, antes lleno, colorado y alegre, estaba triste, enflaquecido, y su carmíneo color había degenerado en un violeta pálido; los pequeños ojos del anciano estaban tristes y como hinchados por el insomnio y por el llanto que algunas veces arrancaba á ellos la desgracia de su hija; su voluminoso abdomen había menguado de una manera extraordinaria; su grueso cuello dejaba ahora flojo su corbatín negro; en suma, no era conocido ni se comprendía cómo tan poco tiempo podía haber ocasionado tan grande estrago.

Si en la vulgar y bonachona figura de don Dámaso eran visibles las huellas del dolor, lo eran mucho más en la distinguida de doña Benigna: la pobre señora tenía el semblante pálido, y las mejillas hundidas y marchitas; sus cabellos esta-

ban ya blancos del todo; su mirada, siempre tan dulce, era ahora profundamente triste.

—Hija—dijo don Dámaso al ver entrar á Rosario,—he llamado á doña Benigna y también á tí, para que decidamos acerca del asunto que es para mí más importante: tu porvenir.!

Rosario se sentó en silencio, y su padre, cuya voz estaba alterada por una emoción profunda, prosiguió:

—Tú así no puedes seguir, pobre hija mía: estás casi separada de tu marido ó separada del todo; yo... me voy poniendo malo... este lado se me va imposibilitando, aunque nada quería decir; pero ¿qué remedio? Tú lo has de conocer, y ya no lo quiero ocultar.

—Padre—exclamó Rosario,—¿con que me ha ocultado usted que padecía? ¿Tan poca confianza tiene usted en mí?

—No, hija mía; pero bastante tienes tú que padecer sin que yo vaya á aumentar tus penas. Ello es que yo me voy poniendo malo, porque el dolor de verte así y de que te haya salido mal tu casamiento, acaba conmigo: por eso quiero mirar por tí, y te voy á proponer una cosa en presencia de esta señora, que yo en todo obro con lealtad, y no se tomará ningún acuerdo sin aprobación suya.

—Hable usted, padre,—dijo Rosario, que no podía dominar su emoción.

—Pues bien: ya que no vemos á Pepe; ya que

él se separa de nosotros, y que nosotros, sin querer, le separamos de su madre, pues por no veros no la ve, creo que lo mejor será procurar una separación formal, lo que se puede hacer sin ningún escándalo. El tiene acabada su carrera de ingeniero civil; doña Benigna y la Marquesa cuentan con buenas relaciones, y por medio de ellas se puede conseguir que le destinen á una provincia para dirigir alguna obra del Gobierno. Así, su madre se irá con él, y al menos ella será dichosa.

—¡Y qué, señor Maroto!—exclamó doña Benigna al ver correr gruesas lágrimas por las mejillas del honrado labrador,—¿piensa usted que la suerte de Rosario me es á mí indiferente? ¿Y no sería mejor procurar una reconciliación entre nuestros hijos, que facilitarles el que se separen?

—¡Ay de mí! Usted lleva razón como siempre, señora—objetó don Dámaso;—¿pero qué avenencia cabe ya, si él se ha desentendido hace dos meses de nosotros; si, según he oído, anda en malos pasos?

—¡Malos pasos!—repitió doña Benigna ofendida en su amor paternal.—¿A qué llama usted malos pasos, caballero?

—Señora, ¿á qué he de llamar? A lo que hace Pepe; á no trabajar; á pasar los días y las noches en las casas de juego; á andar entre toreros y gente del bronce; á estarse en una cena hasta de día. La verdad, esas mañas, una vez co-

gidas, no se sueltan con facilidad, y no sé si le conviene más á mi hija quedarse sin marido ó tener ese, que daría en tierra muy pronto con su caudal.

—Esa es la gran dificultad—exclamó la pobre madre, exasperada con los cargos que se dirigían á su hijo.—¡El caudal! ¡Ah, señor Marotol Si fueran ustedes pobres, Rosario hubiera sido más indulgente, y usted no hubiera pensado jamás en una separación; pero tranquilícese usted—prosiguió con dolorosa dignidad.—Si es cierto que mi hijo hace la vida del desorden, no lo es menos que no gastará de lo de usted: le conozco demasiado, lo puedo asegurar.

—¿Y de qué ha de gastar, pues, señora? ¿No le he hecho entrega de las llaves de mis gavetas y de mis amplios poderes, porque ¡ay de mí! pensaba poderme fiar de él como de mi hijo? El no trabaja; él no cobra sueldo, y, sin embargo, juega, triunfa y va incesantemente de broma en broma.

Doña Benigna quedó aterrada y muda. La respuesta del anciano encerraba tan invencible lógica, que no halló qué contestar á pesar de su deseo de defender á su hijo.

—Está bien—dijo al cabo de algunos instantes:—si yo siguiera oponiéndome á esta separación ó aconsejando medidas de avenencia, se creería que era el interés de poseer las riquezas de usted, ó de que las poseyese mi hijo, lo que

me movía. Así, nada más diré, y me sujetaré á lo que usted y Rosario decidan, por más opuesta que sea yo á las medidas extremas.

—Hija, dí tu parecer,—insistió don Dámaso.

—Yo necesito pensarlo—respondió la joven:—no quiero ni puedo negar que me costará mucho trabajo el renunciar á mi marido. ¡Le quería yo tantol ¡Le quiero tanto todavía!

Doña Benigna, conmovida por la sinceridad de aquel acento, iba á abrazar á Rosario, á la que no podía menos de agradecer que amase á su hijo; pero la dignidad, ó mejor dicho, el orgullo, la contuvo, porque temía que hasta aquel arranque de su corazón se creyese interesado.

¡Qué desgracia es á veces el ser rico! La riqueza era la enemiga más cruel de la felicidad de Rosario.

Si ella hubiera sido pobre, no habría echado en cara á su marido que se había casado con ella por su fortuna, primer golpe inferido á aquel corazón honrado y pundonoroso.

Si no hubiera sido rica, Pepe hubiera manifestado más tolerancia con los defectos del carácter de su mujer, y no hubiera temido que su tolerancia se hubiera creído hija de mezquinas é interesadas miras.

Si no hubiera sido rica, doña Benigna hubiera andado todos los caminos por evitar aquella fatal separación.

Pero la riqueza, como una negra y sombría

nube, le velaba la luz de la dicha y le dejaba la obscuridad del dolor.

—Mañana...—prosiguió Rosario; —mañana, padre, daré mi respuesta. Esta noche rogaré á Dios que ilumine mi entendimiento.

—Voy á mi cuarto—dijo doña Benigna, levantándose y considerando terminado allí su papel.—Don Dámaso, y tú, hija mía, sepan ustedes que sólo espero saber su decisión para lograr que destinen á Pepe lejos de aquí, y marcharme con él á donde vaya.

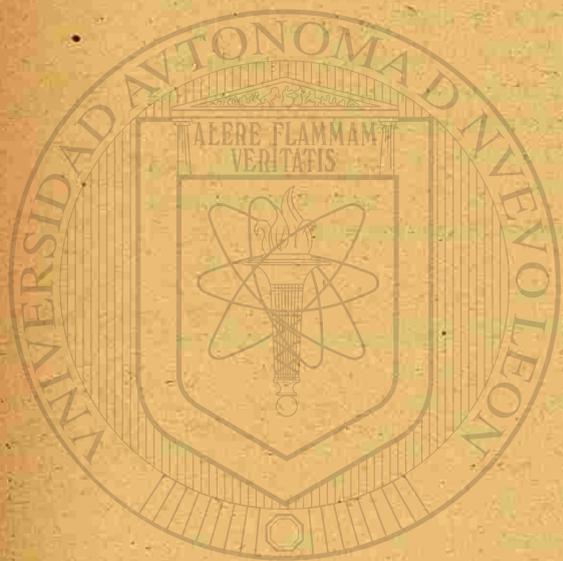
—Hija—dijo don Dámaso cuando se vió solo con Rosario,—ahora que nadie nos oye, escucha lo que te pide tu viejo padre llorando con las manos juntas y el corazón lleno de sollozos: da algún paso para volver á atraerte á tu marido. ¿Sabes por qué esas malas mujeres sujetan á los hombres? Porque los llenan de halagos. ¿Por qué, pues, la mujer honrada, la mujer propia, no ha de emplear alguna vez los mismos medios? ¿Por qué no ha de emplear la miel y dejar la hiel? ¡Ay, hija: si el bien tuviera alguno de los atractivos del mal, cuánto más le amaríamos! Pero es el caso que cada uno se complace en desacreditarlo y llenarlo de espinas, como para espantar á los débiles.

El venerable anciano tenía razón. El vicio es casi siempre agradable, porque tiene las formas más suaves y más graciosas que la virtud; porque es hipócrita, en una palabra. Rodead á la virtud

de encantos y de tolerancia, y veréis cómo todos la prefieren por el solo gusto de practicarla. Todo lo que se ama ha de ser amable.

—Padre—dijo Rosario,—no puedo ni sé fingir, y estoy irritada por la conducta de mi marido.

—Haz un esfuerzo, y esta noche, cuando venga, espérale en su cuarto y háblale. Mira, hija mía, que en casi todas las cosas del mundo *querer es poder*. Si no por tí, á lo menos por mí, saca fuerza de flaqueza, y procura que muera con el consuelo de dejarte tranquila y feliz.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIV

Rosario se separó de su padre muy pensativa. A no ser porque los celos producidos por el fatal anónimo la martirizaban, se hubiera decidido á perdonarlo todo.

Pero la imagen de aquella bailarina, que le robaba el amor de su marido, no se separaba de sus ojos, y anhelaba que llegasen las diez de la noche para salir de la angustiosa expectativa en que se hallaba.

Entre tanto que á ella se le pasaban las horas en estas zozobras, Paco y Casilda se divertían bastante bien. Habían comido con apetito, y el banquete, sazonado con las continuas risas y graciosas ocurrencias de Casilda, que se esforzaba en aparecer amable y agasajadora, pareció á su marido más agradable que ninguna de las orgías que había tenido desde hacía largo tiempo con sus amigos y con sus *amigas*.

Casilda sabía hacer la virtud tan amable como el vicio.

Después de comer, fueron, según lo tratado, á paseo y luego al café, donde todos tuvieron una mirada para la belleza y gracia de Casilda.

Esta involuntaria, pero continua, ovación, hizo

también poner pensativo á Paco, quien se dijo que no sería extraño que alguno recogiese lo que él desperdiciaba, y que Casilda tenía gran mérito en ser virtuosa y aun en perdonar á un marido como él.

—¡Todos la miran! ¡A todos agrada! Una santa debe ser para no caer, cuando yo soy un perdido que ni me cuido de ella, ni le doy siquiera lo necesario. Habrá que estar ojo alerta, ó no quejarme después de lo que suceda.

A las nueve y media, el joven matrimonio volvió á su casa. Casilda encendió luz, y ambos esposos se sentaron para esperar á Rosario, que ya no podía tardar en subir.

—¡Pobre señorita!—exclamó Casilda en tanto que extendía sobre la cama el pañuelo y la mantilla que debían disfrazar á su hermana de leche. —¡Quién lo había de decir, Dios mío, del señorito Pepe, que parecía un santo!

—Pero, mujer—repuso Paco,—¿te parece que le quema poco la sangre á un hombre el que nunca le pongan buena cara ni le pregunten dónde vas ni de dónde vienes? ¿Por qué no habla á su marido? ¿Por qué no le reconviene?

—Porque á los hombres no se os puede reconvenir.

—¿Quién lo ha dicho? Con la razón y con buenas palabras se puede hablar á todo el mundo.

—Además, no le habla porque está ofendida, ni le quiere ver porque su vista le incomoda.

—¡Por tesón, por orgullo! Ya verás lo que consigue así. Ese pobre mozo está en desgracia. Su mujer es de hierro; su madre de pasta-flora, que sólo sabe llorar y no aconsejarle; su suegro ni puede sujetarle, porque es un bendito, ni debe hacerlo. En fin, ello dirá.

—Calla, que oigo pasos—dijo Casilda:—ya sube la señorita.

Un golpe suave que sonó en la puerta dió á conocer que Casilda no se había engañado. Fué á abrir, y Rosario entró, en efecto, en la humilde habitación.

La joven estaba pálida y agitada, y parecía como que sus piernas se negaban á sostenerla.

—Vamos—dijo;—vamos, Casilda. Dame el pañolón y la mantilla, y démonos prisa.

—¿Ya se han acostado los señores?—preguntó Casilda.

—Sí, y á mí me creen también recogida. Me encerré en mi cuarto y me puse este vestido negro, saliendo antes de que cerrase Pedro la puerta de la escalera, de la que de antemano me he provisto de una llave. ¿Tienes tú la de la calle?

—Sí, señora.

—Vamos, pues,—repitió Rosario, acabando de envolver su bella cabeza entre los pliegues de su mantilla.

—Vamos, señorita. Paco, ponte la capa.

—¿Viene Paco?—preguntó Rosario.

—Sí, señora. ¿Las había de dejar á ustedes so-

las?—dijo éste.—Yo iré detrás y estaré á la mira de cualquier cosa que suceda. Con que valor, señorita, que tras estos ratos vendrán otros mejores.

Los tres jóvenes bajaron silenciosamente la escalera y salieron á la calle; pasaron la de la Montera, tomaron la de Hortaleza y luego la de las Infantas, hasta la Plaza del Rey.

Aún no se había terminado el espectáculo.

Una larga fila de carruajes, estacionada delante del teatro, esperaba á los espectadores para conducirlos á sus casas.

En uno de los más próximos, Rosario distinguió la librea de la Marquesa del Puerto.

La pobre joven dejó escapar un doloroso suspiro, y dos lágrimas amargas brotaron de sus ojos.

En aquel carruaje había ido ella tantas veces risueña y feliz, y ahora iba á pie y recatándose de todas las miradas, penetrada de dolor, á averiguar toda la extensión de su desgracia.

—¿Tendrá razón la Marquesa?—pensó.—¿Será necesario que la cabeza ocupe el primer lugar para alcanzar un poco de felicidad en este mundo? ¿Habré de fingir perdón, aunque mi corazón lllore sangre, para no hacerme aborrecible después de ser desgraciada? La tremenda cuestión en que está empeñada toda la dicha de mi vida, no tiene más que una solución: ¿amo á mi marido? Sí. ¿Puedo vivir sin él? No. Debo entonces

ser generosa y perdonarle, si no por él, por mí. ¿Podré olvidarle y ser dichosa sin más amor que el de mi padre?

Esta última pregunta de Rosario quedó sin respuesta, porque ella no supo dársela, ó mejor dicho, porque el corazón le respondía que no repetidas veces.

Aún se hallaba sumergida en sus reflexiones, cuando la gente empezó á salir del espectáculo.

Rosario se estremeció, y se acercó con Casilda al rincón donde se hallaba la puerta del escenario, que era por donde debían salir su marido y la bailarina.

En efecto: poco tardó en oír el roce de un vestido de seda, y la voz de Pepe, que hablaba en tono seco y colérico.

Una dolorosa convulsión recorrió el cuerpo de la desgraciada esposa.

La bailarina era alta, delgada, sin gracia alguna. Rosario vió, á través de la capucha de abrigo que envolvía su cabeza, dos bandas de cabellos rojos y de un color desagradable y basto.

Detuviéronse bajo un reverbero y cerca de Rosario, que hubo de apoyarse en el brazo de Casilda para no caerse al suelo: tanto era lo que temblaba.

Pero el celoso afán de ver si aquella mujer era más hermosa que ella, le dió fortaleza y abrió los ojos para contemplarla bien.

Los de la bailarina eran pequeños y feos, como

los tienen generalmente todas las mujeres de cabello rojo. Su frente era estrecha; su nariz, roma. En aquella fisonomía no había nada de talento ni de inteligencia; pero sí de penetrante sagacidad y de flexibilidad astuta.

Ceferina tenía todo lo que á Rosario faltaba: mucha cabeza y perfecta educación.

Rosario poseía una belleza admirable y un corazón noble y demasiado sensible; pero su marido no tenía mundo y debían, no sólo enamorarle, sino dominarle más las dotes de la francesa.

Lo contrario hubiera sucedido si Pepe hubiera sido un hombre de experiencia. ¿Quién ignora que, según el carácter y circunstancias de los hombres, así les convienen las mujeres?

—¿Con que no me compras el vestido de raso verde?—exclamó Ceferina.

—Ya te he dicho que no tengo dinero,—repuso Pepe.

—¿Has perdido hoy?

—No: he ganado; pero menos que otras veces, y todo lo he gastado en comprarte la capa de terciopelo que te envié al teatro.

—¿Por qué no tomas del dinero de tu mujer?—preguntó Ceferina con descaro.—¿No es muy rica?

—Dicen que sí,—repuso Pepe con acento que se alteró de repente.

—¿Pero tú no lo sabes?

—No: nunca he sabido á lo que ascienden sus rentas, ni he tocado á un cuarto de ellas.

—Está bien—dijo Ceferina con un suspiro.—Me pasaré sin el vestido verde.

—Será por poco tiempo—dijo Pepe conmovido por aquella hipócrita resignación.—Mañana—añadió—espero tener suerte jugando, y, si no, pediré prestado á un amigo, que me dará lo que cueste. ¿Cuánto vale el vestido?

—Dos mil reales... Pero no, no quiero que pases mal rato por mí: tu tranquilidad antes que todo.

—No pasarán dos días sin que tengas el vestido; pero aquí está el coche: sube en él, y adiós.

—¿Qué! ¿No me acompañas?

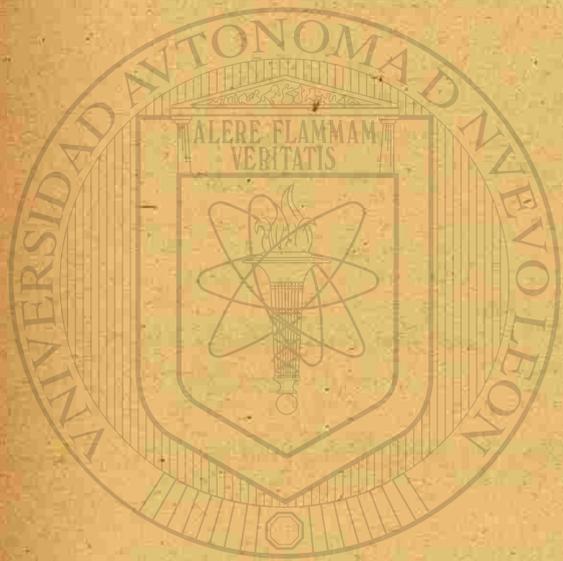
—No: me voy á casa. Estoy malo desde esta mañana; sólo he venido porque no me echaras de menos.

Pepe hizo una seña al cochero, abrió la portezuela de la berlina, y Ceferina subió ligeramente.

Ya dentro, la estrechó la mano, y el carruaje partió.

Pepe tomó, en efecto, el camino de su casa; Rosario, Casilda y Paco le siguieron: llegaron á ella, y después de entrar él, entraron también.

Los esposos del sotabanco dejaron á Rosario en su habitación y subieron á la suya, donde una hora después dormía Casilda el sueño de los justos y Paco el de los arrepentidos, que no es menos dulce y tranquilo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Rosario entró en su cuarto casi al mismo tiempo que su marido en el suyo, pues aún le oyó dejar su capa y su sombrero.

Despojóse ella de su pañuelo y de su mantilla ordinaria; se arrodilló á los pies de la imagen de la Virgen que tenía en su alcoba, y le dirigió una corta oración, sintiendo que la calma y la esperanza descendían á su corazón dolorido.

—¡Santa, dulce y amable Madre de Dios! ¡Qué amparo tan grato y tan eficaz halla en tí nuestro sexo! ¡Qué sería de la mujer, Señora, si no te tuviese por apoyo y consejera? ¡Tu amor es el bálsamo que calma la ardorosa sed de su dolor, las flores que consuelan su vista de los abrojos del camino, la fuente cuyo rumor recrea su oído, el aroma que embriaga sus sentidos!

Rosario se levantó más animosa, más consolada. Había pedido consejo á la Virgen como una hija á su madre, y lo había recibido, sin duda, porque se dirigió á la puerta que comunicaba con la habitación de su marido, cerrada por ella meses hacía, y descorrió el cerrojo. ®

Luego tocó suavemente á las maderas.

—¿Quién va?—preguntó la voz de Pepe.

— Soy yo—dijo Rosario, cuyo corazón latía con apresuramiento.—¿Te puedo ver? ¿Me puedes recibir?

— Sí—respondió Pepe:—entra.

Rosario abrió. Su marido, que ya estaba en mangas de camisa, volvió á ponerse la levita en vez de tomar la bata.

Era un resto de su antigua buena educación y hábitos elegantes.

Rosario se sentó en un silloncito que le presentaba su marido, y tendió sus ojos por la habitación.

Aquel aposento, arreglado poco tiempo antes con tanto primor, se hallaba ahora en el estado del más lamentable descuido. El polvo blanqueaba los muebles y las vidrieras. Las colgaduras estaban ennegrecidas y arrugadas. Todo ofrecía á la vista el aspecto del abandono y de la incuria.

Sobre la mesa se veían dos ó tres pipas rotas, algunos guantes viejos, frascos de pomada destapados y mediados casi todos, cepillos y pañuelos; multitud de periódicos desdoblados llenaban el suelo; la panoplia que ocupaba el testero principal ocultaba, bajo una espesa capa de polvo, el brillo de sus ricas armas, algunas de ellas tachonadas de piedras preciosas y que habían pertenecido al padre de Pepe.

Los criados, validos de las disensiones domésticas, se creían dispensados de cumplir en todo lo posible con su obligación, y descuidaban por com-

pleto aquel aposento en el que Pepe entraba sólo á dormir y de cuyo estado para nada se cuidaba.

—Pepe—dijo Rosario suavizando la voz todo lo posible,—me han dicho que juegas, lo que te expondrá á contraer deudas. Para que tu nombre no se vea en mal lugar, y porque lo llevo yo, aquí tienes la llave de mi gaveta, en la que guardo algunas cantidades que mi padre me ha ido dando. Esta puerta de comunicación estará siempre abierta: pasa cuando quieras á mi cuarto y toma lo que necesites; yo cuidaré de que no te falten fondos.

Pepe, confundido, no respondió nada y bajó la cabeza.

—Dentro de dos días—prosiguió Rosario,—me voy al pueblo con mi padre: de este modo tú te quedas aquí libre, aunque ya lo eres, con tu madre. Mientras haya donde te he dicho dinero, gasta; cuando se acabe, en vez de pedir á un extraño, acude á mí, que yo se lo pediré á mi padre. Ahora, como estás poco en casa y es fácil que no te vea, ¡adiós!...

—¿No dices que os vais dentro de dos días?—preguntó Pepe.

—Sí; pero como sólo vienes á dormir, y eso muy tarde, nada tendrá de extraño que no pueda despedirme de tí.

—No saldré estos días.

—¿Por qué? Debes hacer tu gusto, como dicen que lo hacen todos los hombres. No quisiera que te violentaras en nada, y ya que te gusta estar

siempre fuera, no es justo que estés aquí, y menos para tan pocas horas como nos quedan que pasar bajo el mismo techo.

—¿Pero no vas á volver?—preguntó Pepe.

—¡Nunca! ¡Ojalá no hubiera salido de allí: no te hubiera conocido, ni tú á mí, y los dos seríamos libres y dichosos!

—¿Qué quejas tienes de mí?—preguntó el esposo, cuyas mejillas se iban poniendo encarnadas.

—Ninguna—respondió Rosario con altivez,—porque hay algunas cosas de las que da vergüenza quejarse, y se calla quien está ofendida. Las tuyas deben ser más fundadas: mi recto modo de pensar, el silencio con que he recibido tu indiferencia, deben ser culpas muy graves. He venido, pues, antes de separarnos, á decirte que las perdones, y que, lejos de tenerte rencor, hallarás en mí siempre todos los servicios de la amistad.

—Rosario—dijo Pepe,—creo que cada uno de nosotros tiene una parte de culpa en lo que sucede; yo tengo más, porque los hombres deben tener más fortaleza, y no darse por ofendidos de las genialidades de las mujeres; tú no me has faltado á mí en ninguna de aquellas cosas que un marido no puede ni debe perdonar.

—Gracias por la justicia—respondió Rosario con amargura.—En cuánto á tí, me has faltado; pero te perdono. No hables—prosiguió haciendo con la mano una expresiva señal;—no te rebajes á disculparte con mentiras que mancharían tus la-

bios; y baste que te diga que ahora vengo de la plazuela del Rey y te he visto con la bailarina.

Al verse acusado con razón y justicia, la cólera descompuso el semblante de Pepe.

No hay ningún hombre, por pacífico que sea, que no se subleve ante un cargo que le demuestre una falta, y menos si esta falta es ruín y baja.

—Y bien—prosiguió Rosario, cuyo penetrante talento previno el insulto que, en venganza de que no tenía razón, iba á dirigirle Pepe,—¿qué tiene eso de extraño? Esas mujeres os halagan, y la esposa honrada os reconviene; esas mujeres explotan vuestros vicios, y la esposa honrada desea que brillen vuestras virtudes; pero yo te dejo en libertad, ya que no he sabido hacerme amable á tus ojos. Ya conocerás la diferencia que hay de esa mujer, ó de otras parecidas, á mí: entonces me hallarás sin mancha, como hoy, en la vieja casa en que imperó y murió mi buena y santa madre; entonces conocerás que, si era duro mi carácter, á la influencia de tu amor correspondía suavizarle, y que si ese cieno que empieza á envolverte es suave, es también hediondo y te ahogará.

Al hablar así, Rosario estaba verdaderamente hermosa: sus mejillas, pálidas desde hacía muchos días, se veían animadas por el calor de su razonamiento; sus ojos, arrasados de lágrimas, brillaban de un modo extraordinario; su rica cabellera negra, prendida detrás de su cabeza, hacía resaltar la límpida tersura de su noble frente.

Pepe la miró conmovido; después su mirada resbaló sobre un espejo colocado detrás de su mujer, y al ver sus cabellos cortados al rape, sus enormes patillas á lo torero, su rostro encendido y desfigurado, bajó la mirada al suelo, lleno de rubor.

—No es ella aquí la más culpable—pensó;—yo lo soy más que ella, y mucho necesita olvidar para perdonarme.

—Rosario—dijo él con voz conmovida, y atreviéndose apenas á mirar á su mujer,—yo no quiero perder tu estimación ni que me creas dichoso en la situación en que vivo. Oye, y deja que te abra mi corazón aunque me cierres el tuyo: yo he sido educado por una madre demasiado tierna, y no he conocido ni aun el saludable rigor de un padre; crecí entre cariños y dulzuras, y no ví el mundo más que bajo el prisma más bello: por eso, aunque adore tu hermosura y tu intachable virtud, lo mismo que la nobleza de tus pensamientos, prendas todas que ni sabría ni quiero negarte, la austeridad de tu carácter y las severas formas de tu educación casi claustral, chocaron con los dulces hábitos de toda mi vida: me mandaste en vez de convencerme; y luego, Rosario... me dijiste que si me había casado contigo era por tu riqueza. ¡Ah, si supieran las mujeres que son amadas sincera y desinteresadamente el daño que hacen con una sola palabra, no la pronunciarían jamás! Aquella acusación, la más formidable que

podía oír, me rebajó á mis propios ojos, y me dije que había hecho muy mal en elegir mujer con caudal; y por la imbécil vanidad de probarte y probarme á mí mismo que si quería tener vicios podría hallar los medios de pagarlos, me propuse jugar y gané... he aquí el manantial de donde he sacado lo que necesitaba para vivir en el desorden. Si no hubieras visto y oído esta noche lo que ya sabes... aún podrías ser dichosa á mi lado... así... ¡ya no!

Pepe dijo estas palabras con voz trémula; su mujer fué á hablar; él abrió, para oírla, los oídos, los ojos y el alma entera; pero ¡ay! ninguna palabra brotó de los labios de la altiva Rosario.

—¡Y qué!—pensó.—Él, que es el culpable, renuncia á mí; ¿y he de rogarle yo, que soy la ofendida? ¡No, y mil veces no!

El silencio se prolongó algunos instantes, al cabo de los cuales Rosario se levantó, tomó la luz que había dejado sobre la mesa del cuarto de su marido, y dijo:

—Buenas noches, Pepe.

—Adiós—respondió éste tristemente,—y vuelve á recoger esta llave.

—¿No la admities?—preguntó Rosario ofendida.

—No—respondió él:—ya entre nosotros acabó todo lo que me autorizaba para admitirla.

Rosario recogió la llave con semblante altivo; entró en su cuarto sin añadir una palabra, y corrió de nuevo el cerrojo.

Ya allí y sola, toda su altivez se fundió en un dolor ardiente y profundo, y prorrumpió en lágrimas y sollozos que ahogó sepultando la cabeza entre las ropas de su lecho.

Dios debió tomar en cuenta la tremenda pena de aquella desgraciada para recompensarla en otra vida mejor.

De este modo la halló la aurora. Así que oyó en la casa los primeros ruidos, se arregló un poco su suelta cabellera; cambió el traje negro con que había salido por una bata de casa, y pasó al cuarto de su padre, mandando que se avisase al mismo tiempo á doña Benigna.

—Padre mío, señora—dijo así que los vió reunidos:—he pensado toda la noche acerca de la proposición que me hicieron ayer de una separación amistosa entre Pepe y yo, y he decidido que se lleve á efecto; pero no quiero que jamás pueda decir que yo le he impuesto mi voluntad, ni que yo le he sacado de Madrid, ya que tan á su gusto vive en él. Así, pues, he resuelto, si mi padre no se opone á ello, volverme á Epila, de donde he sentido muchas veces haber salido.

Don Dámaso y doña Benigna se miraron estupefactos, y á los ojos de los dos acudieron algunas lágrimas.

—Hija—dijo don Dámaso,—mira lo que haces y deja que, á pesar de tener tú mucho más talento que yo, te aconseje como buen padre. Es mejor que cada uno de vosotros ponga algo de su parte

y que esto se arregle; pero, en último caso, no seas tú la que se separe de su hogar y del lado de su marido: sea él quien se separe de tí, si así te parece.

—¿Qué más tiene?—repuso Rosario.—¿De qué sirven esas fórmulas? Padre, no me niegue usted la tranquilidad y el reposo de que tanto necesito.

—Nada más digo, hija mía. Marcharemos los dos, porque yo, en tanto viva, no he de abandonar un instante. ¿Cuándo quieres que nos vayamos?

—Mañana, padre,—dijo Rosario con dolorosa calma.

—Bien está—repuso don Dámaso.—Disponlo todo para mañana.

¡Oh, fatal orgullo el de las almas rectas y severas!

¡A cuántas familias has perdido, y cuánta felicidad te has tragado!

¡Tú cegaste la razón de Rosario, y le hiciste preferir la soledad y la desesperación á la alegría, á la dicha, á todos los inefables goces del amor legítimo!

¡Oh, virtud! ¡jamás serás verdaderamente amable si no te acompañan la suave dulzura y la humildad cristiana!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

XVI

Rosario, creyendo que ya se había humillado á su marido más de lo que debía, no trató de verle, ni le envió por escrito una sola palabra de despedida.

Pepe, seguro de que su mujer ya no le podía estimar y de que el ofrecimiento de la llave había sido una prueba que había querido hacer de su honradez, se dijo que el asunto de su matrimonio era cosa perdida, y que lo mejor que podía hacer era divertirse lo posible con Ceferina y con sus compañeros de desorden, que eran los que empujaban al abismo á aquella blanda y dócil naturaleza, tan fácil de guiar y tan mal comprendida.

Sin embargo, cuando su suegro fué á buscarle para despedirse de él, y le estrechó llorando en sus brazos, lágrimas de dolor brotaron también de los ojos de Pepe, porque éste sabía lo que valía aquél hombre excelente.

—¡Hijo mío!—exclamó el honrado labriego,—¿por qué no cedes tú?

—¿Y en qué he de ceder, señor?—preguntó Pepe.

—¡En lo que sea! ¡Si yo no sé aún la causa de vuestro enojol

—¡Ni yo tampoco, padre!

—¿Y sin causa os separáis? ¿y sin causa rompéis el lazo que Dios ha bendecido? ¡Sólo por genialidades, sólo por no poner cada uno un poco de su parte!... ¡Qué dolor de hija, y qué dolor para tu madre!

—Padre —dijo Pepe, —Rosario ya no me estima, Rosario me desprecia: ella es la que se aparta de mí... ¿Qué he de hacer? ¿he de obligarla por la fuerza á que viva á mi lado? Usted conoce su genio duro y sus modales, que no se sujetan á miramiento ninguno, y era capaz de decirme cada día que la obligaba á estar conmigo sólo porque es rica. ¡No, padre, no! Para usted seré siempre un buen hijo; entre ella y yo no puede haber avenencia.

Don Dámaso no era elocuente, y su índole blanda hallaba cerradas pronto todas las salidas; ofendióse además, en su cándida buena fe y en sus cortos alcances, de que su yerno culpase tanto á Rosario. Enjugóse, pues, las lágrimas, y salió de la estancia, bajando á seguida la escalera.

En la puerta de la calle había un coche, y allí se despidió Rosario de doña Benigna y de Casilda.

Aquellas dos mujeres, modelos de paciencia, de dulzura y de santa y suave humildad, lloraban á lágrima viva; en tanto que Rosario, pálida de

desesperación, pero reprimiéndose con un heróico esfuerzo, no dejaba escapar de sus ojos una lágrima.

Cuando bajó don Dámaso, callaron las dos; el anciano estrechó la mano de doña Benigna, y abrazó á Casilda besándola en la frente.

—Adiós, mi señora doña Benigna —dijo; —adiós, Casilda. Si no me vienen ustedes á ver á mi rincón, hasta el cielo. ¡Ya no volveré jamás á este Madrid, del que tan tristes recuerdos llevo! No, no: allí viviré, y allí me enterrarán al lado de mi santa y buena mujer.

—¡Véngase usted, madre! —dijo Rosario á doña Benigna en voz baja.

—¡Yol —exclamó la señora; —¡yo dejar á mi hijo! ¡Imposible!

—El la dejaré á usted, —murmuró sombríamente Rosario.

—El hará lo que quiera; pero yo no me separaré de su lado, y lo mismo debías hacer tú.

Rosario no respondió nada; dió el último abrazo á Casilda, que lloraba con desconsuelo, y subió al coche.

Un instante después, los caballos echaron á andar.

—¡Quiera Dios que no le pese el habernos dejado! —exclamó Casilda.

—Le pesará —repuso la generala; —le pesará, como pesan siempre las consecuencias del orgullo.

Casilda iba á subir á su sotabanco para llorar con libertad la separación de su amada señorita; pero al oír la afirmación de doña Benigna, el afecto que tenía á sus bienhechores pudo en ella más que su natural prudencia, y exclamó:

—¡Qué orgullo, señoral! ¡Si ella ha padecido más que una santa mártir!

—¿Y por qué? Por su genio, que nada sabía disimular.

—No diga usted eso, por Dios, que usted no sabe de la misa la mitad.

—¿Qué dices?

—Que anteanoche mi Paco y yo acompañamos á la señorita á la puerta del teatro del Circo, y allí...

—Acaba...

—Allí vió al señorito Pepe con una bailarina francesa, y oyó cosas que eran capaces de hacerla desesperar.

—¡Dios mío!—exclamó la generala; y sus labios pálidos temblaron, y hubo de apoyarse en el hombro de Casilda para no caer al suelo.

—Vamos arriba—prosiguió después de una pausa,—y me dirás lo que sepas.

—¿Pues qué, la señorita Rosario nada le ha dicho á usted?

—¡Ni una palabra!

—Y habrá quien la llame luego imprudente!

La anciana y la joven se encerraron en el cuarto de la primera, y allí Casilda contó, con su

natural vehemencia, toda la escena de la plaza del Rey.

Después que acabó su narración, se subió á su sotabanco, dejando á doña Benigna sumergida en un mar de confusiones.

La noticia de la depravación de su hijo la llenó de terror. Su corazón de madre le decía que el que una vez huella la funesta senda del escándalo, tarde ó nunca se aparta de ella, y que el que ha probado el amor de esas mujeres siente secarse en su corazón las semillas del honor y de la virtud.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

XVII

Pepe, al verse sin su mujer y para distraerse de la pena que sentía con su abandono, fué á casa de Ceferina.

La joven hija de Tersícore vivía sola con una doncella, confidente de sus galanteos, y su casa, aunque pequeña, parecía el templo de las gracias y de la voluptuosidad.

Abierta la puerta, se entraba en una pequeña antesala, cuyo centro le ocupaba una mesa redonda cubierta con un tapete carmesí, sobre el que se veía una bandeja de plata donde los días que no recibía depositaban sus tarjetas las personas que iban á visitarla.

En aquellas tarjetas se leían los nombres que eran entonces más ilustres en España en artes, ciencias, banca, literatura y política.

Ceferina no era bonita, pero podía pasar por linda; y era además tan elegante, tan coqueta, tan distinguida, que cautivaba á muchos graves señores con gafas y con canas.

No eran pocos también los jóvenes que iban á dejar, á los pies de aquella sirena peligrosa, la paz de su corazón, la tranquilidad de sus familias y la fortuna de sus padres.

Ceferina era insaciable en cuanto á dinero: su sueldo en el teatro, donde brillaba como una estrella coreográfica, no era corto; pero lo que sus gracias conquistaban suponía por diez sueldos, y de aquellos espolios guardaba una buena parte para su vejez, aunque era muy joven todavía.

No era extraño que alcanzase tanta fortuna: era bailarina y extranjera, dos cosas que, en aquella época, eran el *non plus ultra* del mérito y de la perfección femeninos.

Pasada la antesala, se entraba en un corredor largo, cerrado al fin por una cortina; y levantada ésta, se pasaba á la sala, que tenía dentro un gracioso gabinete.

Nada más lindo que aquellas dos habitaciones.

La primera, vestida y decorada con seda carmesí, ostentaba una preciosa y artística sillería de encina negra tallada, con asientos mullidos de raso carmesí, que remataban en largos flecos de seda.

Una mesa, cubierta con un tapete, sostenía algunas macetas de porcelana, cargadas de flores, que tenían allí, y sobre un lecho de tierra, su cómoda vivienda.

En la chimenea había un artístico reloj de bronce oscuro, que representaba á Petrarca escribiendo sus endechas á Laura.

El gabinete era una maravilla de buen gusto: se hallaba decorado con terciopelo violeta de un matiz delicadísimo, y casi todos sus accesorios eran de plata.

La sillería, de madera blanca con los asientos de terciopelo violeta, hacía un delicioso efecto; una gran copa de plata de forma antigua, llena de preciosas flores, ocupaba el centro de un velador colocado en medio de la estancia; caían delante de los balcones cortinas de gasa blanca, que sujetaban cordones de seda violeta, y se respiraba en todas partes un perfume delicado y suave.

Ceferina, sentada en un pequeño sillón, leía cuando entró Pepe: tenía puesto un peinador blanco, guarnecido de encajes de gran apariencia y poco precio, porque Ceferina poseía como nadie la habilidad, tan general en su país, de seducir por el exterior.

Pepe entró sin decir nada, y se dejó caer en otro sillón cerca del que ocupaba la bailarina.

—Amigo mío—dijo ésta,—ya te he repetido muchas veces que no puedo acostumbrarme á tus maneras bruscas y ordinarias, y que te suplico que las corrijas.

Pepe no respondió.

—Además—prosiguió Ceferina,—ese aire que tienes no me gusta; me desagrade también el descuido que observo en tu traje. Pepe, ó dejas á esas gentes que te rodean ahora, esos toreros que me causan miedo, ó no te recibiré más. Tú has debido tener una buena y escogida educación, y la has perdido por completo al lado de esa gente: recóbrala, pues, ó no vuelvas á verme.

Pepe quedó aturdido con esta filípica que no esperaba.

—Ya sabes—prosiguió la bailarina,—que me sobran pretendientes ricos, de buena posición, elegantes y de una educación excelente: no hagas, por lo tanto, que me arrepienta de estar enamorada de tí, y procura que te vea más complaciente, y, sobre todo, con más elegantes maneras.

En aquel momento entraron algunos amigos de Ceferina, y Pepe, viéndose, en efecto, muy inferior á ellos, salió de allí, y triste y pensativo se dirigió á su casa.

En ella sólo halló lágrimas. Su madre, encerrada en su habitación con la Marquesa del Puerto, lloraba; en el cuarto que había sido de Rosario, lloraba Casilda: allí entró Pepe y se dejó caer en una silla.

—¡Ah, señorito!—exclamó,—¿por qué ha dejado usted que se fuera? ¡Ella tenía su genio; pero á bondad no le ganaba nadie!

—¡Calla ya, y déjame solo!—exclamó Pepe.—Vais á volverme loco. ¡En todas partes acusaciones ó quejas! ¿Dónde hallaré una voz amiga que me anime?

—Sólo la de ella es la que debe ser dulce para usted—repuso Casilda,—pues entre los pesares y las alegrías del matrimonio no cabe intermedio.

XVIII

Tres meses después, y en una bella mañana de estío, un hombre flaco, pálido, con la barba crecida y el traje viejo y deteriorado, llegaba á las puertas de Epila en la diligencia.

Apeóse en el parador, y allí preguntó por la casa de don Dámaso Maroto.

Uno de los mozos de la posada se la enseñó desde la puerta.

—Es aquella—dijo,—aunque parece un convento, dentro hay más gente que en un pueblo; pero yo no sé lo que pasa, que así don Dámaso como su hija han llegado de Madrid *aplanaos*.

—¿Qué ha de pasar?—repuso el posadero, que oía la conversación.—Que la señorita se casó á la cuenta con algún *perdío*, con el que no habrá podido vivir.

Las pálidas mejillas del viajero se tiñeron de carmín, y quiso hablar; pero el posadero, sin darle lugar, prosiguió así:

—Creer que en Madrid *se hartan los perros de longaniza*, y allá van todos los ricos; y lo que pasa es que allá dan con lo más malo. ¿No le valía más

á la hija de don Dámaso haberse casado con algún muchacho labrador?

—¡Qué!—repuso el criado,—¡si aquí nadie la quería! ¡Llevaba una fama de mal genio!... ¡A saber si el haberse venido acá habrá sido por ella!

—Por ella, no; que aunque tenía el genio serio y poco amigo de bulla y de locuras, era su vida más limpia que el sol; y pretendientes de sobra que los tenía, sino que no los quería.

—Lo que es ahora está poco divertida—observó el mozo:—sólo va á misa y á rezar por las tardes; á dar alguna vuelta con su padre por los campos, y se acabó.

—Gracias, señores,—dijo el viajero; y sin más razones, se dirigió á la casa indicada por la del señor Maroto.

En el fondo del anchuroso patio se abría la puerta de la huerta, que era grande y hermosa: precedíala una especie de terrado entoldado de parras y enladrillado con primor; alrededor de la pared se extendía una fila de macetas llenas de flores y plantas olorosas, que perfumaban el ambiente de un modo fresco y delicioso.

Sentada bajo las parras y cosiendo un lienzo tosco, había una mujer joven y hermosa. Vestía un hábito de la Soledad, y sus blancas manos se destacaban, bellas y perfectas, sobre el moreno color de la tela.

Era Rosario.

Su negra cabellera, recogida en una sola tren-

za, se enroscaba detrás de su cabeza, descubriendo toda su riqueza y abundancia aun con un peinado tan exento de pretensiones.

Sentado á alguna distancia, y mirando la bella y alegre perspectiva de la huerta, el anciano don Dámaso permanecía inmóvil y recostado en un ancho sillón.

Su obesidad había desaparecido en su mayor parte, sus ojos se hallaban tristes y hundidos, su color se había apagado, sus cabellos estaban del todo blancos: parecía haber vivido diez años más.

La hermosura de Rosario parecía también haber cambiado de carácter.

Una palidez semejante al marfil cubría sus mejillas; sus grandes ojos negros estaban cercados de ojeras, que, si la hacían más interesante, le daban un aspecto triste.

El extranjero llegó hasta la puerta del terrado sin que nadie se opusiera á su marcha. Hacía algunos instantes que se hallaba allí, apoyado en el quicio, cuando el reloj de la cercana iglesia dió las nueve.

Rosario cruzó las manos sobre su labor sin alzar la cabeza; su padre se quitó el gorro de terciopelo negro que cubría sus cabellos, y ambos rezaron el Ave María. ®

Acabada, añadió Rosario:

—¡Porque Dios le traiga al buen camino!

Padre é hija rezaron un Padre Nuestro, y en los ojos de Rosario asomó una gruesa lágrima.

Al llegar á estas palabras: «y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores,» el forastero avanzó dos pasos y exclamó:

—¡Padre!

Don Dámaso, al oír esta exclamación, se volvió asustado.

Rosario se levantó, corrió hacia él, y gritó con un acento que partía del alma:

—¡Pepe!

Pero al abrir los brazos para estrechar en ellos á su marido, su emoción fué más fuerte que su voluntad, y cayó desmayada.

—¡Eso no es nada!—observó don Dámaso.— ¡Eso es la alegría, porque sábelo, Pepe, lejos de tí la pena la mataba, y á mí también! ¡Bien venido seas, hijo mío, á la casa que es tuya, porque es la de tu mujer y de tu padre!

Rosario abrió los ojos, y al instante saltó de ellos un raudal de lágrimas.

Pero al mismo tiempo desapareció el fúnebre velo que cubría sus miradas, y las nubes de su frente se corrieron como por encanto: aquel llanto se llevaba todas las amarguras de su alma.

—Hijos—dijo don Dámaso,—yo estoy tan contento con veros juntos, que me voy al campo para dar gracias á Dios. Os dejo que habléis, á condición de que todo lo que os digáis sea dulce: lo pasado, pasado; y así que acabéis de hablar, escribele á tu madre que venga al momento para pa-

sar aquí juntos el verano; que al invierno, Dios dirá.

El bondadoso anciano salió dando saltitos y rejuvenecido diez años.

Rosario y Pepe, asidos del brazo, se internaron en el jardín.

—Muy culpable he sido—dijo éste;—pero también muy desgraciado. Las gentes entre las que busqué el olvido de lo que yo llamaba tus injusticias, me han enseñado á conocer el mundo, Rosario; y entre ellas he aprendido que la mujer que tiene menos defectos es la propia, y que al esposo toca corregirlos con dulzura y paciencia.

—No te acuses así—repuso Rosario:—yo te amo, y en mi corazón está tu mejor defensa; yo me acuso á mí misma del delito de intolerancia. Yo exigente, tú susceptible; yo rígida, tú delicado y tierno, á pesar de amarnos con ese cariño del alma, que es la principal condición de la dicha, no nos comprendíamos: ambos teníamos demasiado corazón. Estudiémosnos y corrijámonos durante este verano, y al invierno volveremos á Madrid, para que los que nos han criticado puedan envidiar nuestra dicha.

—¿Pero olvidarás?...—preguntó Pepe con timidez.

—Todo—repuso Rosario.—Soy, antes que nada, buena cristiana, y sé que Jesucristo nos manda perdonar. Pepe, no hallarás aún en mí los primores de la alta sociedad, ni esa afectación que

muchas veces seduce por la belleza de sus formas; pero á través de mi áspera corteza, encontrarás siempre á la mujer honrada, que conoce las obligaciones de la esposa. Sé tú el paciente lapidario que bruña mi carácter, y verás cómo hallas tu recompensa en tu misma obra. ¿No he de perdonarte, si la noche misma en que me aseguré de tu infidelidad fui á tu cuarto para intentar una reconciliación, para apartarte, si era posible, del mal camino?

—¿Luego la llave de tu gaveta que me ofrecías, según creí yo con intención de rebajarme?...

—Era para que tomaras el dinero necesario para el vestido que pedía aquella mujer, y no lo buscaras en el juego.

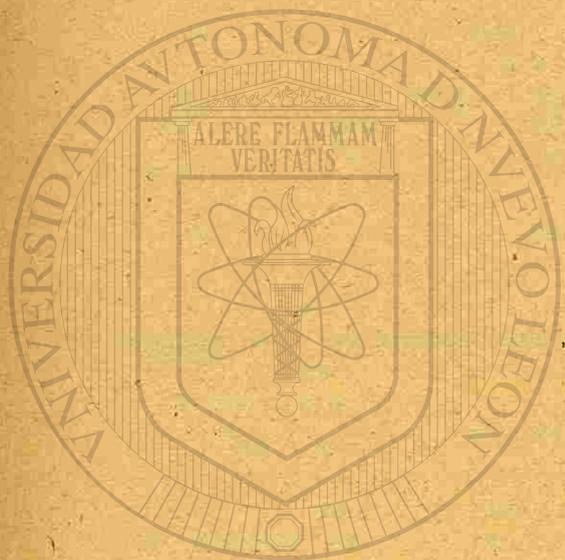
—¡Rosario!—exclamó el esposo, —¡qué mal te he juzgado y cuán superior eres á mí! ¡No bastaba el haber sabido por mi madre que, en vez de hacerme salir de Madrid, me dejaste dueño de mi libertad, y preferiste encerrarte en este pueblo, que aún debía saber por tí misma hasta qué extremo has sido generosa!

—No hablemos de eso—dijo Rosario, riéndose y tapando con su linda mano la boca de su marido.—Mira, aquello que estaba cosiendo es ropa para los pobres: hoy acabo la última sábana; mañana iremos á la ciudad, en la que me mandaré hacer algunos lindos trajes á tu gusto; á tí te harán otros tantos: nos vestiremos el uno para el otro; procuraré ser agradable para tí, y adquirir

la elegancia y la amabilidad que me faltan. Yo te enseñaré á querer; tú me enseñarás á ser una mujer seductora, y al invierno mi madrina se admirará de nuestro cambio.

En efecto: al día siguiente, Rosario y su marido fueron á la ciudad. Pepe había vendido, para jugar, hasta su último traje, y todo el producto de sus ganancias se había consumido en dulces y flores para Ceferina, quien, al ver que sólo le debía estos *pobres obsequios*, en vez de los diamantes y encajes que estaba acostumbrada á recibir, acabó por cerrarle la puerta de su casa.

Entonces Pepe, pobre, arruinado, sin el hábito del trabajo y con el alma abrevada de desengaños, volvió al hogar doméstico en busca de la paz, pero esperando hallar reconvenções y desvío: no sucedió así, como ha visto el lector. Rosario, á pesar de todos sus defectos, era una mujer cristiana: *quiso y pudo* perdonar á su marido, porque en la senda del deber, y cuando nos acompaña una firme voluntad, *querer es poder*.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIX

¿Esperábais, queridas y entusiastas lectoras, asombrosas peripecias ó rasgos dramáticos en esta sencilla historia? Pues siento infinito haberos dado chasco.

Yo podía haberos dicho que Pepe, desesperado al verse arrojado de casa de Ceferina, se suicidó; pero eso no podía ser, habiéndose educado á la vista de una madre tan buena como la suya y estando casado con una mujer tan irrepreensible.

Pocos suicidios habría si los que incurren en tan deplorable aberración tuviesen una madre y una esposa como doña Benigna y Rosario; porque los defectos del carácter se corrigen con el tiempo, con la reflexión y con el influjo del trato social.

Doña Benigna llegó á Epila, y con ella la felicidad y la alegría, porque una anciana con las prendas de aquella noble señora, es como un rayo de blanca luna que, sin deslumbrar como el sol, embellece todo lo que la rodea.

Pepe tomó á su cargo los libros de la casa y la administración de la pingüe hacienda, apli-

cándose á conocer las necesidades, con la ayuda de Antonio, que se apegó á él con el más fiel cariño.

Doña Benigna tomó á su cargo la educación social, por decirlo así, de la esposa de su hijo, y con la suave influencia de su ejemplo pudo ir limando la áspera capa de austeridad que encubría el bello y generoso carácter de Rosario.

—Hija mía—le decía cierto día que, á la caída de la tarde, se hallaban sentadas las dos en el terrado, en tanto que don Dámaso y Pepe paseaban por el jardín,—si la virtud fuese agradable y bella, la adorarían todos; si asusta á las almas débiles, es porque la ven practicar como la practicabas: la más rígida virtud no se opone á que una mujer joven y bonita, como tú, vista bien, sea elegante y tenga esa coquetería que embellece á la persona y todo lo que ésta toca y se le acerca. Cuando volvamos á Madrid, verás algunas mujeres, llenas de años, que aún te parecerán encantadoras, sin más que por el influjo de su amabilidad, y por decirlo así, de su coquetería; porque la coquetería es la más fiel amiga de la mujer y debe acompañarla siempre.

Procura que tu marido halle tu casa agradable, y procura parecerle tú la más bella de todas las mujeres para que no se acuerde de las otras; y para conseguir este fin, gasta, sin despilfarro, en tu persona y en tu casa. Luis XV, antes de ser arrastrado por sus cortesanos al abismo de des-

enfreno en que murió, respondía siempre que le señalaban á una mujer bonita:

—¡Más bella es la reina!

Y, sin embargo, María Lezinska no era bonita, y todo su mérito consistía en una gracia exquisita, en un aseo lleno de delicadeza y en una dulzura llena de encantos.

Hay además un antiguo refrán que dice: «La mujer compuesta quita al marido de otra puerta.»—Vístete para tu esposo, y él te agradecerá el pequeño sacrificio que te impongas como una prueba de cariño; piensa en que toda su vida se ha deslizado entre la sociedad elegante, y que yo, á pesar de la escasez de mi fortuna y de los acerbos dolores que me han aquejado, jamás he descuidado mi persona. ¿Por qué has de parecer tú, tan joven, tan linda, tan agraciada, tan interesante, peor que su anciana madre?

—Pero—respondió Rosario—¡si yo tengo pocos vestidos, y aun los que me han hecho no sé las horas en que me los debo poner!

—Los que tienes son todos frescos, bonitos y á propósito para la estancia en el campo. Desde mañana, siéntate al almuerzo con una bata elegante, y ponte para la comida un sencillo traje blanco de muselina, que ya conservarás puesto toda la velada. Me dirás que aquí nadie se viste: es cierto; pero si quieres ser dichosa, hija mía, y vivir tranquila, no te cuides de lo que hacen los otros, sino de lo que debes hacer tú. Nadie te

criticará porque seas distinguida y elegante, y antes bien será posible que enseñes con el ejemplo, y que introduces un poco de cultura en este pueblo tan bello, pero tan atrasado.

—Mamá—dijo Rosario, cuyos ojos brillaban de entusiasmo, —¿voy ahora á ponerme el vestido blanco que me han traído esta mañana? ¡A ver lo que le parezco á Pepel

—Me parece muy bien pensado—dijo doña Benigna; —y será tanto más conveniente, cuanto que él, cuyo carácter es una cera caliente, que toma cuantas inflexiones quieren darle, creo que se va dejando olvidados sus hábitos de elegancia. Ve, hija mía: yo le avergonzaré de que se ponga á tu lado con esa casaquilla y ese pantalón de mañana.

Rosario salió ligeramente del terrado, y media hora después volvió tan bella, que doña Benigna no pudo contener un movimiento de sorpresa.

Llevaba un vestido blanco de muselina lisa, hecho de un modo completamente distinto á como estaban hechos todos los que antes había usado.

La falda, muy larga y muy ancha, daba á la graciosa estatura de Rosario una indescriptible elegancia; el cuerpo, cortado y hecho con una coquetería llena de distinción, hacía resaltar la elasticidad y gracia de su talle; bajo el vestido de muselina llevaba otro de rico percal blanco, de cuerpo escotado y manga corta, de modo que

el transparente tejido descubría su torneada garganta, la mitad de su bella espalda y sus redondos y graciosos brazos.

Una rica enagua se transparentaba asimismo entre los pliegues de la vaporosa falda que Rosario recogía algún tanto por ambos lados para no pisarla ó destrozarla con las hierbas que crecían en las orillas de los senderos.

Un cinturón de color de rosa, cerrado por una hebilla de plata, ajustaba la delgada cintura de Rosario, dejándola, sin embargo, libre y suelta, con esa elegancia natural distante de toda amanerada afectación.

Una cruz de oro, sujeta con una cinta de terciopelo negro, completaba el atavío de Rosario. Su bella cabeza, peinada con exquisito gusto, lucía las apretadas trenzas de su cabello enlazadas con una flecha de oro.

—¡Dios mío! ¡jamás hubiera creído que fueras tan bonita! —exclamó doña Benigna contemplándola con admiración.—Vamos á encontrar á tu padre y á Pepe, y verás cómo se sorprenden.

Y asiendo el brazo de la joven, fué con ella á encontrarlos.

—¡Qué! —preguntó Pepe mirando asombrado á su mujer, —¿vamos á salir?

—No,—repuso ésta sonriendo.

—¿No vamos á ninguna parte?

—Al comedor dentro de poco rato.

—Como te has vestido así...

—Para comer.

—¡Qué oigo!—exclamó don Dámaso cruzando las manos sobre su abdomen, que empezaba á abultarse de nuevo,—¿para comer te has puesto ese vestido, Rosario?

—Sí, padre mío.

—Si antes no te le hubieras puesto para un baile, ¡qué despilfarro tan increíble en tí!

—Amigo don Dámaso—observó doña Benigna con su dulzura natural,—nunca es despilfarro lo que gasta una mujer para hacerse agradable á su familia, y, sobre todo, á su marido: éstos son gastos reproductivos y que Dios aprueba.

—¡Qué bella estás!—exclamó Pepe asiendo con transporte las manos de su mujer,—¡qué elegante!

—Gracias á los consejos de tu madre—repuso Rosario sonriendo;—¡de tu madre, que ha hecho por mí lo mismo que podía haber hecho la mía!

—¡Nunca había sospechado que fueras tan hermosa! ¡Si me pareces otra!

—¡Y otra soy! A lo menos, tengo la firme intención de engalanar mi alma aún más que mi cuerpo, para que veas que vale algo más de lo que tú pensabas. Nuestra buena madre tiene mucha razón: son necesarias al cuerpo las galas, para que luzca los favores de la naturaleza, y la bondad y belleza del alma deben ser también realzadas por las galas de la bondad y de la coquetería.

—Es cierto—dijo Pepe.—La mitad del amor

entra al hombre por los ojos, y una irresistible inclinación le lleva á gustar de todo lo que es hermoso y delicado: tanto más esclavo es de este instinto, cuánto su alma es más elevada y está más desarrollado en ella el sentimiento de lo bello. Así, pues, Rosario, vístete siempre para mí; y ahora permite que siga tu ejemplo y que vaya á ponerme un traje que no desdiga del tuyo.

Pepe salió del jardín, y media hora después volvió convenientemente vestido con un pantalón de medio color, una elegante levita de una hechura suelta y campestre, chaleco blanco, rica camisa de batista, y corbata negra con rayitas color de cereza.

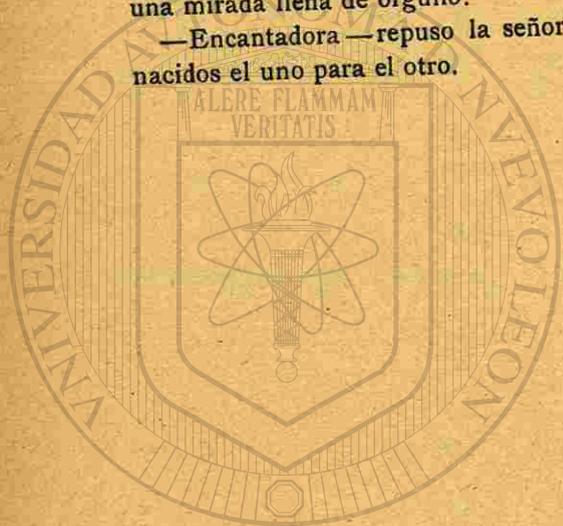
Pepe, con aquel traje, era de nuevo el joven elegante, lleno de distinción, de bellas y expresivas facciones, que despertaba la envidia en todos sus amigos. Sus cabellos castaños, perfumados, se rizaban sobre su ancha frente con una gracia natural; entre su bigote fino y rizado asomaban, descubiertas por su grata sonrisa, dos sargas de dientes pequeños y blancos como el nácar; sus manos y sus pies tenían el más perfecto dibujo; todos los detalles revelaban en él al hombre distinguido: la sencillez de la cadena de su reloj, los pequeños botones que cerraban su camisa, la disposición de sus cabellos, sus posturas y sus maneras.

Dió el brazo á su mujer y se encaminó con ella al comedor.

Doña Benigna tomó el de don Dámaso, y ambos les siguieron.

—Qué pareja, ¿eh?—exclamó el señor Maroto, mostrando los dos jóvenes á doña Benigna con una mirada llena de orgullo.

—Encantadora—repuso la señora:—parecen nacidos el uno para el otro.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

XX

La dulce y bienhechora influencia de la excelente señora, que era como el alma invisible de aquella familia, se había dejado sentir en la casa de una manera no menos notable que sobre las personas.

Todo había cambiado de aspecto sin cambiar de lugar: los antiguos muebles, limpios y brillantes, ostentaban su valor positivo y su positiva comodidad; se habían comprado algunas cosas que faltaban, y cada habitación se había dispuesto de un modo conveniente y adecuado al uso para que estaba destinada.

Don Dámaso tenía en su cuarto chimenea, un reloj, un cómodo diván y dos sillones compañeros; á los pies del lecho se había colocado una papelera de hierro colado, y debajo de la ventana una mesa-escritorio.

Rosario había arreglado á su gusto el cuarto de doña Benigna, con una sillería de rica seda antigua, damascos iguales; un precioso reclinatorio coronado por un crucifijo, á los pies del cual había un almohadón bordado por su mano, y una

mesa de tocador, primorosamente adornada de damascos.

La cama estaba igualmente cerrada con damascos. Una cómoda y un ropero con la puerta de espejo, completaban el mueblaje.

En cambio, la buena madre había cuidado del arreglo del cuarto de los esposos, que era una gran sala con dos gabinetes, uno de los cuales les servía de dormitorio, y el otro de tocador.

Estas habitaciones eran las más suntuosamente alhajadas de la casa, pues doña Benigna, queriendo inspirar á Rosario el sentimiento de lo bello, no había perdonado gasto alguno, empleando en ello todos sus ahorros.

El comedor, amueblado sencilla y cómodamente, se abría al jardín.

El salón estaba severamente decorado con damasco carmesí; los antiguos sillones dorados, que estaban ennegrecidos por el tiempo, habían sido restaurados y lucidos de nuevo por un ebanista.

Hasta los criados habían sido educados pacientemente por doña Benigna; y en el servicio y en los menores detalles de la casa, se descubría el influjo de aquella elevada inteligencia.

Don Dámaso se hallaba en el cielo: lo que no comprendía, lo admiraba; todo lo hallaba excelente, sublime. ¿Por qué dicen algunos que son antípodas la llaneza y la distinción, la rústica sencillez y la perfecta urbanidad?

Aquella familia era un ejemplo de lo contra-

rio, y era imposible hallar otra más íntimamente unida por los lazos de la simpatía y el cariño.

Es cierto que así el padre y la hija de la aldea, como la madre y el hijo cortesanos, tenían esa bondad de corazón que allana todas las distancias y que todo lo ilumina como un rayo de magnífica luz.

Don Dámaso y su hija tenían el dinero, y estaban además ricos de corazón y de ilusiones.

Doña Benigna y su hijo poseían la distinción, la delicadeza de modales, los hábitos del mundo y de la buena sociedad.

La comida era abundante, bien sazónada y bien servida, pero no suntuosa. La generala, acostumbrada á las vicisitudes de la vida, era acérrima partidaria de la economía bien entendida, y nadie sabía manejar una casa mejor que ella y con menos dinero.

Ya concluían de comer, cuando un criado trajo una carta á Rosario, colocada en una bandejilla de plata.

La joven, cuya facilidad para adquirir buenas maneras había sido sorprendente, la tomó y pidió permiso para abrirla con una mirada.

Así que pasó la vista por las primeras líneas, exclamó:

—¡Es de Casilda!

—¡Lee, lee!—dijo don Dámaso.—Veamos lo que nos dice la pobrecita.

Rosario leyó en voz alta lo que sigue:

«Mi querida señorita: No puedo pasar ya más tiempo sin hablar con usted y sin decirle que jamás la olvido y que en todas mis alegrías se mezcla el pesar de no tenerla á usted á mi lado.

»Ahora estoy bien y soy feliz. Paco hace bondad, gracias á Dios, y aunque, como es tan bendito, tengo que tomar mis medidas con él para que no le perviertan los compañeros, ello es que me quiere y hace mucho caso de mí. El jornal lo gana y me lo da, y con eso vamos ya poniéndonos muy bien, y voy haciendo el ajuar para un hijo que espero para dentro de un mes poco más ó menos.

»Y bien, señorita de mi alma, ¿no vendrá usted á hacérmelo cristiano? Ya hace cinco meses que falta usted de aquí, y yo no sé cómo he vivido sin verla. Me parecería mal presagio que mi hijo viniera al mundo sin estar usted y sin tenerle usted en la pila del bautismo. Ya sé que están ahí el señorito y su señora madre, que es más buena que el pan bendito.

»Ayer pasó por aquí la señora Marquesa en su coche, y tuvo la bondad de subir hasta mi sota-banco á preguntarme si tenía carta de ustedes. Le dije que no, y me respondió:—El lunes que viene voy yo á arrancarles de su rincón, que ya va llegando el invierno y no consentiré que se se-pulten allí á modo de ermitaños.

»Se lo advierto á usted, pues, señorita, para que esté prevenida, porque lo hará como lo dice;

y le ruego que se venga con la señora Marquesa, porque, como ella dice, nó es justo, y para mí sería un disgusto mortal, que se quedasen ustedes ahí.

»Adiós, señorita. Al señor un abrazo por mí, y otro al señorito, y otro á la señora. Paco les envía á ustedes sus finos recuerdos, y la abraza también con el alma su servidora que la quiere mucho y verla desea

CASILDA.»

—¿Qué haremos?—preguntó Pepe.—Casilda tiene razón; pero tú, Rosario, ¿quieres pasar aquí el invierno?

—Lo mismo me da—respondió Rosario:—haremos lo que papá diga.

—Yo digo—observó don Dámaso,—que debéis iros á pasar el invierno á Madrid.

—Y yo digo lo mismo,—añadió doña Benigna.

—¿Pero y vosotros?—preguntó Rosario, uniéndose así, y sin saberlo, el presente de don Dámaso y doña Benigna.

—Yo, por mí—dijo don Dámaso,—ya no salgo de aquí: me lo he ofrecido á mí mismo y lo cumpliré. Señora, ¿quiere usted quedarse á hacerme compañía?

—Yo...—repuso doña Benigna con alguna turbación.

—Usted, señora: ¿qué hay de malo en eso? ¿qué hablarán? Podemos evitarlo: ¿nos casamos!

—¡Santo Dios! ¿qué dice usted?—exclamó doña Benigna.—¿Casarnos á nuestra edad?

—¿Qué edad tiene usted?

—¡Cincuenta y dos años!

—Yo sesenta y dos: diez más. Si nos hubiéramos casado de jóvenes, ahora no nos parecería extraño el ser marido y mujer, ¿verdad?

—No por cierto.

—Pues haga usted cuenta que nos casamos teniendo usted diez y seis y yo veintiséis... Vamos, ¿qué dice usted? Ya sé que yo no soy una persona fina, y así... de tan culta sociedad como usted; pero soy bueno, y necesito, ahora que he dado marido á mi hija, de una compañera: ¿por qué no ha de serlo usted? Ellos se irán á Madrid los inviernos, y nosotros nos quedaremos aquí en paz y en gracia de Dios.

La generala miró á los jóvenes.

—Madre mía—dijo Rosario:—tu dulce compañía sería la felicidad de mi padre: ¿quién le comprende mejor? ¿quién sabe estimar sus nobles cualidades en lo que valen? ¿y quién será para tus últimos años un compañero más amable y cariñoso?

—Pepe—añadió don Dámaso,—convence á tu madre de que nada hay de extraño en esta boda. Ella estuvo casada primero con un cumplido caballero; ahora puede estarlo con un honrado labrador. Cuando joven, buscó, como era natural, el brillo y los placeres del mundo; cerca de la

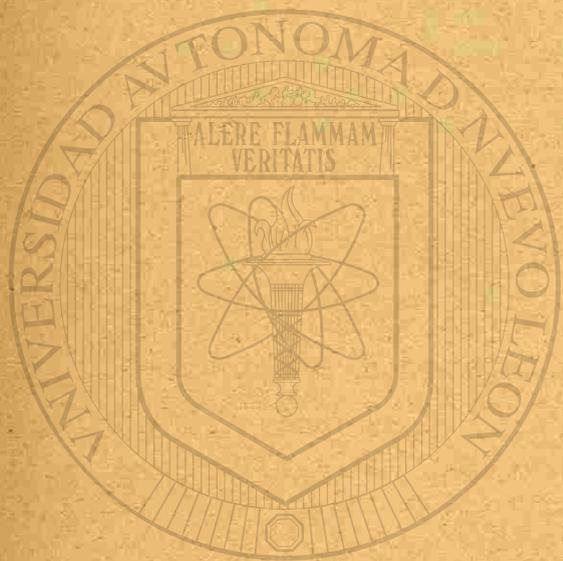
ancianidad se acoge á la bóveda celeste, y va á buscar la paz y la alegría en esta tranquila aldea.

—¡La señora Marquesa del Puerto!—anunció Antonio el sobrestante á la puerta del espacioso comedor.

—Aquí llega quien convencerá pronto á nuestra buena madre,—dijo Rosario saliendo á recibir á su madrina, que apareció en aquel momento.

Clemencia estrechó entre sus brazos á Rosario, la miró con atención y retrocedió llena de asombro.

—¡Dios mío, qué bella estás!—exclamó;—¡qué elegante! ¡qué alegre y sonrosada! Cuando yo te lleve á Madrid—porque te advierto que no me voy sin tí—y te presente á nuestros antiguos amigos, no van á conocerte.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXI

La llegada de la bella y alegre Marquesa del Puerto hizo más agradables los paseos y las veladas del joven matrimonio y de sus padres.

Dotada Clemencia de gran brillantez de imaginación, sabía dar á todas las cosas el encanto de la novedad.

Un paseo en borricos alternaba con una comida á la que se convidaba lo más notable del lugar; una merienda en las viñas, con una tertulia en la que las señoras de Epila con hijas casaderas, sacaban sus vestidos de novia de levantina blanca para asistir á ella.

Rosario y la Marquesa introdujeron la moda del té, que se servía á las nueve, con chocolate y pastas para los convidados.

Después Pepe, la Marquesa ó Rosario tocaban en el piano algunos rigodones ó valeses para que las jóvenes del pueblo bailasen, retirándose todos á las once.

Por fin se habló de volver á Madrid. Octubre acababa, y la Marquesa era llamada á la corte por sus intereses y por sus muchos amigos; pues por más que se declame en contra de la amistad, las

personas que reúnen las excelentes y encantadoras dotes de Clemencia hallan siempre amigos.

Imposible será que los tenga quien los busque perfectos; pero hay que aceptar á las personas con sus defectos, y ser indulgentes con ellas para que éstas lo sean también con nosotros.

Pepe y Rosario deseaban acompañar á la Marquesa.

La joven esposa parecía haber adquirido la coquetería que tanto le había recomendado Clemencia y que tanto adorna á las mujeres de su edad; deseaba, por decirlo así, mostrar al mundo su conversión, y que éste la admirase bajo aquella misma fase que la admiraban los suyos.

Una noche, después de haberse ido la habitual tertulia, quedaron solos y en torno de la chimenea los individuos de la familia.

—Yo me voy dentro de dos días—dijo la Marquesa,—y es preciso decidir ahora mismo quién me acompaña. Con que no andarse con rodeos y aclaremos de una vez la situación.

—Estos se van—respondió don Dámaso señalando á los jóvenes;—el invierno llega á pasos agigantados, y no es justo que se queden aquí teniendo su casa puesta en Madrid.

En cuanto á doña Benigna, yo espero que se quedará. Vea usted, señora, si la puede convenir de que no le vendrá mal ser mi esposa.

Clemencia, que no sabía nada del proyectado matrimonio, abrió los ojos asombrada.

—Ya ves, hija mía, si es locura á mi edad y á la de don Dámaso el pensar en casarnos,—dijo la generala.

—¿Por qué?—preguntó Pepe tomando la mano de su madre.—¿No se han unido vuestros hijos? ¿Por qué á los ancianos ha de estar vedado el santo lazo del matrimonio? Es verdad que entre vosotros ya ha pasado la vehemencia del amor, y ya no puede haber más que una amistad tierna y pura; pero esa amistad, ¿por qué no ha de enlazar lo mismo las almas, aunque el cuerpo haya perdido el aspecto de la juventud? ¿Dónde hallarás, madre mía, un amigo más sincero, más tierno, más generoso, que el padre de Rosario? ¿Dónde hallará él quien le cuide y le aprecie como tú?

—¡Sea!—respondió doña Benigna.—Por mí estoy convencida, y bien sabe Dios que sólo deseo acompañar y consolar á don Dámaso de vuestra ausencia, y hallar al lado suyo mi propio consuelo.

—¿Y tú cuándo te casas, madrina?—preguntó Rosario, quien desde su conversión á la elegancia había por fin consentido en llamar de tú á la Marquesa, cosa en la cual jamás había querido antes consentir.

—¿Yo? ¡Nunca!—respondió Clemencia.—Sólo en circunstancias como las que rodean á vuestros padres comprendo un segundo matrimonio; en las mías, no. Me he acostumbrado á vivir sin más afecciones que las de la amistad, y ellas me bas-

tan; tú y tu marido cerraréis mis ojos, Rosario; pero no hablemos más de eso, y ocupémonos sólo de los preparativos de la boda: ¿cuándo va á ser?

—Al instante—repuso don Dámaso alegremente.

—En verdad me da vergüenza—dijo doña Benigna;—y es seguro que, si no fuera por dar que decir á los maldicientes, viviría al lado de vuestro padre para acompañarle y cuidarle sin otro título que el de su amiga.

—Eso no puede ser; y así, volvamos á hablar de la boda. Nos casaremos de aquí á quince días; la Marquesa y vosotros estaréis aquí ocho más á nuestro lado, y después os iréis á divertir os hasta el verano. Si hace falta algo, yo llamaré á Pepe para que se entienda con ello, pues lo que es mi mujer y yo nos vamos á echar á la vida buena y á ver lo que duran dos viejos bien cuidados.

¿Para qué hemos de hablar, mis benévolos lectores, de la alegre y apacible vida de aquellas cinco personas durante los días que precedieron al casamiento de los dos buenos y nobles ancianos?

Deslizáronse puros y radiantes como un rayo de sol, y llegó el de la boda con íntimo gozo para todos y con alguna confusión para doña Benigna, que hallaba *un disparate* el casarse á su edad.

Mas por fin llegó la hora, y el sacerdote le dió la bendición nupcial al pie de los altares y en presencia de sus hijos y de la Marquesa, que también fué la madrina de esta boda, como lo había sido de la de Rosario.

Doña Benigna estaba ataviada con la gravedad y modestia propias de su edad y de su distinguida educación, y que nunca la abandonaban: un vestido negro de rica seda; un chal de cachemira de colores oscuros y subido precio, y una rica mantilla de terciopelo, decorada con encajes de gran valor, fué el traje que llevó á la iglesia, y el que vistió en casa, excepto la mantilla, durante todo el día.

A pesar de la maledicencia y la mordacidad que imperan en los pueblos pequeños, sólo muy pocas personas se atrevieron á zaherir aquella unión: eran tantos los beneficios que don Dámaso sembraba entre los menesterosos, y tantas las simpatías que el carácter amable y dulce de doña

Benigna se había captado, que sólo sabían alabarlos y bendecir la unión que los había fijado para siempre entre ellos.

La comida fué en familia: asistieron á ella el señor cura, el médico y el juez, que estaban unidos con don Dámaso con la más íntima amistad.

El día después del matrimonio, don Dámaso llamó á todos sus criados y se los presentó oficialmente á su mujer, pues aquel sencillo labriego tenía la delicadeza del corazón, que no se aprende.

A la cabeza de los servidores venía Antonio el sobrestante, con su mujer y sus cuatro chiquillos, que todos vivían en la casa.

Mónica, la mujer del sobrestante, era una guapa muchacha de veintiséis años, morena, con buenos ojos y seno exuberante, de condición apacible y bondadosa, que escuchaba á su marido como á un oráculo y le admiraba como á un sér superior.

Todo lo que su Antonio hacía, era acatado por ella con el respeto más profundo; todo lo que decía llevaba el sello de la infalibilidad: era el tipo de la aldeana que sólo vive para su esposo y sus hijos, y cuyo único horizonte es el de su pueblo.

En la gran casa del rico Maroto tenía el quehacer de cuidar de las criadas, del mismo modo que Antonio vigilaba á los peones y criados; pero

Mónica era tan buena, según ya se ha dicho, que se contentaba con poco, y las muchachas servían más por cariño y gusto que por utilidad, aunque no era poca la que tenían en aquella opulenta casa.

Antonio, su mujer y sus hijos ocupaban un cuarto en el patio, sin que á nadie molestasen los lloros y gritos de los muchachos que se criaban para ser también buenos servidores de la casa.

—Aquí tenéis á mi mujer y vuestra señora—dijo don Dámaso señalando á doña Benigna.—Desde hoy, no me pidáis nada ni me quebréis la cabeza con *sonajas*: ella manda. Al que no le dé gusto, ella le dará dimisorias; al que la complazca, ella le recompensará.

Los criados se miraron unos á otros con expresión alegre y ruborosa al mismo tiempo, y guardaron silencio.

—Señora, sea por muchos años—dijo Antonio adelantándose con su pañuelo en la mano.—Yo, mi mujer y todos le deseamos muchas felicidades.

—Gracias, Antonio—repuso doña Benigna, que se había enternecido al ver aquella tropa puesta á sus órdenes, y que se prestaba á recibir las con la mejor voluntad.—Vuestro amo es muy bueno, ya lo sé, y yo no seré para vosotros más rigurosa que él. Veamos: ¿qué deseáis? ¿algún aumento de salario? Decidlo, pues deseo que

tengáis una grata memoria de este día: desde luego os daré cuatro duros más al año á cada uno; tú, Mónica, ven mañana á por un vestido nuevo para cada uno de tus hijos; Pascuala, que sabe coser y planchar bien, quedará para doncella mía, y buscaremos otra para la cocina: da el encargo, Mónica, y ajústala tú misma.

Para todos—prosiguió doña Benigna, poniendo sobre la mesa un bolsillo de seda verde,—hay aquí una gratificación: á dos duros os toca, y á uno á los niños de Antonio. Idos acercando para recogerlo.

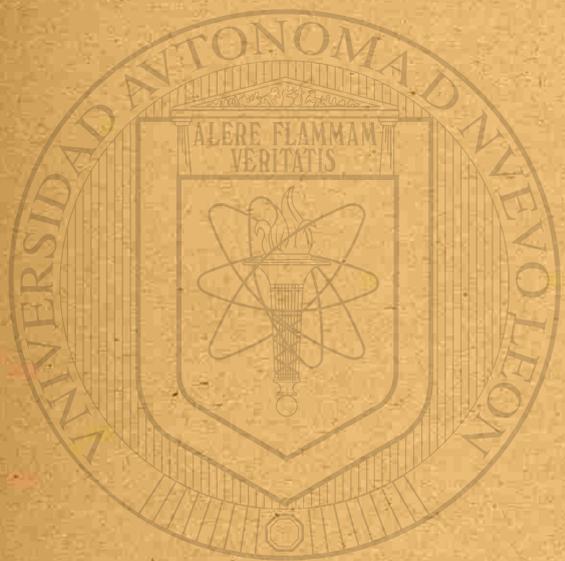
Cada uno de los sirvientes se aproximó á la mesa, lleno de rubor y gratitud, y fué recibiendo su donativo. La señora, al dar el suyo á los niños, les dió también un beso en la frente; acción que agradó á todos.

—No os encargo—añadió después dirigiéndose á todos ellos en general,—el cumplimiento de vuestros deberes. Sé que los desempeñáis bien, y por eso sólo voy á haceros una advertencia: si alguno necesita algo, que me lo diga con toda confianza, y del mismo modo que si yo fuera su madre.

—¡Bendita sea la señora!—exclamó en coro la tosca y honrada servidumbre, llevando todos las manos á los ojos para enjugar algunas lágrimas.

Las mujeres se cubrieron el semblante con el delantal.

—¡Vaya, vaya! Hoy no es día de llorar—dijo la gruesa voz de don Dámaso.—Id á divertiros un rato: que venga la gaita y el tamboril; vosotros tomad los guitarros y bailaréis en el terrado; y tú, Mónica, dispones una merienda; tú, Antonio, cuida de que nadie se exceda.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXII

Llegó por fin el día de la separación de los padres y de los hijos.

El dolor de aquéllos fué inmenso, y no menor el de Pepe y Rosario.

—Consolaos con que quedamos juntos —dijo don Dámaso:—peor hubiera sido quedar yo solo. ¿Quién hubiera dicho, Benigna—prosiguió volviéndose á su mujer,—que cuando te dije, al despedirme en Madrid para venir aquí con mi hija, que ya no dejaría mi soledad, la habías tú de compartir conmigo?

Pepe y Rosario siguieron el consejo de la Marquesa, que era el de abreviar todo lo posible la despedida, y subieron al carruaje, ofreciendo volver al verano, ó más bien, así que Mayo tendiese por los campos su manto esmaltado de flores.

Rosario fué muy triste durante las primeras horas del viaje; mas después, las dulces palabras de su esposo y de su madrina lograron consolarla.

Cuando llegaron á Madrid, las primeras personas á quienes vieron fueron Casilda y su marido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV.
"ALFONSO"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

El, vestido con esa decencia cercana al lujo que distingue al artesano honrado, hábil y laborioso, estaba verdaderamente buen mozo.

Casilda estaba también encantadora, aunque su embarazo se hallaba ya muy adelantado.

Su traje era decente, esmerado y hasta elegante. Al ver á su ama, dió un grito de alegría y se arrojó en sus brazos.

—¡Ah!—exclamó.—Al fin llega usted á tiempo para ser la madrina de mi hijo.

La Marquesa se fué en seguida á su casa; Pepe, á instancias de su mujer, se acostó; Rosario quería quedarse á solas con la amiga de su infancia.

—¿Cómo te va?—le preguntó.—¿Es ya Paco lo que debe ser? ¿ha perdido las malas mañas que tenía antes?

—Gracias á Dios, sí, señorita; pero ¡Virgen santa, cuánto trabajo me ha costado hacérselas dejar!

Al día siguiente de aquél en que acompañamos á usted á ver lo que hacía el señorito, fuimos á la fonda, y durante dos ó tres pareció como que hacía bondad; pero después volvió á las andadas porque los amigos le avergonzaban si se venía á casa con su mujer.

Un día fuí á esperarle á la puerta del taller: era sábado, y debía haber cobrado el jornal de la semana.

Hacía ya otras dos semanas que yo no veía

un cuarto; todos los jornales se los jugaba, y yo había vuelto á empeñar toda mi ropa y aun parte de la suya, que era lo que jamás había hecho.

Aquella noche salía con los compañeros muy de jolgorio y con buenas ganas de broma, según lo que pude oír.

—Chico—decía uno,—desde aquí á cenar á los Andaluces de la calle de Sevilla.

—Eso es—dijo otro;—y luego á casa de la Inés, que hay algo de baile y muchachas como soles.

—Lo que es yo—dijo mi marido,—no voy á casa de esa mujer. A cenar, pase; pero luego á mi casa.

—Es que en casa de la Inés se juega.

—No importa.

—Dejadle—observó otro:—le llevamos á cenar, se alegrará y luego no nos ha de dejar.

Yo, que hacía ya rato que estaba allí con una angustia mortal, me separé de la pared y dí algunos pasos atrás, haciendo luego como que iba hacia ellos.

Pasé al lado de mi marido y fingí no verle; pero él me vió y exclamó:

—¡Casilda! ¿A dónde vas?

—A buscarte,—dije yo.

—¿Ocurre algo?

—Nada: sólo que me han dicho que hay esta noche una comedia muy hermosa en el teatro del Príncipe y quería que me llevaras.

—Mujer, ¿de dónde se te ocurre eso?—me preguntó él muy admirado.

—¿Qué sé yo? Esta noche iría al teatro de muy buena gana.

Paco quedó algo perplejo; pero como realmente me ha querido siempre muy de veras, me dijo, aunque haciendo un gran esfuerzo:

—Iremos.

—Y después me llevarás á comer calamares—añadí yo,—sabiendo que delira por ese plato, y fingiendo que lo deseaba aunque no lo puedo ver.

—Mujer, hoy estás de antojos,—dijo él.

—Ya ves... como estoy así...

—Cierto: hay que complacerte en todo. Hasta mañana, amigos.

—¿Qué, no vienes?—exclamaron ellos.

—¡No puede ser!

—¡Habrà marica, habrá flojo!—dijeron todos al ver que se marchaba conmigo. Pero yo le hablé de otras cosas, á fin de que no los oyese.

Eran las siete y media; á las ocho estábamos en el teatro.

Paco se divirtió, y luego cenó muy bien; yo ni lo uno ni lo otro. El, que no es tonto, lo conoció perfectamente y me dijo:

—Casilda, confiesa que sólo te proponías sacarme de entre aquella gente.

—Sí—le respondí,—porque te ganan el dinero y nos arruinan. Paco, por Dios, ya que no por mí, mira á lo menos por tu hijo. ¿Por qué esos

perdidos han de disponer de tí? Eres un hombre honrado, laborioso, lleno de habilidad, que podías estar muy bien y estás muy mal: eso no es justo, ¡y algún día te pesará el no hacer caso de mis consejos, que todos van encaminados á tu bien!

Yo lloraba al decir esto; mi marido me tomó las manos y me dijo:

—Mira, soy andaluz, y como tal, amigo de la bulla y la jarana, sin que lo pueda remediar; pero ¿quieres hacer una cosa para curarme?

—¿Qué?

—Todos los sábados vienes á buscarme como hoy, y haremos lo de esta noche.

—Sí por cierto—dije yo muy contenta.—Aunque gastemos algo, no importa.

—¡Pero sí es lástima también que empleemos treinta reales!

—¿Qué ha de ser lástima! Ya nos queda algo.

En fin, señorita, desde entonces—prosiguió Casilda—todos los sábados tengo la penitencia de ir á buscarle, eso sí; pero también le tengo dócil como un cordero á mi voz, y ya se ha acostumbrado tanto á la casa y á mí, que es donde mejor se halla.

Espero que esto durará hasta que venga mi hijo, que luego él le sujetará mejor que una cadena.

—Tienes razón, Casilda—repuso Rosario.—tú has ganado la partida con la suavidad y la dulzura; yo estuve á punto de perderla para siempre

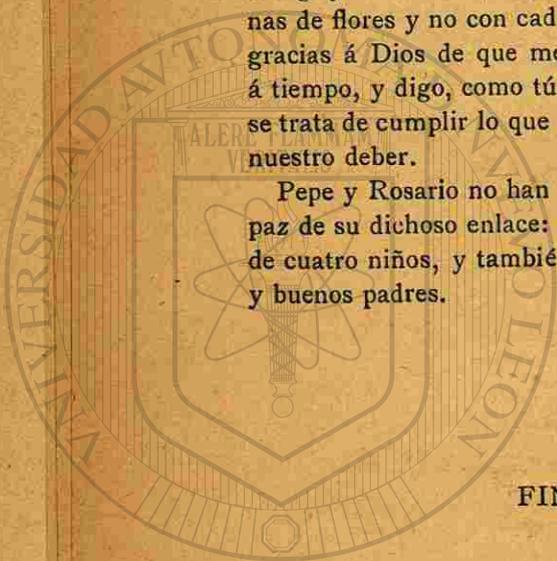
con la intolerancia y la severidad. Los hombres son como los niños: hay que darles la medicina envuelta en un dulce; hay que gobernarlos por el halago y la blandura; hay que sujetarlos con cadenas de flores y no con cadenas de hierro. Yo doy gracias á Dios de que me haya hecho conocerlo á tiempo, y digo, como tú, *querer es poder*, cuando se trata de cumplir lo que Dios manda y lo que es nuestro deber.

Pepe y Rosario no han vuelto á ver turbada la paz de su dichoso enlace: viven felices, rodeados de cuatro niños, y también viven aún sus viejos y buenos padres.

FIN

INDICE

	Páginas.
DEDICATORIA..	I
I.	3
II.	11
III.	21
IV.	31
V.	37
VI.	49
VII.	59
VIII.	69
IX.	83
X.	89
XI.	99
XII.	119
XIII.	127
XIV.	135
XV.	143
XVI.	153
XVII.	159
XVIII.	163
XIX.	171
XX.	179
XXI.	187
XXII.	197



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

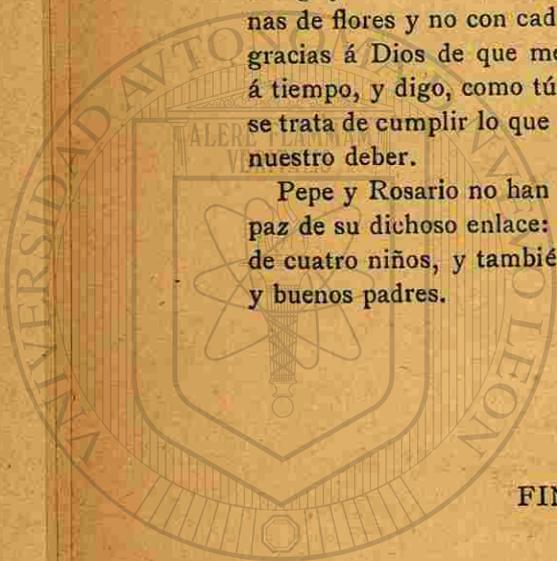
con la intolerancia y la severidad. Los hombres son como los niños: hay que darles la medicina envuelta en un dulce; hay que gobernarlos por el halago y la blandura; hay que sujetarlos con cadenas de flores y no con cadenas de hierro. Yo doy gracias á Dios de que me haya hecho conocerlo á tiempo, y digo, como tú, *querer es poder*, cuando se trata de cumplir lo que Dios manda y lo que es nuestro deber.

Pepe y Rosario no han vuelto á ver turbada la paz de su dichoso enlace: viven felices, rodeados de cuatro niños, y también viven aún sus viejos y buenos padres.

FIN

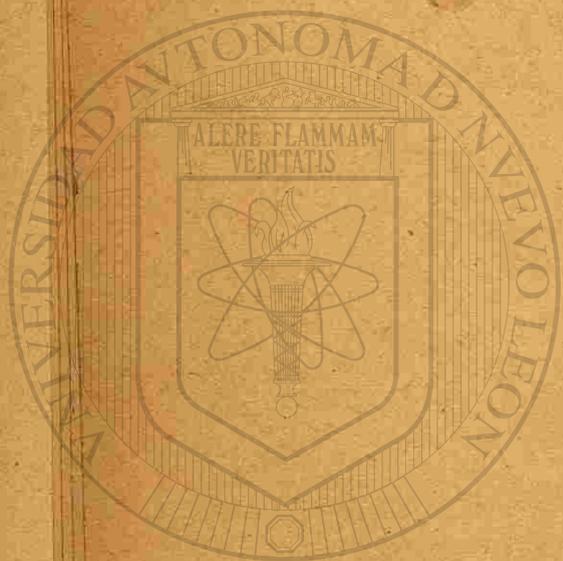
INDICE

	Páginas.
DEDICATORIA..	I
I.	3
II.	11
III.	21
IV.	31
V.	37
VI.	49
VII.	59
VIII.	69
IX.	83
X.	89
XI.	99
XII.	119
XIII.	127
XIV.	135
XV.	143
XVI.	153
XVII.	159
XVIII.	163
XIX.	171
XX.	179
XXI.	187
XXII.	197



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UABO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUARAMANGA
FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES
DEPARTAMENTO DE FÍSICA

LIBRO DE FÍSICA
MÓDULO DE FÍSICA
MÓDULO DE FÍSICA